



REPERTORIO HISTORICO DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

República de Colombia – Volumen XXXIII – No. 235 – 1.980

Medellín - Colombia Apartado Aéreo 7175 - Teléfono: 39 55 76

Dirección cablegráfica ACANDEHISTORIA

Tarifa para libros y revistas editados en Colombia Permiso No. 106 ADPOSTAL

Presidente
Pbro. Damián Ramírez Gómez

Vicepresidente
Javier Gutiérrez Villegas

Tesorero
Guillermo Echavarría Misas

Secretario
Libardo Bedoya Céspedes

Revisor Fiscal
Raúl Gutiérrez Vélez

Comisión de Publicaciones

Director del Repertorio
P. Carlos E. Mesa G.
Pbro. Javier Piedrahíta E.
Dn. Néstor Botero G.

Impresión
L. Vieco & Cía Ltda.

SUMARIO

Editorial Néstor Botero G.	241
Nómina de los Miembros de la Academia Antioqueña de Historia	242
Nuestra Antioquia: La Imagen de Antioquia Jorge Restrepo Uribe	243
La Novela Antioqueña hacia 1.908 Roberto Cortázar	247
Párrabola guerrera de Simón Bolívar General Alvaro Valencia Tovar	277
El Libertador y los dos Restrepos (José Félix y José Manuel) Alfonso Mejía Montoya	296
Simón Bolívar y el Doctor Alejandro Próspero Reverend Jaime Serna Gómez	309
Bolívar Gonzalo Restrepo Jaramillo	321
Bibliografía Bolivariana Néstor Botero G.	326
El Sesquicentenario de la muerte de Bolívar, en Santa Marta Javier Gutiérrez Villegas	335
Luis Trigueros V. Valencia Villegas	349
Doctor Jesús Antonio Hoyos Jorge Ospina Londoño	357
Mujeres de Antioquia: María Martínez de Nisser Elisa Mújica	360
Libros Antioqueños: "Dos siglos de historia económica de Antioquia". Rocio Vélez de Piedrahíta	365
Sesquicentenario de la Parroquia de Santa Ana de Fredonia Mons. Javier Piedrahíta E.	372
Actividades de la Academia Notas de la Secretaría	381

EDITORIAL

Por tercera vez en este año de 1.980 aparece el REPERTORIO HISTORICO, órgano de la Academia Antioqueña de Historia y queda así completo el volumen XXXIII. En razón a la cortedad de recursos económicos que suele ser connatural a entidades como nuestra Academia, no siempre es fácil la regularidad en la aparición de este tipo de publicaciones. En nuestro caso, sin embargo, hemos hecho un esfuerzo para que el Repertorio avance, tal como nos lo encargó, cuando nos confió su dirección, el actual Presidente de la Academia Antioqueña de Historia, Monseñor Damián Ramírez Gómez.

Hemos querido que en esta entrega del REPERTORIO HISTORICO haya un amplio espacio dedicado a Don Simón Bolívar, en consideración a que en este 17 de diciembre se cumple el sesquicentenario de su muerte. Colombia toda se ha propuesto que la conmemoración de tal efemérides bolivariana esté revestida de dignidad. Y en la medida de sus posibilidades la Academia Antioqueña de Historia se ha hecho presente y son varias las conferencias que sus miembros han dictado en diversos sitios, en todas las cuales hay importantes aportaciones en torno al pensamiento y la obra del Padre de la Patria.

De tales conferencias hoy aparecen en el Repertorio la del General Alvaro Valencia Tovar, la del doctor Alfonso Mejía Montoya y la del Pbro. Jaime Serna Gómez. Quisimos, también, rescatar de una vieja publicación una conferencia del doctor Gonzalo Restrepo Jaramillo, cuyos méritos literarios huelga ponderar. Es posible que otras de las conferencias a que aludimos, aparezcan en entregas posteriores del Repertorio.

El resto del material seleccionado para este número de nuestra revista, sigue la línea de prelación del tema antioqueño que es notorio en los dos números anteriores: gentes de Antioquia, libros de Antioquia, estudios sobre antioqueñidad. La temática antioqueña, como en nuestro editorial anterior lo dijimos, debe ser la mina riquísima e inagotable del quehacer de nuestra Academia. En nuestro Repertorio, por lo tanto, debe gozar de primordial acogida cuando tenga relación directa con la historia antioqueña. Así es como hemos querido que sea el volumen XXXIII que nos ha correspondido dirigir, excepción hecha, claro está, del tema bolivariano que para este número hemos seleccionado como justo testimonio de admiración y gratitud a Don Simón Bolívar. Testimonio en el cual también la historia de Antioquia está presente, hoy en el estudio del doctor Alfonso Mejía Montoya sobre los dos Restrepos, de Envigado, que fueron tan valiosos colaboradores del Libertador, y en el número anterior, en el estudio del doctor Francisco Acebedo Moreno, sobre el aporte de la noble Villa de la Marinilla a la causa de la emancipación.

Que nos disculpe el ilustre director del Repertorio, Padre Carlos E. Mesa, esta nota editorial que en su ausencia hemos escrito como compañeros suyos en la Comisión de Publicaciones.

N. Botero B.

MIEMBROS DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

HONORARIOS

Señor Cardenal Antonio Samoré
Hno. Antonio Manuel Moreno
Dr. Joaquín Pérez Villa

Dr. Carlos Betancur Arias
Gral. Alvaro Valencia Tovar
Dr. Abel Cruz Santos

NUMERARIOS

1. Pbro. Jesús Mejía Escobar. Presidente Honorario
2. Monseñor Damián Ramírez Gómez, Presidente
3. Prof. Javier Gutiérrez Villegas, Vicepresidente
4. D. Guillermo Echavarría Misas, Tesorero
5. Prof. Libardo Bedoya Céspedes, Secretario
6. P. Carlos E. Mesa Gómez, c.m.f., Director del Boletín
7. Acosta Hoyos, Luis
8. Arcila Vélez, Graciliano
9. Botero Restrepo, Juan (Pbro.)
10. Botero Goldsworthy, Néstor
11. Duque Betancur, Francisco
12. Duque Maya, Hernando
13. Echeverri Muñetones, Aquiles
14. García Isaza, Alfonso
15. Gómez Martínez, Fernando
16. González Zea, Abraham
17. Gutiérrez Isaza, Elvia
18. Gutiérrez Vélez, Raúl
19. Mejía Montoya, Alfonso
20. Mejía Gutiérrez, Carlos
21. Ospina Londoño, Jorge
22. Piedrahíta Echeverri, Javier (Pbro.)
23. Rodríguez Rojas, José María
24. Serna Gómez, Jaime (Pbro.)
25. Solís Moncada, José
26. Tisnés Jiménez, Roberto María (c.m.f.)
27. White Arango, Carlos
28. Zabala Villegas, Mario

LA IMAGEN DE ANTIOQUIA

Por Jorge Restrepo Uribe

Hemos sido criticados, quienes venimos haciendo una campaña activa en defensa de los intereses de Antioquia, por considerar que ella ha creado una mala imagen de nuestro Departamento en el resto del país.

Queremos transcribir conceptos antiguos, con los cuales se comprueba que desde antes de la Independencia ya había alguna animadversión contra los antioqueños en el resto de Colombia, y aún fuera de ella.

El libro "Antioquia por Colombia", editado en 1.924, trae algunas informaciones al respecto, que demuestran la situación en ese entonces.

En su página 43 dice don Tomás Cadavid Restrepo:

"Fue Quito la primera ciudad que en América declaró su independencia absoluta: un antioqueño preparó y llevó a término tan gloriosa empresa. Después imitaron el ejemplo Caracas, Santafé, Cartagena y tras ellas todos los centros principales de Hispano América.

"Cuando las circunstancias obligaron al Marqués de Selva-Alegre a renunciar la Presidencia, los hombres conscientes de Quito pusieron sus ojos en el Doctor Morales: el pueblo se opuso *porque era de Medellín!*

"El promotor de la independencia, el valeroso padre de la libertad ecuatoriana, el que había desafiado la tiranía, el impulsor eficaz y vehemente que había divulgado el código del ciudadano en tierra extraña, era rechazado por sus mismos discípulos; una razón había: *era Antioqueño*"....

Este prócer se llamaba Juan de Dios Morales y no era de Medellín sino de Rionegro.

En la misma obra, página 86, escribe el Doctor Miguel Calle Machado:

"...Sin embargo, contra este pueblo laborioso y patriota, contra este Departamento abnegado y contribuyente, se dirigen ataques de otras partes y sobre todo de alguna prensa y de ciertos políticos maleantes de la Capital, a quienes estorban nuestros hombres, nuestro progreso y nuestra influencia, a quienes desazona la preponderancia de nuestros elementos en todas las esferas, principiando por la del surco y terminando por la del sillón presidencial...."

Luego en la página 149 nos dice don Horacio Franco:

"...Y ha sido Antioquia el sublime mártir de esas iras. Se nos ha llamado por la centésima vez acaparadores y regionalistas: el esfuerzo civilizador y creciente de nuestro pueblo es, para nuestros detractores, criminal. Como si el crecimiento de la vida avasallante e impetuosa fuera delito..."

Más adelante, página 154 el Manifiesto de la Liga Patriótica dice:

"...Blanco de tales odios y víctima de toda suerte de ultrajes ha sido especialmente el virtuoso, trabajador, y progresista pueblo antioqueño; contra este departamento se han desatado las furias que pretenden vulnerar, no sólo su porvenir sino también hasta su honor. El motivo de estos ataques injustificables, que no vacilamos en calificar de criminales, no ha podido siquiera ocultar su origen con el velo de un sentimiento noble y elevado; esta absurda resistencia al progreso de media nación se funda en un criterio reducido y parroquial, que hace depender el progreso de unas secciones del sacrificio constante de las otras. Ya son los representantes de un próspero departamento que proclaman como cuestión vital impedir sus relaciones con Antioquia..."

“Nos proponemos ante todo, salvaguardar la integridad nacional amenazada por pretensiones exclusivistas para unas secciones y por la negación de claros derechos para otras.

“Por aberraciones inexplicables varios miembros de la representación nacional se han coaligado para atacar el proyecto de ferrocarril troncal que atraviesa la República desde Nariño hasta la Costa, siguiendo generosamente la vía natural del Cauca. Y este proyecto, de vinculación integral de todo el Occidente colombiano, ha sido tachado de regionalista!...”

El doctor Jesús María Yepes también nos dice, página 172:

“Antioquia necesitaba que saliese a la superficie esa hostilidad taimada de que venía siendo víctima desde hace algunos años, y cayeran los antifaces con que muchos malquerientes embozaban la enemistad hacia ese pueblo que no piensa sino en luchar con una naturaleza inclemente.

Pueda, esta oposición que se nos hace, servir para estimular nuestros bríos y darnos mayor empuje en las batallas del progreso...”

El General Rafael Uribe Uribe, página 283, decía así:

“Abajo los antioqueños”.

“En la Plaza de Bolívar y Calle de Florián se oyó a propósito del desgraciado acontecimiento ocurrido el 19 de los corrientes, el grito de *“Abajo los Antioqueños”* proferido, no tanto por gente del pueblo, que podía proceder por ignorancia, sino por personas de cierta ilustración y notoriedad.

“Perfectamente. Vamos a gritar *“abajo los antioqueños”*, pero no así en globo sino descomponiendo el grito en sus partes naturales. Tomando las cosas cronológicamente, desde el principio empezamos por clamar: Abajo Córdoba, el héroe de Ayacucho; abajo Girardot, cayendo herido en la frente, en la cumbre del Bárbula, con la bandera de la República en la mano; abajo Liborio Mejía, el mártir compañero de García Rovira; abajo Zea, Presidente del Congreso de Angostura, Vicepresidente de la gran Colombia y nuestro primer diplomático; abajo los demás jefes y legiones antioqueñas que contribuyeron a dar libertad e independencia a estos mismos que hoy los emplean para darle mueras; abajo el Dictador

Corral, primer redentor de los esclavos; abajo su Secretario, doctor Félix de Restrepo, que en el Congreso de Cúcuta hizo consagrar la medida y luego fue hombre de nuestra Magistratura junto con Duque Gómez y Uribe Restrepo; abajo D. José Manuel Restrepo, el historiador y Ministro de Bolívar y Santander; abajo Aranzazu, el único antioqueño que durante un siglo de República, haya ejercido la Presidencia, eso sólo por algunos días....”

“Abajo Berrío, el administrador republicano y probo; abajo Uribe Angel, el geógrafo, el sabio, el filántropo; abajo Pardo, Juan Crisóstomo, José Vicente y José María Uribe, grandes médicos y republicanos; abajo Gutiérrez González y Epifanio Mejía, dulcísimos poetas; abajo Emiro Kastos. Camilo A. Echeverri, autores de cuadros de costumbres; abajo el doctor Carrasquilla, uno de los pocos sabios que en Colombia han sido’...”

Finalmente el doctor Libardo López en agosto de 1.924 escribía (véase página 286):

“...Muchos de los nuestros le temen al dictado de regionalistas. Por qué? Lo somos los antioqueños en alto grado por amor a nuestro terruño y por el orgullo de nuestra raza, y no hay por qué negarlo. Del amor a la familia se deriva el de la tribu como base del amor a la Patria, y así es esto natural y laudable, como es feo y digno de reprobación el descastado que empieza a negar su familia y su raza y acaba por explotar a su Patria. Por eso consideramos que padecen un error los antioqueños que, con pretextos de mal aconsejada prudencia, o con debilidades de cálculo contemporizador, ocultan o niegan su raza para dar gusto al regionalismo de otros núcleos de la Nación. Vis cómica de muy menguado precio, cuando no injustificable flojedad, es esto de andar negando la solidaridad antioqueña, en vez de fortalecerla y proclamarla como condición honrosa de un pueblo de valía...”

Todo lo anterior nos demuestra que la mala impresión sobre Antioquia no viene de la campaña que en pro de sus intereses se viene librando, sino que ella tiene otras causas, que han sido plasmadas con el mote que desde hace muchos años, nos tienen y que textualmente reza:

“Antioqueño, ni grande ni pequeño”.

LA NOVELA ANTIOQUEÑA HACIA 1.908

Por Roberto Cortázar

En 1.908, en la Imprenta eléctrica de la Calle 10 No. 168 se publicaba en Bogotá el libro "La novela en Colombia. Tesis para el doctorado en Filosofía y Letras presentada por Roberto Cortázar, colegial de número".

El presidente de tesis, Don Antonio Gómez Restrepo, informaba así al Señor Rector don Rafael M. Carrasquilla: "Este trabajo me parece muy adecuado para el objeto a que se destina, por la novedad del asunto, por el estudio que revela y por el sano criterio literario que lo informa. Debe aplaudirse la elección que ha hecho el Sr. Cortázar de un tema nacional que interesa a los propios y merece llamar la atención de los extraños, tanto más cuanto a la parte expositiva acompaña un curioso trabajo bibliográfico sobre las novelas publicadas en el país".

Roberto Cortázar nació en Pacho (Cund.) el 18 de enero de 1.884 y murió en Bogotá el 14 de mayo de 1.969. Sus datos biográficos y bibliográficos pueden consultarse en el BOLETIN DE HISTORIA Y ANTIGUEDADES (BHA) abril-junio de 1.969 pp 181-201.

"La novela en Colombia" fué el primero de sus libros que son unos 18, pero anotando que su recopilación de "Cartas y mensajes del General Santander" comprende diez volúmenes y "Correspondencia dirigida al General Santander" comprende 13 volúmenes.

En su tesis doctoral (de 112-VI-pp.) dedica el capítulo IV a LA NOVELA EN ANTIOQUIA. Aunque obra juvenil y sin la madurez de criterio adquirida por el autor en los años posteriores, no deja de constituir un documento interesante para la historia de la literatura antioqueña y de ese momento importante de la cultura comarcana.

Algunos de los autores estudiados no avanzaron en su quehacer literario más allá de las obras reseñadas por Cortázar; otros como Carrasquilla y Alfonso Castro rindieron todavía una opulenta cosecha. Es de notar la glosa de Cortázar a la famosa novela "Hija espiritual", referente a la entonces notable maestra Laura Montoya, después fundadora de una Congregación misionera y escritora aventajada. En su "Autobiografía" que estos mismos días se ha publicado como una verdadera revelación, la Madre Laura dedica un largo capítulo a la novela, a la "Carta abierta" y a todo ese apasionante episodio de las letras antioqueñas. Por todo ello resulta de interés insertar en el REPERTORIO HISTORICO el capítulo de Roberto Cortázar.

C.E.M.

LA NOVELA EN ANTIOQUIA

Raro parece a primera vista, y ha sido apuntado más de una vez, que el pueblo antioqueño, consagrado por la naturaleza estéril de su suelo a trabajo penoso, y dedicado al comercio y a la minería, se haya formado una literatura propia que se distingue de la de las demás secciones de la República. La originalidad de los escritores antioqueños depende en mucha parte de la idiosincrasia de esa raza, que tiende a conservarse sin mezcla de elementos extraños y en donde se encuentran tipos que, hermoseados, pasan a las producciones artísticas, con matices diversos, y ha dado margen a una literatura muy bien designada con el gráfico nombre de **regionalismo**.

Como causas que expliquen el porqué de la producción y la pronta difusión de las novelas que allí se publican, suelen apuntarse, entre otras muchas, el vigor de aquella raza privilegiada, la

tranquilidad política como resultante de la, por lo general, buena administración de los negocios públicos en Antioquia, lo cual permite dedicarse a las faenas literarias; y también que siendo aquel uno de los Departamentos cuyos habitantes son más acomodados y previsores, todos tienen, en mayor o menor escala, un modo de vivir independiente que les deja tiempo para dedicarse á las tareas del espíritu, al desarrollo de las facultades intelectuales. Y por ser Antioquia un pueblo aparte que, al parecer de D. Miguel de Unamuno, "pone un exquisito cuidado en conservar la pureza de sangre, sin mezcla de indios ni de negros," se explica la afición de la gente de por allá a la lectura de novelas del terruño, comoquiera que nada hay más interesante para un pueblo que el relato de su propia vida, enmarcado en la descripción de la naturaleza del suelo que la produce.

La novela, que como hemos visto, ha tenido varios ejemplares en diferentes puntos del país, buenos algunos de ellos y que atenuan la opinión generalizada entre nosotros de que nada tenemos presentable en este departamento literario, forma hoy día en Antioquia una sección importante de su cultura, y se encuentra, pueda decirse, en plena florescencia. Entre sus cultivadores hay artistas que han sabido trasladar al papel las costumbres de sus conterráneos con todo el sabor local que por desgracia sólo puede ser gustado perfectamente por los antioqueños y por los que han vivido largo tiempo en el país de la montaña. Para lectores de otras partes las obras del regionalismo antioqueño son de difícil lectura, por no conocer la vida íntima, el lenguaje especial que caracteriza las clases inferiores. En cierto sentido, los noveladores de las costumbres en Antioquia, al escribir de sus cosas, se echan a cuestras aquella del poeta Gutiérrez González, de que

*Y como sólo para Antioquia escribo,
Yo no escribo español sino antioqueño.*

pues si allá se pretendiera escribir para ser entendidos por todos los que hablan castellano, buena parte de la originalidad desaparecería, porque desprovisto el lenguaje de lo que le suministra fuerza característica, muy poco sería el mérito que restara á obras de esa clase. Tampoco queremos decir con esto que en sus novelas usen allá los escritores el lenguaje directo de la gente que ponen en escena; semejante sistema, como ya lo indicamos en otro lugar, destruye toda elaboración artística, además de que, en tratándose de Antioquia, la traslación gráfica del lenguaje sería imposible fonéticamente, por no haber signos especiales que represen-

ten fielmente ciertas inflexiones de cuya mayor o menor intensidad depende muchas veces la fiel expresión de un afecto del ánimo.

Debemos, pues, contentarnos con que el escritor de novela copie lo que pueda entrar en el arte, y como para esto se requiere mucha observación, resulta que los buenos novelistas antioqueños, los que han sabido explotar la mina que tienen delante, merecen grande elogio. Por desgracia no todos han dado al lenguaje del vulgo el valor artístico que requiere. Varios de ellos yerran de cuándo en cuándo el camino y a veces pintan y describen sin escogencia alguna, resultando aquello, a fuerza de real, pesado y de una vulgaridad insufrible.

El modelo del novelista que toma por asunto la clase ínfima de la sociedad, es, en España, el inmortal Pereda, quien escogió para teatro de sus novelas una naturaleza semejante: la montaña. De ella extrajo, en buena hora para las letras españolas, sus más hermosas creaciones y hermanó el arte con la naturaleza. Los antioqueños han tenido una cantera igual a la del novelista español, y si ninguno de ellos ha rayado a la misma altura, múltiples son las razones que los disculpan. No obstante, cuando se leen novelas antioqueñas, se recuerda á Pereda; y para los españoles tienen el encanto de que les recuerdan cuadros de costumbres de sus propias tierras montañosas. En todo caso, preciso es agradecerles el servicio prestado á las letras colombianas, al describir la naturaleza antioqueña, dando á conocer la vida de ese suelo y enriqueciendo el idioma con el aporte de giros nuevos con que el observador tropieza a cada paso. Y el mérito sube de punto si se tiene en cuenta lo ruinoso que siempre ha sido en Colombia la publicación de un libro de amena literatura; y si en Antioquia sucede lo contrario, excepción es, y muy honrosa, de lo que estamos diciendo.

La sencillez de las costumbres ha dado allí origen á la creación de cuadros enteramente regionales, y cada individuo, sin dejar de pertenecer a su especie, forma un tipo particular que se distingue, por muchos aspectos, de los demás de su clase; por esto los hombres de letras que allá se dedican a novelar ó a escribir cuentos realistas, tienen un venero inagotable que explotan de manera diferente, dando así variedad a sus obras, pues en el inmenso panorama de la montaña, en la vida de una misma clase de habitantes, hallan por doquiera casos raros, psicologías diversas, pasiones profundas, múltiples modos de entender el vivir campesino; todo lo cual forma para ellos vasto campo de fina y delicada observación.

En todo caso, y júzguese como se quiera la producción literaria de Antioquia, es lo cierto que los novelistas de aquel Departamento se han conquistado un puesto en los anales literarios de la República, y que a pesar de que la demanda de novelas nacionales no acrece en manera alguna, ellos siguen cultivando el género con mayor o menor acierto, bien seguros de que si no consiguen dinero con su profesión, a lo menos se labran la estimación — que vale mucho más— de los hombres sensatos de dentro y fuera del país; y dan expansión al espíritu poniendo sus plumas al servicio de una naturaleza virgen todavía a pesar de la labor constante y ruda, y de una vida llena de savia que va de día en día esparciendo por muchos puntos del país el fruto del trabajo, que es lo que hoy más necesita Colombia para asentar sobre sólidas bases la era de la paz.

I

La personalidad literaria del autor de *Frutos de mi Tierra* es bien conocida en Colombia. Tomás Carrasquilla es considerado generalmente como el principal cultivador de la novela realista-regionalista en Antioquia, y de él, hacen arrancar el movimiento moderno de las letras en Antioquia; movimiento tan afamado y tan simpático ya entre los amantes de la belleza y del arte, porque Carrasquilla, lo mismo que sus continuadores, rompió desde luego con el canon de las imitaciones, y ha escrito sus obras en un ambiente propio reñido con el extranjerismo literario que muchas veces empece a las literaturas nacionales. Los antioqueños son un ejemplo hermoso de que no se requiere buscar inspiración en fuentes extrañas, y lo están probando con sus producciones realistas.

A más de cuentista original, Tomás Carrasquilla es autor de algunas novelas, la mejor de ellas, *Frutos de mi tierra*, que lo ha colocado á considerable altura y que bastaría para asegurarle su fama de escritor de costumbres.

¿Será pesimista Carrasquilla? ¿Tendrá sus ribetes de naturalista? Así parece dejarlo entrever el hecho de que para su mejor producción haya escogido tipos desesperantes de la sociedad: a veces se recrea con lo feo, con lo ridículo o doloroso de cosas y personas; a veces hiere con los certeros golpes de sátira mordaz.

No tiene *Frutos de mi tierra* verdadera trama de novela. No importa. La preponderancia que se da allí al detalle, sin descuidar por completo el conjunto, hace que se tenga la obra más por cuadros de costumbres que por una novela. Hay allí dos acciones principales: la de Gala con Pepa Escandón y la de César con Filomena; dos historietas de orden diferente. Y es lástima que el lector no pueda seguirlas separadamente hasta el fin; la relación detallada y hermosa de un episodio de la vida antioqueña se interrumpe a lo mejor del cuento para reanudarla cuando ya el lector está interesado con otra narración. Así, por ejemplo, cuando el autor empieza a hablar de Galita, se olvida uno de Agustín y comparsas, y cuando la historia de esta familia se renueva, se va Galita a las regiones del olvido. Mejor hubiera sido publicar el libro por series, y tendríamos entonces dos y más bonitas relaciones realistas que a ratos tienen bastante tinte novelesco.

Pero todos estos deslices del plan general quedan ahogados ante la realidad que allí palpita en los personajes y en la naturaleza. De sentirse es que su talento de observador agudo no se haya extendido siempre por el lado bueno, pintoresco y poético de las clases ínfimas de la sociedad; lástima que no haya visto sino el lado vulgar de la vida para convertirse en crítico acerbo de las costumbres antioqueñas. El mimo de su primera edad, según apunta uno de sus paisanos, hizo a Carrasquilla pesimista al encontrarse frente a frente con la vida. De ahí aquellos personajes tan bien presentados pero que dejan una especie de amargura en el alma. ¿Quién no siente aversión por Agustín Alzate, pintura gráfica del tipo ambicioso que resuelve sacrificar la existencia y tranquilidad de sus hermanas a sus propias comodidades? Figura repugnante que infunde odio al ver que de ella ha huído el cariño fraternal para ser reemplazado por el egoísmo corruptor. Oigase cómo lo pinta el autor:

“Agustín siempre se había estimado mucho, pero de esta época en adelante el amor á sí propio fue creciendo, como crece en velocidad la piedra que cae; y tras este sentimiento le vino el de su grandeza. Aquí fue ello. Figuraos un mortal gozando los éxtasis del yo, en una plenitud que humanamente no tiene con qué compararse; figuraos un ser sin dependencia de nada ni de nadie, que mira al mundo y a sus habitantes como cosa de muñequitos de plomo; figuraos una ráfaga de viento individual que a toda hora entona trisagios, hosannas y *sanctus*, en alabanza de Agustín Alzate; figuraos todo esto, y tendréis idea de las que con respecto a sí mismo pasaban por el cerebro de este señor, si fué que tuvo cerebro”.

Filomena, la compañera de Agustín en las baladronadas, es positivista hasta la medula; pero vanidosa al mismo tiempo, se preocupa de su personalidad cuando le asalta la idea matrimonial; es una amante con ribetes de histerismo a los cincuenta años de existencia.

La figura de Nieves hace contraste con la de sus hermanos y es una de las más simpáticas de todas; de ella no ha huído el sentimiento fraternal y sufre con resignación las penas y maltrato de los suyos. La pobrecilla puede morir antes que cometer una felonía contra nadie. Y Nieves no es una creación ideal: "es, dice D. José Montoya, en su esclavitud irremediable, de una verdad exacta y desconsoladora". "En su corazón, dice el autor, como en rico vaso, puso Dios la flor inmarcesible de la humildad. Por ella perdonaba sin esfuerzo, sufría sin quejarse, sin sentirse desgraciada; y, apóstol inconsciente del hogar, trataba sólo de llevar a las áridas almas de sus hermanos una gota de la ternura que la suya atesoraba; que, aunque vegete entre malas yerbas, siempre exhala perfume la violeta."

La señora Mónica, madre de los Alzates, es allí la mujer trabajadora que con nada se arredra, que no llora largo tiempo a su marido porque sabe que las lágrimas no le dan el pan cotidiano, que forma a sus hijos para el trabajo, en una palabra, "es la hembra de gran corazón".

Y qué decir de la traviesa Pepa, la hija de D. Pacho Escandón, que siendo fea logra interesar por sus travesuras, por aquel vestido a la dermiere con que el autor la ha presentado al público? Carrasquilla debe de ser muy conocedor de las modas femeninas, de los adornos, de lo que gusta y de lo que desagrada, de lo que embellece y de lo que afea a las mujeres, cuando ha logrado hacer de una muchacha como Pepa, una señorita simpática y atractiva por su modo de ser juguetón y caprichoso. A ratos parece un personaje satírico en quien se pretende ver retratadas muchas mujeres antioqueñas.

El señor Carrasquilla ha basado su obra en la constante observación de la clase ínfima de la sociedad, de esa sociedad que vive a expensas del diario laborar, aunque muchas veces ese trabajo sea odioso, como en el caso de los prendistas Agustín y Filomena. *Frutos de mi tierra* es una obra que vivirá, porque a la par que corrige las costumbres, es a veces una alabanza a la raza antioqueña, enriquecida mediante la personalidad y actividad y el natural talento comercial de sus hijos.

Así pues, aunque estos personajes inducen a pensar en cierto naturalismo de Carrasquilla, lo que sí hay que alabar en él es el talento con que reproduce con verdad absoluta los individuos y escenas que tomó como modelo; más odiosos de lo que son en realidad, debido al fin satírico que el autor se propuso.

No queremos dejar de nombrar aquí dos personajes de *Frutos de mi tierra*, dotados de mucha vida: César, el bogotanita, y Gala, el caucano; dos enamorados que proceden de distinto modo en fuerza de las circunstancias: el segundo, que al principio sólo quería vengarse de un agravio anterior, cae ahora en las redes de Pepa y se desespera por ella. Este tránsito, del odio al amor, de la venganza a la adoración, es muy natural y una enseñanza de lo que pueden las gracias de una mujer sobre el corazón de la juventud que de vengativa y burlona se trueca fácilmente en adoradora de su víctima. César es otro. Cuando comprende el idealismo de su tía, aquellos mimos, aquellas deferencias, se apodera de él una pasión romántica y se hace dueño y señor del gran caudal de la preñada, para después alzarse con el santo y la limosna. ¡Qué tarde para el histérico amor de Filomena!

Otra de las cosas del Sr. Carrasquilla, y que tal vez perjudica la lectura de su libro, es la prolijidad en la descripción de los personajes, pues aquel que más se nos graba no es el que está delineado fuertemente de pies á cabeza, sino el que apenas se presenta con breves rasgos, dejando al lector el adivinar lo demás. Carrasquilla no procede así en la mayor parte de los casos: toma un personaje y agota la materia. Y entre tantos y diversos aspectos por donde lo considera, hay dos ó tres que descritos solamente bastarían para conocer el carácter del personaje. El detalle excesivo, las descripciones minuciosas llegan a cansar, por bien hechas que estén.

Difícil apreciar perfectamente hasta dónde alcanza la fidelidad empleada por el autor de *Frutos de mi tierra* en la reproducción del lenguaje del vulgo; punto éste que ha sido el escollo de los que pretenden trasladar a lo escrito las costumbres populares, haciendo hablar a los personajes; la empresa es más dificultosa en Antioquia, pero Carrasquilla ha podido salir airoso mediante un largo y paciente estudio y concienzuda selección artística, aunque algunas veces se leen en su libro palabras que no por estar en boca del vulgo caben en las obras de arte.

Pero si por los detalles y la carencia de trama es *Frutos de mi tierra* una serie de cuadros de costumbres genuinamente antio-

queñas, hay que ver a Carrasquilla cuando exhibe la muchedumbre con toques de mano maestra, ya en las fiestas civiles, ya en las funciones de la iglesia, ora en las alegres reuniones de mancebos y doncellas. Partes hay tan bien descritas, que se siente uno en medio de ellas; dígalo, si nó, aquella fiesta de cuarenta horas; al llegar a la procesión, nada falta; allá y en ella ve uno la unidad de la Iglesia Católica. Allí se siente el movimiento de la ciudad en una tarde que "determinó arrebolarse, allá por el poniente, por supuesto, y vestir de azul batatilla y de blacos tules por arriba, de color de esperanza por abajo, tanto garbeó, que pudo al fin alegrar la ciudad". *Ilusiones y realidades* es de los capítulos más bonitos del libro por la belleza de las descripciones, en las cuales se transparenta el alma del autor encariñado con aquella naturaleza que por todas partes suministra inspiración al pincel del artista. Como una muestra del estilo descriptivo de Carrasquilla, tomamos la siguiente, de un pedazo de falda llamado *El Cucaracho*:

"Levántase en majestuosa vuelta al occidente del valle. Aquí arranca violenta y atrevida, allá en suavísimo declive, más allá convulsiva y vacilante. Presenta, al ascender, ondulaciones esqueletadas de toldo sobre estacas, turgencias de acolchados almohadones, asperezas de caracol marino. Se encumbra altanera hasta dar en el cielo la fantástica silueta, que así semeja delineamiento de revuelta cabellera, como de almenares derruidos.

"Ofrece el conjunto imponente, el detalle caprichoso, inesperado, del paisaje antioqueño: en seguida de una explanada para una plazuela, un tolondrón pedregoso de difícil acceso; después un barranco inexpugnable; luego un escalón o un repecho que hace echar los bofes al transeúnte; cuando menos se piensa, un derrumbadero, un grupo de pedrejones a manera de ruinas, a vuelta de los cuales se serena el terreno, presentando la curva de la colina, la oblicua del plano inclinado, la horizontal del nivel.

"Cúbrese en partes de peluche verde, como castellana de teatro; en partes, la paja seca, las telarañas y los yerbajos empolvados le forman guiñapos de mendigo; se abigarra por ahí con rebujos de helechos y zarzales, dejando ver los remiendos de rozas recién quemadas.

"Desnúdase en los flancos, mostrando peladuras rojas en carne viva, desgarrones que se caen a pedazos, excoriaciones calcáreas, por cuyas grietas parece que asomaran careadas puntas de huesos.

“En las hondas de tanta arruga, ya se engalana de guirnaldas y festones, ya recoge en arroyos la piedra corrediza, ahora la pegajosa podredumbre de un pantano le va comiendo como una lepra; y luégo, por allá en las alturas, se paramenta con ropajes de soberana, ornados de flecos de gramíneas y de recamos de musgos, por entre las cuales se levanta el roble con la salvaje arrogancia de nuestras montañas”.

A más de *Frutos de mi tierra*, el Sr. Carrasquilla, maestro de la novela antioqueña, como lo llama el Sr. de Unamuno, ha escrito otras tres obras de factura diferente a la primera, de las cuales dos son, a nuestro parecer, inferiores a ella. Llámense esas tres obras en el orden en que salieron de las prensas, *Blanca*, que apareció en el número 3 de *El Montañés*, de 1.897, y dedicada á las damas de Medellín; *Salve Regina*, la más amada de su autor, publicada en elegante tomito en 1.903, y cuyo producto cedió espontáneamente el señor Carrasquilla para una obra de beneficencia, y *Entradas de niño*, que vió la luz en 1.906 en varias entregas de *Alpha*, célebre Revista literaria de Antioquia.

A decir verdad, en ninguna de estas tres novelas — si es que pueden llamarse tales— se vuelve a ver al regionalista de *Frutos de mi tierra*. En ellas Carrasquilla echó por camino diferente, y posible es que a la postre no venga a sobrenadar de lo suyo sino sus dos primeras producciones novelescas y algunos de los bellísimos cuentos originales que de cuándo en cuándo obsequia á los amantes de la literatura y del arte. Pero esto le basta: ha abierto con mano firme camino a la novela antioqueña, y por él han penetrado varios conterráneos suyos con más o menos éxito. Con todo, Carrasquilla es mejor cuentista que buen novelador.

La primera de las tres obritas arriba enumeradas, la más alabada de sus paisanos por la delicadeza y originalidad, es un cuadro de familia donde Blanca, niña pequeña, nacida en “la cumbre social”, amante de la naturaleza, de los astros, de las flores, pero de manera especial de la Virgen María, forma el encanto y la alegría del hogar de su madre. No del padre, que vive entregado a los placeres mundanos, olvidado de sus deberes de esposo. Por esas páginas se siente correr una alabanza merecida a la mujer antioqueña abnegada hasta el sacrificio, sufridora paciente y resignada, amante de sus hijos como lo es toda madre cristiana. Cuando el marido enferma, Ester encuentra ocasión de *vengarse* del desamparo de su esposo; “una de esas venganzas inconscientes de la mujer antioqueña, que tiene el talento en el corazón”.

Hay allí cuadritos muy delicados, en lenguaje natural y expresivo, como aquel del registro en que Blanca, por una de aquellas intuiciones propias de la edad, establece una corriente amorosa entre sus padrinos— Máximo y Mercedes— y viene la pequeñuela a servir de lazo de unión entre esos dos seres, que a una travesura infantil se descubre el amor de sus corazones. Pero los amores de los padrinos no es lo principal. Blanca, la que “no tuvo el encanto de la media lengua”, la encariñada de la Virgen, es la que vivifica con la blancura de su alma y de su cuerpo, ese cuento lleno de viveza y candor. Por eso deja cierta tristeza en el alma aquel final inesperado y trágico, cuando la infantil heroína perece en persecución de su ideal. Aquel súbito abandono de la vida, aquel vuelo repentino a las regiones de la muerte, en medio de las alegrías terrenales de una fiesta de familia — el cumpleaños del abuelo,— nos señala lo rápido del placer, lo corto de la existencia cuando apenas empieza a latir el corazón.

Carrasquilla delinea bien el carácter de sus protagonistas. Blanca, a pesar de cierta nube de ligero idealismo que la envuelve, revela en sus acciones de niña aquella ingenuidad y sencillez que todos conocemos, pero que es de muy difícil interpretación por los muchos tránsitos que se operan durante esa edad de la niñez, varios de ellos casi intangibles y que requieren honda penetración para descubrir en ellos el móvil interno del corazón humano.

II

Entre los que han seguido por afición y por temperamento las huellas del autor de *Frutos de mi tierra* debe nombrarse de modo especial al conocido escritor D. Samuel Velásquez, actualmente residente en Bogotá. Espíritu observador, analizador de las costumbres de la montaña, delicado en el sentir, fácil y correcto en el hablar, respetador de las costumbres consagradas y con toques de impersonalidad en sus obras, tal es el Sr. Velásquez.

La mejor de sus novelas, á juicio de la mayoría, la que le mereció el lauro del triunfo en un concurso abierto en Medellín, es *Madre*, que no há mucho publicó *El Nuevo Tiempo Literario*; es una novela de pocas páginas, de esas que van con el gusto moderno, hondamente sentida, de un interés que no decae un instante, escrita en lenguaje castizo, de la tierra, con cuatro o cinco personajes, cada uno de ellos representante de su clase respectiva; bien pudiera decirse que es un dramita arrancado a la vida y cuyo escenario es la naturaleza de aquellas montañas.

La corta extensión de *Madre* es una de sus cualidades; hoy, por lo general, nadie lee novelas de dos o tres volúmenes (y en Colombia menos), a no ser que ellas sean producto del genio y que por tanto aportan algo nuevo al arte y a la literatura. El Sr. Velásquez tiene el mérito de haber condensado en espacio tan reducido un cuadro tan intenso que al desarrollarlo daría material para un volumen entero. Pero Velásquez ha tomado en bloque el asunto de su novela: nada de detalles, de descripciones multiplicadas, de repetidos incidentes: apenas lo indispensable para la inteligencia del cuadro y conservando la medida en todo. Sus personajes son tomados de la realidad, pero de una realidad hermosa, que tiene en el fondo elementos de belleza que sólo el artista sabe descubrir. Allí se ve la castidad y honradez de la mujer campesina, que mira más al grito de la conciencia que a la embriaguez que produce el placer del sentido; allí está la vida de los arrieros antioqueños, vida á ratos tan idílica en medio de las faenas del trabajo, a ratos trágica hasta lo increíble. Al leer a *Madre* nadie se imagina aquel desenlace, que a veces parece traído con soberbia para dar fin a la novela; aquello desconcierta, es una nota lúgubre cuya vibración, en medio de tanto vigor, nadie esperaba. El idilio que veníamos recorriendo se trueca, por intervención de la muerte y con la rapidez del relámpago, en tragedia dolorosísima. ¿Qué pasa? La inocente Inés cae bajo el machete del arriero, envuelta en los jirones de su pureza y expira en presencia de su novio.

Bien se ve que el Sr. Velásquez está encariñado con esos tipos hermosos de mujer campesina; por eso, quizá al presentir para su heroína días aciagos al casarla con Felipe, ó porque el puro amor no hermane con las pequeñeces de la tierra, su temperamento se exalta y viene la catástrofe en su ayuda para desenredar el drama: mejor quedará Inés bañada con el "diluvio de sangre" que manaba la herida, que manchada después con las miserias de la vida. El lector también alcanza á recibir buena parte del golpe mortal; tal es el efecto que produce la muerte cuando se presenta en mitad de la existencia.

La otra obra suya, que merece mencionarse, es *Al Pie del Ruiz*, libro formado por una serie de cuadros de costumbres, donde se estudia la vida de tres familias antioqueñas: distinguida la una, pobres y humildes las otras, pero siempre con la honradez y decencia que el Sr. Velásquez da a la gente del pueblo. Con estos

elementos le ha resultado un libro que leen con agrado los amantes del regionalismo, y los que gozan con el realismo que no toma al vulgo por modelo, ya que por su forma está al alcance de todos. Y cuenta que *Al Pie del Ruiz* es un libro menos regionalista que *Frutos de mi Tierra*. En ambos se describen costumbres, pero en el primero no hay mucho de aquel vocabulario que a la larga fatiga.

No obstante ser cuadros de costumbres, si bien tiene mucho de romana, no está aquí la acción tan desligada como ya lo notamos en el libro del Sr. Carrasquilla; hay más conexión, los personajes de diversa condición social tienen relaciones entre sí y frecuentemente se ven juntos en la novela; pero nótase en cambio un como prurito del autor de sacar al lector del lugar donde se desenvuelve la narración principal, y llevarlo a pasear por muchos puntos de la República. Ya es en el combate de Los Chancos, ya en la ciudad de Buga, ya andando por el hermoso valle caucano, ora en el Magdalena, ora en las orillas del mar, luégo en París, después en Bogotá y en el Salto del Tequendama. Y con todo, la novela se llama *Al Pie del Ruiz*, porque algún nombre había de tener. Claro está que esto no es un defecto capital; así es muchas veces la vida: de aquí para allá, de la Ceca á la Meca, y más en 1.876, cuando la guerra civil traía trabados á tirios y troyanos; pero sí extraña el lector ese a ratos tan repentino cambio de decoración, sobre todo de la mitad para adelante.

¿Cuál es el protagonista de *Al Pie del Ruiz*? Difícil precisarlo. Aunque no hay allí una trama novelesca definida que hiciera descollar un personaje sobre los demás, sí se echa de menos entre tantos uno que se destaque dominando la escena y sirviendo de centro á los personajes restantes. En algunas partes cree el lector que la protagonista es Regina; pero luégo la bella figura de la campesina como que se impone con aquella fidelidad, con aquella belleza, con una castidad y honradez que hacen recordar a la heroína de *Madre*, como si las dos muchachas estuvieran trazadas por un mismo patrón... En todo caso, si el protagonista no está suficientemente caracterizado, ello se debe quizá no a incompetencia del autor — que la creación de Inés está probando lo contrario— sino tal vez a la extensión del libro, donde novelando con tantos personajes era difícil, por atenderlos a todos, dedicarle a uno solo toda la fuerza de acción. Pero, para no citar más, Regina y Dolores son los personajes más simpáticos del libro del Sr Velásquez. La primera por aquel misticismo innato que la acompaña, por la vocación que la lleva derecho al aprisco del Señor, como buscando

dónde saciar la sed de su alma generosa; lástima grande que la tentación amorosa de Regina con un buen mozo de aldea, rompa en cierto modo la firmeza de esa voluntad, para hacerla vacilar en su estado religioso de Hermana de la Caridad, a ella que a la Congregación había ingresado no por despecho sino por un llamamiento interior de su corazón, no por huír de los hombres sino por acercarse á Dios. Regina, pues, como personaje de novela, es un carácter bellamente trazado, pero echado a perder por desgracia. Dolores, la casta, la pura, la bella mujer de Bonifacio, parece estar mejor caracterizada y sostenida. Hay en ella la pasión de las almas fuertes, que no se doblegan ante los halagos de otro hombre que no sea su marido; que sufre, espera y ama a pesar de ser abandonada y hasta vilipendiada por el mismo objeto de su amor. No es una figura humana por completo, a menos que se tome como una excepción honrosa; y aunque muchas veces se piense que el oro corruptor puede torcer un corazón como el de Dolores, el optimismo del Sr. Velásquez lo lleva á mantenerla en una región de pureza donde es muy difícil morar largo tiempo cuando se lleva una vida azarosa como la de Dolores. De sentirse es que este personaje no se destaque sólo con su castidad y su belleza, en medio de aquel crecido número de individuos, que por lo crecido, hace debilitar la acción; lo cual se hubiera logrado disminuyendo las proporciones de los demás. De los otros seres que allí se mueven unos no tienen nada de particular, otros son horrorosos, como Manuel, el hijo de D. Basilio, que en sus amores con Isabel, hace recordar el *Pedro de Kundry*, y el cual tiene un desenlace trágico, llevado allá por el desenfrenado vicio del alcohol; Valeriano, algo así como gracioso de teatro, es un muchacho a quien por su donaire, ligereza y finas ocurrencias, va el lector cobrando simpatía.

Al Pie del Ruiz con todos sus bonitos cuadros de costumbres, con sus descripciones del natural, con su buen lenguaje, con aquel gracejo que a trechos la esmalta, no es, sin embargo, una novela que satisfaga como tál. Hay allí, es cierto, muchos elementos que muestran al que pudiera llegar a ser novelista de aliento, pero a cualquiera lo rinde la idea de llenar un libro de medio millar de páginas y pico. Creemos que el Sr. Velásquez maneja con más brío y con mejores resultados la novela corta, el cuento original, que no necesitan aparatoso estudio de pasiones humanas, ni idear grandes personajes para dotarlos de portentosa vida. Lo que la novela corta requiere— y es lo que tiene la del Señor Velásquez— son individuos arrancados a la vida ordinaria, sin grandes pasiones, sin multiplicados incidentes.

Hé aquí por qué será siempre más celebrada *Madre* que *Al Pié del Ruiz*, aunque en ésta hay cuadros y escenas llenas de vida que bastarían para la fama de un escritor. ¿Quién no siente algo extraño y agradable al leer la descripción de la muerte de la Señora Genoveva, el encuentro del fúnebre convoy con los militares, la desesperación de Dolores al perder a su hija, y otros muchos cuadros que por ahí andan dispersos, llenos de realidad y de un sentimiento hondo que sabe apreciar las notas alegres y tristes de la vida?

Y el Sr. Velásquez es, a nuestro modo de ver, lo que puede llamarse un autor realista, sin toques de naturalismo, como alguno de sus conterráneos, sin aquella afición a lo feo y desesperante de la sociedad que describe; es más bien optimista, ve todo de color de rosa, aunque alguno de sus personajes no está de acuerdo con ese temperamento: a veces se necesita del contraste de lo repugnante para hacer resaltar la luz y la belleza. Su temple de artista se manifiesta en los paisajes que copia con la pluma, en los cuales hay delicadeza y buen gusto, aunque a veces se muestra prolijo; maneja el diálogo con primor y huye del vocabulario soez de las gentes vulgares. Como una muestra de su estilo, transcribimos lo que dice del río La Vieja, de ese río que es como la entrada del paraíso y que produce nostalgia en el que una vez lo conoció:

“Es una corriente como de cincuenta metros de ancha, cuya mansedumbre encariña con ella los ojos y el espíritu; parece una carretera de cristal trazada por una mujer que se entretiene en hacer rayas onduladas buscando el dibujo de una labor. Van con tal lentitud por encima de él las balsas y las hojas secas, que, a no ser por un levísimo rumor que indica algo como respiración, se creería agua estancada. Dormido entre las sombras húmedas de los cacaotales, avanza largos trechos arrullado por el gemido de las palomas zoritas, y torna luégo a aparecer por entre aristocrático callejón de pisamos florecidos, y es aquí donde es más bello: estos árboles que en vez de savia parece que tienen fuego en el corazón, se cubren de una florescencia de brasas, y el río que los copia, aparece corriendo por entre incendios. Bandadas de garzas blancas posadas en la roja pradería vuelven aquel paisaje, que al recordarlo a distancia de él se toma como cosa de sueño.

“Más allá el río se abre en dos, y, cual se ciñe con los brazos el talle de una mujer hermosa, abarca una isleta vestida de verde, franjándola de espumas por todas partes; luégo aparecen dos playas ardientes, en cuyos arenales reverbera el calor; apenas si asoma

por allí un guabo de escarbadas y retorcidas raíces, a cuyas sombras se bañan las gentes o lava ropa una mujer solitaria. Muy fresca que anda Cartago metiendo los pies en aquella frescura. ¡Qué importa que los empedrados de sus calles y los viejos calicantos suelten chispas invisibles a la hora del bochorno, si el río le está diciendo con su mansa vibración: ¡Ven!... ¡Ven!... El es la alegría de aquella antigüedad; suprimírselo, sería tanto como desanimar una pupila quitándole la luz; por sus orillas viven las gentes en eterno alborozo, éste pesca, aquél se baña, zabelle el otro el cántaro de forma bíblica en la corriente, comentan los demás, aquellas playas son la misma animación. Acertado, y mucho, que anduvo el Mariscal español cuando fundó la soporífera ciudad de puertas ferradas y pesados calicantos al borde de aquella delicia; con todo y sus casas tristonas de gruesos y carcomidos pilares y camarines a la calle y cancelas por las ventanas, por allí no falta alegría, porque a tiro de piedra está el oasis que derrama frescor apacible y que da picante dulzura al tamarindo, sonrojos a la granada y miel al níspero.”

Al Pie del Ruiz, si deja mucho que desear como novela, se lee con agrado, y al fin de la lectura queda en el ánimo el ambiente perfumado de los paisajes, el recuerdo de las escenas mejor pintadas. Quien sabe si de los personajes no se puede decir otro tanto: se irán esfumando poco a poco, porque todos ellos, en su esfera respectiva, están como tirados a cordel, sin nada extraordinario que los haga grabar intensamente en la memoria.

III

Tomando por asunto un tema regional — la vida minera de Antioquia— el Dr. Eduardo Zuleta compuso una novela con el nombre de *Tierra Virgen*. Es el Sr. Zuleta un verdadero literato, correspondiente de la Academia Española; lo que no obsta para que sea uno de los primeros médicos de Medellín, ni para que esté desempeñando importante puesto diplomático en Europa. Sus méritos intrínsecos y la cultura y amenidad de su trato le han granjeado muchos afectos y simpatías dentro y fuera de la tierra natal; y así la novela fue recibida, aun antes de conocerla, con anticipado aplauso.

Y sin embargo, la novela del Dr. Zuleta se lee con mucho menor agrado que otros romances antioqueños, porque una vez

escogido el asunto, despreció el autor el procedimiento adecuado para tratarlo, y eso que "las reglas no son las que hacen buen escritor a un hombre, sino la fuerza inicial de que disponga," según doctrina sentada por el mismo Dr. Zuleta en el último capítulo de *Tierra Virgen*.

Son verdaderamente fatigosos los primeros cuatro o cinco capítulos de la novela, donde una compacta muchedumbre de personajes se lanza a la escena a hacer alarde de ridiculeces, a mostrar pasiones triviales que a nadie interesan y que pronto caen bajo la indiferencia y antipatía de los lectores. Capítulos éstos que contrastan admirablemente con algunos de los subsiguientes, llenos de vida y colorido, aunque haya allí escenas que horrorizan y de que más bien deberíamos avergonzarnos porque tienen por teatro el suelo colombiano, y presentan aquellos apartados rincones como lugares de costumbres muy primitivas todavía, a donde no ha llegado un soplo de vida civilizada, y mostrando al lado de una resistencia superior para el trabajo, el aspecto semisalvaje de los mineros de Remedios y Zaragoza.

El procedimiento en las obras artísticas no es tan relegable al olvido como a primera vista parece. Dígalo *Tierra Virgen*, donde el Dr. Zuleta cuidó más del fondo que de la forma externa; y de ahí que su libro tenga más valor como obra de propaganda, como producto de la reflexión y del estudio, como un libro social y de polémica, que como obra literaria. Difícil cosa es fundir una tesis doctrinal con los primores de la forma: por atender a la primera, que es casi siempre lo principal para el autor, la segunda se descuida y resultan obras más para estudiadas que para recrearse con ellas.

Se ha querido ver en *Tierra Virgen*, y es ese el quid de la novela, una lucha de razas. En un bien elaborado escrito del Sr. Tulio Ospina, publicado en el número 14 de *El Montañés* de 1.897, se ataca el problema de la pretendida lucha de razas, divididas, como es obvio, en blancos zambos y negros; lucha en que el Dr. Zuleta defiende a los segundos y terceros, haciéndolos aparecer en su novela, de mejor carácter, de más nobles sentimientos, de tanta bondad en algunos, que aquello raya "en lo sublime"; en fin, de mejores condiciones para la vida que sus antagonistas. Estos, en cambio, hombres y mujeres, aparecen como figuras detestables, llenas de vicios degradantes en unos, de ridiculeces y ruindades en otros, que más parece aquella falange de individuos cosa de caricaturas que personajes reales. Pero era necesario que

así sucediera para hacer resaltar en los zambos y negros las virtudes de que carecían los blancos. Transcribimos los siguientes párrafos del Sr. Ospina, para que se vea cómo se estimó en Antioquia la lucha de razas en *Tierra Virgen*, lucha puesta tan patente por el Dr. Zuleta.

El Sr. Ospina, después de plantear el problema como lo entendió el Dr. Zuleta, dice: "Ahora, vamos a cuentas; y para que no se nos considere apasionados, empecemos por confesar que en las razas de color existen muchos tipos tan buenos como los que pinta Zuleta; y por conceder que en Remedios eran todos de ese género, ya que aquél olvidó decirnos a qué raza pertenecían los que se robaban el oro que cambiaba D. Cándido, y los *veinticinco* que asesinaban a sus semejantes por el placer de "verlos hacer gestos." Pero, en cuanto a los blancos de Antioquia, ¿serán todos tan cobardes, tan corrompidos y tan ruines como los pinta el autor de *Tierra Virgen*? ¿Será posible que en una población como Remedios, que tiene la misma composición etnográfica que el resto del Departamento, no se encuentre más que un blanco decente, cuando todos los negros, mestizos y mulatos son gente perfecta e intachable? ¿Será cierto que en Antioquia existe una guerra cruda de razas, y que los blancos andan a la greña con los que no lo son, gritándoles en las iglesias, calles y ventanas: ¡negros! ¡zambos! ¡mulatos!

"Conteste cualquier hombre imparcial que conozca el verdadero carácter de la gente blanca que forma la inmensa mayoría de la población antioqueña; y que haya sabido apreciar el espíritu tolerante y democrático de nuestras costumbres patriarcales. Por nuestra parte, podemos afirmar que aquí no existe tal guerra de razas; que si nuestras gentes de color son honradas y dignas, nuestra población caucásica a ninguna cede en valor, en dignidad y en honradez; y nos atrevemos a decir que el Dr. Zuleta, al cercar el campo en su novela para una lucha de razas, no partió equitativamente el sol entre los combatientes, ni puso armas iguales en las manos de éstos.

"Una prueba incontrovertible de que las personificaciones que hace Zuleta en su novela, y las conclusiones trascendentales que de ella saca, son inexactas, la hallamos en su obra misma, gracias a que muchos de sus cuadros son tomados del natural, y olvidó retocarlos, para ponerlos de acuerdo con el carácter que asigna a las personas que figuran en ellos. En efecto, los libertos de la familia Jácome, Rita y Liberato, cuando llegó la emancipación,

se quedaron en casa de sus amos, sirviéndoles con el mayor desinterés. Este hecho, que se repitió en casi todos los hogares antioqueños, está probando la equidad y el afecto con que, aún en la época de la esclavitud, trataban los blancos de Antioquia a las gentes de color; ¿por qué no ocurrió lo mismo en el Cauca y en el resto del país?"

Por último, después de echar el Sr. Ospina por los campos de la sociología y psicología combinadas, para explicar el hecho de que " si las razas mixtas se encuentran entre no igual pie que la raza blanca, ¿ por qué la mayor parte de la riqueza del Departamento la hallamos en manos de ésta?", concluye diciendo:

"Nosotros, como el Dr. Zuleta, opinamos que el gran remedio contra las malas consecuencias de la diversidad de razas y de castas, se hallará el día "en que el espíritu del cristianismo penetre en todas las almas", y creemos que la mejor muestra que se pudiera dar de que se desea sinceramente el advenimiento de ese día, será no concitar los odios de sangre; no infundir en los corazones la noción de una lucha que en realidad no existe".

Tal vez donde con más soltura se mueve la pluma del Dr. Zuleta es en el último capítulo —"Fin de siglo (En Londres) "—disquisición filosófica y crítica y con no poca erudición sobre los más importantes problemas de la vida de la sociedad contemporánea; viniendo a ser esa parte una especie de resumen del punto de la tesis que en la novela se desarrolla; allí el estilo tiene brío y facilidad, y parece que el campo de las lucubraciones filosóficas es el más apropiado para el espíritu del Dr. Zuleta; porque, en general, el lenguaje de *Tierra Virgen*, si correcto y limpio, le falta un poco de brillo é imaginación, elementos de tanto efecto en la novela.

IV

Inocencia, de Francisco de P. Rendón, fue muy bien recibida del público de Antioquia y es una novelita conocida aun fuera del país, y que ha merecido a su autor los elogios de la gente sensata. El Sr. Rendón promete mucho a las letras patrias, y aun sabemos que tiene una o dos novelas inéditas que deseáramos ver impresas para solaz de muchos y mejor circulación de su talento realista para describir las costumbres de la montaña.

El argumento de *Inocencia* es atrevido y franco: podría quedar reducido a cuatro renglones: el matrimonio de una viuda de pasiones fuertes, de sentido práctico, con un guapo mozo campesino, práctico también, de atlética musculatura para el trabajo rudo, y por quien siente verdadero amor la niña Inocencia, hija única de la viuda. Esta resuelve sacrificar, sin mayor dificultad por supuesto, porque Angel no se da por notificado del amor de Inocencia, el cariño de su hija, y conquista a Angel, hasta que, llegado el día de las bodas, al efectuarse el matrimonio, Inocencia, que iba a dormir en la casa de su difunto padre, cae en medio de suspiros que se mezclan "con rumor de besos". La pobrecilla estaba muerta. Bien lo sabía Jacinta: que la última recomendación del querido, su esposo Lorenzo, había sido no ponerle padrasto a su hija. El desenlace, inesperado y todo, no es en realidad trágico. Es el ideal de una muchacha campesina arrancado por la muerte para evitarle la presencia de Angel y la de una madre rival. Inocencia, muerta, podría colocarse en blanco ataúd y ser coronada de flores. Su desaparición es de aquellas que hacen pensar en el cielo de los bienaventurados que se van de la tierra sin haberla casi hollado con sus plantas. Por eso las gentes que contemplaban el cuerpo troncado de la virgencita de San Isidro, exclamaron: ¡Dichosa de ella!

Nótase desde el principio de la novela la importancia que el autor da al detalle con menosprecio del conjunto, ya describa lugares como la vivienda de los campesinos, en que se cuele por todas partes, hasta el punto de hacer una verdadera disección anatómica, ya pinte los principales personajes, tan gráficamente, eso sí, que es fácil adivinar la parte psíquica de cada uno, desde que el lector los conoce físicamente. La acción, por consiguiente, no avanza, y de tanta y tanta descripción, no viene á quedar sino muy poco, lo meramente indispensable para estar uno enterado de cómo es una vivienda campesina y sus habitantes. Para los que viven encariñados con las costumbres montañesas, *Inocencia* debe ser una novelita encantadora por el mucho sabor local de que está impregnada, por la naturalidad de muchas escenas, por el conocimiento que el autor tiene del corazón humano y por la acertada escogencia de elementos del bajo pueblo, con todo lo cual podría hacerse un drama en que no escaseara la pasión, "la profunda pasión que allí se ve expresada, una pasión con raíces y no una mera ficción psicológica, compuesta según los cánones de la novela francesa," como opinó de *Inocencia* el Sr. de Unamuno.

Sin disputa alguna, y a pesar de la nimiedad del detalle, el

Sr. Rendón tiene arte para describir. Muchos de sus cuadros son bonitos y están llenos de verdad. Pocas veces se encuentra una pintura tan sencilla y natural, como la que hace de la administración del sacramento eucarístico al moribundo Lorenzo, donde no necesitó de postizos adornos para hacer pasar un oleaje de unción y reverencia por el corazón de esas pobres gentes, que en materias de amor de Dios están muy por encima de muchos a quienes ese mismo Dios, que miran con indiferencia, ha colmado de gracias y de dones sin cuento.

No queremos dejar de transcribir una de las páginas en que estuvo más feliz el autor: aquella en que la falange de peones da principio al trabajo de la rocería: la fuerza del verbo, la frase rápida y cortada que remeda muy bien el movimiento de aquellos héroes de la montaña que, "desafiándose, anhelantes por el triunfo de cuál aventaja a cuál; aullando, desgarrando como el tigre, avanzan como el fuego", trasplantan al lector al lugar del fracaso y parece que se escucha el vibrar de las armas afiladas que con golpe certero caen sobre los enhiestos moradores de la selva.

"Dando lastimeros quejidos caen los árboles de la orilla entre las aguas del río, que indiferente sigue rugiendo de tumbo en tumbo. Tiembla el follaje y gime; despavorido el pájaro, levanta el vuelo; ruedan de los nidos huevos y pichones. Ni para éstos hay misericordia: son aplastados o boquean víctimas de los rayos del sol. Huye la culebra que duerme al abrigo de las hojas; dispara la zumbadora abeja, dejando abandonado el panal, envuelto en hojarasca, que todos desprecian. El corvo calaboso hace trizas los velos y festones de florecidas trepadoras, de *popos* y de *chuscos*. Un tajo atierra al endeble arbusto cuando no queda oscilante prendido de las ramas de los que lo rodean. El acerado diente de hacha, a golpe seco y acompasado, ataca el tronco resistente del guamo que, regando las blancas borlas de sus flores, se rinde sereno y majestuoso; el *guacamayo*, dando al viento las hojas de fuego, que vuelan como las chispas de un incendio, cae junto al guasco, cuyo tronco fibroso se dobla como una rodilla desgarrada. Así como es derribada una hilera de naipes, van al suelo unos sobre otros crujiendo y quejándose con quejidos cuasi humanos los arbustos que han sido heridos por el pie, tapando con sus copas a los labriegos que se van quedando rezagados. Tocados éstos en su vanidad, y agujoneados por las burlas de sus compañeros, desguazan adelante por ganar la vanguardia. Los que se creen impotentes, huyen perseguidos por la mofa. Detrás de la falange devastadora, la guerrilla de alegres muchachos asienta los brazos del rastrojo yacente.

“Embriaga, confunde, aterra, pasma el rumor alado de las hojas que bailan la danza de la muerte; los olores penetrantes de selva desgarrada; aquel golpeteo de hachas y calabozos; aquel rugir del río; aquel crujir, aquel desquebrajar; aquel desastillar; el eco que retumba en olas, que ahora se alcanzan, ahora se atropellan, ahora se mezclan y se alejan hasta perderse en las entrañas de la selva”.

Allí, en aquellos torneos de la labor constante, empieza á destacarse mejor la figura de Angel, llena de fuerza varonil, y que ha de ser no muy tarde el marido de Jacinta, porque en el corazón de la hembra apasionada pierden terreno lentamente los antiguos lloriqueos, para dar entrada franca al gallardo mancebo que lucha a brazo partido con la naturaleza para conquistarse mujer tan ricamente dotada para la vida.

Quien haya presenciado un baile de la gente baja de la sociedad, en una noche apacible y serena, en amplio salón, alumbrado por “cuatro velas de sebo,” en que andan revueltos hombres y mujeres, en que todo es bulla y animación, con una música pedestre, que es para los bailarines “sencilla como el pueblo y alegre como el placer,” podrá apreciar cuánto vale el sobresaliente trozo descriptivo que del baile de Jacinta y Angel hace el Sr. Rendón en *Inocencia*. Véase la entrada de los danzantes en la lid, que va a decidir de su suerte futura y que va a ser el golpe de gracia para Inocencia:

“Vibrantes los nervios, la sangre en combustión precipitada en las arterias, salta el mozo echando al aire el sombrero de caña, al hombro el canto de la ruana, atrás el carriel y, dándose con la barba en la ollita en són de cortesía, se le cuadra delante a Jacinta, que se levanta emocionada arreglándose las faldas. Gira él por la derecha, ella por la izquierda, describiendo ambos un número ocho. Pasea él la mirada chispeante; ella, la siniestra en la robusta cintura, la cabeza inclinada a un lado, baila serena. Aplauden los circunstantes, que se agolpan formando un redondel. Ella y él llevando el compás de las vibrantes vihuelas, van, vienen, se evitan y se persiguen.

“Resuenan gritos de entusiasmo.

“Parándose Angel enfrente de la dama, zapatea como si pisase sobre brasas; ella, clavando en él la negra pupila con la fuerza que el iris parece salirse de la córnea, álzase la saya dejando al

desnudo el pie curtido y redondo, que sale del nítido copo de las susurrantes enaguas, y se dirige a él a paso repicado, halagadora y cadenciosa”.

Volvemos a repetirlo: *Inocencia* es un libro que si se le observa por el lado puramente novelesco, quizá cansa un poco, porque la trama sutil que lo anima está diluída en medio de las descripciones, y sólo hacia la mitad y al final de la obra hay algún interés. La sencillez del argumento, no obstante sus complicaciones de psicología, forzó tal vez a su autor a ser un tanto extenso en los demás componentes, muchos de los cuales sirven para conocer mejor el carácter de los personajes; pero si *Inocencia* se considera por el aspecto de los cuadros de costumbres, no será para muchos una novela, pero sí es, y seguirá siendo una obra donde hay que admirar un estilo pulcro y sencillo, lenguaje del vulgo bastante bien adaptado, personajes llenos de vida, y cuadros y escenas muy del natural, tomados y descritos con gusto. Y ponemos punto final con la siguientes palabras del crítico ha poco citado, quien dice: “Al leer la *Inocencia* del Sr. de Rendón se recuerda sin querer a Pereda, y por lo menos respira uno aires del campo y de una tierra real y efectiva, sintiéndose muy lejos de los artificios boulevarderos y de las tierras de ninguna parte puramente fantásticas. Aquello sabe a tierra, sabe a lugar, sabe a tiempo y sabe a humanidad”.

V

En 1.905 apareció *Kundry*, cuyo autor, D. Gabriel Latorre, es, a decir de los de por allá, un verdadero hombre de letras, con una ilustración que muy pocos alcanzan, y que sin haber vivido en Europa conoce á fondo cuatro o cinco idiomas extranjeros.

Kundry fue recibida de muy diversa manera: para unos fue aquello un triunfo alcanzado por Latorre; otros se sonrieron desdeñosamente ante aquel primer esfuerzo de un literato novel. La sociedad de Medellín tributó homenaje al autor, haciendo de *Kundry*, durante algún tiempo, su lectura favorita.

Kundry es una novela aristocrática que se aparta del modelo generalmente seguido por los romanceros antioqueños, donde se siente la influencia de las literaturas extranjeras, y cuya acción pasa en las altas esferas sociales de Medellín.

Se le ha censurado por algunos el lenguaje tachándolo de rebuscado y pedante por el tono lírico que corre al través de sus páginas; y aunque estamos de acuerdo en afirmar que el lirismo es impropio en la novela, no vamos tan lejos que calificuemos de desgraciado un estilo correcto y delicado como el de *Kundry*. D. Alfonso Castro, defensor de Latorre en las lides de la crítica antioqueña, después de llamar sencillo, pulcro y muy sobrio el estilo de *Kundry*, agrega: "El ser aristocrático en el decir, el emplear las palabras más bellas y sonoras del idioma, el odiar el vocabulario soez de las gentes de baja clase, el limar párrafos como pulidos vasos para encerrar dignamente las ideas, no es señal de rebuscamiento, ni mucho menos. Podrá ser una modalidad del artista, laudable por lo demás, pero nunca un defecto. La plebeyez no es cualidad ni en el estilo ni en nada ". Para nosotros el lenguaje de Latorre nos atrae más que el fondo de su novela.

El argumento no es complicado, ni actúan muchos personajes en su desarrollo: Pedro y Carolina se aman desde la infancia. El, joven lleno de vida, rico, mimado de la sociedad, una especie de *árbiter elegantiarum*, deseoso de viajar por Europa, y aborrecedor implacable del matrimonio, que no es para los espíritus superiores (como él) y del cual huye por cuantos caminos se le presentan. Ella, una morena encantadora, que lo ama con pasión y sufre las muchas veleidades de su novio, que se resiente cuando Pedro hace la corte a Julia, y que para atraer a Pedro corresponde a Guillermo. La pasión interrumpida se renueva y vuelve Pedro a las andadas; los amores se restablecen con más frenesí, pero apenas como una farsa de dos amantes. Pero la farsa es tal que se trueca en amor verdadero, y cuando parece que todo va a quedar arreglado, Pedro se arredra ante el ridículo de la idea matrimonial y retorna donde Julia. Entonces Carolina, por no ser boba, arregla matrimonio con Guillermo. Al saber Pedro que Kundry, la paciente Carolina, no lo ama, cuando siente sobre su frente el peso de aquel *nó* pronunciado con *energía salvaje*, se desespera, recorre a grandes rasgos la historia de esos amores nacidos en la infancia, y en la madrugada del día en que Carolina debía desposarse con Guillermo, Pedro, el joven soñador, el buscador de libertades ilusorias, en medio de la boda, al escuchar el exótico nombre de Kundry, "su rostro recibe por el momento su expresión antigua, brillan sus ojos con fulgor apasionado", pero después, con la rapidez del relámpago, "su cara se contrae con una expresión dura y extraña; sus ojos son como puñales, fríos, hirientes y despiadados; su cuerpo se yergue como el de una bestia felina que fuera a arrojarse sobre su presa; sus manos se crispan y lanzando de su garganta sofocada una especie de sordo ronquido, intenta abalan-

zarse sobre su esposo, y cae desplomada al suelo de un solo golpe." La pobrecita estaba loca. ¡Extraño caso de la suerte!

También se le ha censurado a Latorre el que los personajes de su bella novelita son inverosímiles, que allí no hay estudio de la pasión, del corazón humano, y que por consiguiente dicha creación está lisiada en sus fundamentos por no apoyarse en la verdad. Pedro, vacilante entre la libertad de la vida y el "yugo prosaico" del matrimonio, se decide por lo primero, a pesar del intenso amor que profesa a Carolina. Pero si ese amor es intenso, como parece serlo, en verdad no se explica claramente aquel placer que sentía el mancebo enamorado ante las desesperaciones de su novia. No es posible compaginar, a menos que se rompa la verosimilitud, esa indiferencia, ese goce que él sentía viéndola rabiarse, con el cariño que la profesaba. Bien puede un mozo petulante y rico como Pedro, burlarse del amor de una muchacha, complacerse en atormentarla a cada paso, pero entonces no es posible que él sienta por ella verdadero cariño, intenso amor. "El pretexto de Pedro para no entregarse de lleno al amor de Carolina —un proyectado viaje á Europa— es tonto e incapaz de producir el resultado que produjo", dice D. José Montoya. El Sr. Latorre quiso, para plantear tal vez sus propias opiniones, no sus afectos, presentar un caso por demás exótico que a fuerza de tal se trueca en inverosímil. Sin duda alguna, el estudio de los móviles del corazón en la criatura racional, apenas han salido garbosos unos pocos verdaderos analizadores de esa parte tan heterogénea del compuesto humano.

Menos inverosímil, pero tampoco libre de alguna falsedad en el modo de presentarla, es Carolina, personaje del cual dice el Sr. Montoya ya citado: "No es tampoco natural que Carolina, una muchacha tan sincera, tan franca, tan leal y por sobre todo enamorada de Pedro, resuelta a ser siempre boba, siempre amante, siempre mujer, cambie por completo de un momento a otro, sólo por realizar la banalidad de no ser boba o de no parecerlo, y resultar así boba y media y por remate loca. Dejar su amor, renunciar a la dicha única de su existencia una mujer ferviente, porque se le presentan inconvenientes y porque en su casa le dicen que no sea boba, eso no; las mujeres, en amor, tienen una fuerza de obstinación que aterra."

En cuanto á Guillermo, el alemancito, creemos que es allí un personaje forzado, cuyo único papel se reduce a mostrar su incompetencia aun en el momento de proponer matrimonio a

Carolina; su carácter tímido, su ignorancia de la sociedad, su irresolución ante los combates de la vida, forman un contraste con Pedro, cuya fogosidad y fácil impresionismo lo conducen al trágico fin que ya sabemos. Con todo eso, Guillermo, educado en Alemania, "cuna del libre examen," no nos parece fuera de la realidad. ¿Qué significa que él no hubiera sacado fruto alguno de su educación (aunque sí aprendió alemán, de por fuerza, claro está), en un centro tan refinado como la Germania? ¿Acaso todos los que viajan por Europa sacan igual provecho? *Stultorum infinitus est numerus*, y muchos son también los que viajan por allá como viaja un fardo de mercancía en las bodegas de un buque mercante.

Por lo que hace a Julia, el otro personaje saliente de la novela, en ella encontró el Sr. Latorre modo de dar vuelo a su fantasía creando una coqueta destapada que sabe a maravilla representar todos los papeles en la farsa de los amores, y que poco honor hace a la sociedad de Medellín si se pretende mostrarla como un ejemplar de su seno. Más parece una refinada parisiense que una señorita de raza antioqueña.

Ahora ¿ qué se propone el Sr. Latorre con esos personajes? ¿Satirizar acaso la sociedad a la cual pertenece? A buen seguro que figuras de esa clase no se encuentran diariamente en Antioquia, donde pasa la novela, por lo cual, si él ha querido retratar en sus creaciones los miembros de la *high life*, no ha andado muy acertado que digamos. Tampoco queremos nosotros afirmar — los menos autorizados para ello — que la alta sociedad de Medellín no es en todo y por todo como la pinta y la hace obrar el autor de *Kundry*; en todas partes se encuentran ejemplos de petulantes, de coquetas, de niñas que no quieren ser bobas, pero que al través de su naturaleza mantienen un lado de humanidad que los hace proceder como racionales.

Kundry ha debido dejar no muy grata impresión en los miembros de la sociedad que allí se describe, pues el Sr. Latorre, enamorado de París y en general de la vida europea, profesa aversión soberana a la *tierruca montañesa*, y de cuándo en cuándo la vapula con frases hirientes y desconsoladoras para los que no la conocen. Ya dice de ella que está "perdida entre las faldas abruptas de los Andes, a millares de leguas de toda civilización y de toda cultura"; y en otro lugar: "la intimidad y *san-façon* a que invitaban las sugerencias del campo, obraban ya su efecto sobre aquellos mozos y mozas, de suyo un tantico repelentes y acartonados, como buenos hijos, al fin, de la ciudad más antipática y aburridora de

la tierra... No había mucho ingenio, ni hay para qué exigirlo de unos pobres mercaderes que todavía pisan con miedo la alfombra de los salones, y de niñas sometidas a quienes la severidad de costumbres ata la lengua y esteriliza el espíritu"; etc. Y si esto dice el Sr. Latorre de Medellín y sus moradores, ¡qué hubiera dicho de las otras poblaciones antioqueñas! En esto creemos u opinamos simplemente que hay una exageración, debida quizá al espíritu cultivado del Sr. Latorre, quien, viviendo como un europeo en su tierra, juzga con el criterio del que vive en los centros de gran civilización. En cambio, cuando habla de la vida del Viejo Mundo, encuentra los más elegantes y característicos epítetos, y sube muy alto en su vuelo de idealista y soñador. Oigasele un momento: "París, cerebro del mundo, centro de las elegancias, babilonia de las grandezas, compendio de las perfecciones, fuente inagotable de todos los placeres, tierra del champaña, y del *esprit*, y de las mesas opíparas, y de las muchachas alegres! ¡Italia, cuna del Arte! Inglaterra, suelo natal del sentido práctico y de las libras esterlinas! ¡Alemania, foco de la filosofía moderna, de la instrucción y de la ciencia! ¡España, patria de las castañetas, de las bundurrias y de las andaluzas resaladas! Suiza, la de los lagos azules y las montañas cándidas! ¡Bélgica, colmena rumorosa de trabajadores! ¡Los Estados Unidos, genitores del progreso potente, emporio de todo lo enorme, semillero de millones, tumulto de ferrocarriles!".

Con *Kundry* por este aspecto, y refiriéndonos á Antioquia, pasa algo semejante á lo que acontece al leer *Fraulein Emma* del diplomático Servet, novela que deja una impresión desagradable sobre Colombia; y si esto se extraña en un español como Servet, cuánto más habrá extrañado Medellín el hecho de que haya sido uno de sus hijos quien la ha desacreditado en las páginas de *Kundry*.

Pero, en todo caso, la novela del Sr. Latorre, no obstante sus incongruencias, es hasta ahora una de las mejores y más bonitas que conocemos, por lo correcto del lenguaje, su extensión mesurada y el interés que despierta; allí hay trozos de verdadera literatura, y al paso que muchas novelas colombianas no resisten más de una lectura, *Kundry* puede y debe leerse varias veces, en la seguridad de que cada vez que su lectura se repita, se admirará más la complexión artística de su autor, uno de los jóvenes que en Antioquia cultivan con *amore* y por temperamento las bellas letras. Y si ésta ha sido la obra tomificada con que el Sr. Latorre ha lanzado su talento a la circulación, de esperarse es que en lo sucesi-

vo nos regale con cosas todavía mejores, que las facultades del hombre siempre son susceptibles de perfeccionamiento.

VI

Réstanos hablar del autor de *Hija Espiritual*, D. Alfonso Castro, a quien conocimos en retrato en un tomito de cuentos elegantemente impreso en Medellín, que lleva por mote *El Recluta*, y que va exornado con los fotograbados de los literatos que tomaron parte en aquel torneo, abierto por *El Cascabel*, sin pretensiones de concurso, y sólo con el deseo de ver "un mismo asunto — la historia de un recluta— tratado por ocho escritores distintos, en ocho estilos distintos, de ocho distintas maneras."

El retrato del Sr. Castro, que a la vista tenemos, es el de un joven de frente despejada, rostro pensativo y una mirada inquisidora, a través de la cual parece brotar la bondad de una alma de artista. Alfonso Castro es mozo todavía, "el Benjamín de la literatura antioqueña", como lo llamó uno de sus panegiristas, porque apenas en la edad de la adolescencia ha entrado con paso firme por el difícil camino de las bellas letras. Y si fuéramos a estudiar en este trabajo la serie ya numerosa de cuentos de todo género que existen en la literatura nacional, más de una ocasión tendríamos para hablar de Castro, porque es allí donde ha cosechado mejores lauros su pluma de artista y poeta a su modo. *Notas humanas* y *Vibraciones* son dos libros suyos juzgados con ventaja, donde hay frescura, sentimiento y vida, donde ha dejado conocer mejor su temperamento y que le han franqueado la entrada al campo de las letras. No quiere decir esto que la perfección esté allí llevada a su colmo: defectos han de tener esas obras que no nos incumbe señalar, pero haber llegado en su edad a producirlas, es tarea digna de elogio. Castro es una esperanza para las letras patrias.

Puede afirmarse, sin mucho temor de errar, que en Antioquia se producen mejores cuentos que buenas novelas, que más valen allí los cuadros de costumbres que los conflictos pasionales; y es porque la novela necesita de la vida tranquila y sosegada, de la estabilidad de las cosas, de un carácter perfectamente definido, al paso que el cuento está muy en armonía con el anhelo de impresiones, de movimiento cotidiano, del trabajar incesante y variado. Los cuentistas antioqueños forman una legión: Carrasquilla,

Velásquez, Latorre, Robledo, Rendón, Castro, Montoya, Olano, Gaviria, Velásquez García y Francisco Gómez, muy apreciado este último entre sus conterráneos por sus salientes dotes de literato.

Hija Espiritual dió margen en Medellín a una polémica escabrosa: se creyó ver en los personajes del autor, individuos de carne y hueso de la sociedad de Medellín, se olieron y palparon las alusiones personales, en una palabra, produjo indignación en unos, protestas furibundas de otros, admiración en los de más allá, elogios de no pocos; se coló por todas partes como el viento y circuló con la rapidez del incendio. Que este personaje es Fulano, que aquella odiosa mujer es Zutana, que la chica otra es Menganita... y se recordaron escándalos recientes y dolorosos conflictos de familias respetables. Y como a los héroes de la novela se atribuían acciones e intenciones ajenas a los pretendidos modelos, se formó una atmósfera de difamación y de calumnia. Ayudó la circunstancia de que *Hija Espiritual*, no obstante estar muy bien escrita y parecer meditada con tiempo, produce el efecto de una explosión momentánea de la pluma ante algo que molesta y hiere, de obra escrita con el enemigo al frente.

En los lugares cortos — y cortas son para el efecto todas las poblaciones de Colombia, Bogotá inclusive— no puede el novelista retratar personas determinadas; no puede introducir acciones sucedidas en la vida real, sin faltar a la caridad, y muchas veces, sin pretenderlo, a la justicia. Por eso, en muchos años, no se lograrán buenas novelas realistas sino las que tienen por asunto las costumbres de las clases populares. Los retratados no leen la novela; y los que la leen, no conocen los modelos copiados por el autor.

La persona señalada por el público como ejemplar por personaje más odioso de la novela, publicó una carta dirigida al autor, bien pensada y bien escrita, con un vigor que le envidiarían muchos hombres, con exquisita mansedumbre cristiana y femenil delicadeza y recato. A aquella carta respondió la sociedad medellinense colmando a la afligida dama de testimonios de estimación y de respeto, y el Sr. Castro, como caballero, protestando que no había tenido intención de referirse en su novela a ninguna persona en particular. Así terminó el enojoso incidente.

El tema de la novela en cuestión, considerado en abstracto, no podía ser más interesante: de una importancia capital en todas partes y que lejos de enfriarse, adquiere mayor importancia de día en día, porque es trascendental y decide en muchas ocasiones

de la suerte de la sociedad. La educación de la mujer es el asunto que aborda Alfonso Castro en *Hija Espiritual*. Su novela es, pues, de las que han dado en llamarse *tendenciosas*.

El autor ha querido hacer palpables los perniciosos efectos que se siguen cuando una maestra, sin conocer el verdadero carácter y temperamento de su discípula, quiere sólo dirigirla por sus propias ideas y sentimientos, hasta el punto de hacer de las niñas que se le confían verdaderos autómatas, y de pretender forzarlas en el arduo problema de la vocación. Muy bien. Pero en *Hija Espiritual* se percibe un ambiente hostil a la vida religiosa; y se tratan con criterio puramente humano y utilitario delicados problemas psicológicos en que interviene el orden sobrenatural. El que quiere flores para tejer una guirnalda, no coge pétalos con toda la mano y tira de un golpe. El arte vive de buen gusto y delicadeza.

El estilo del Sr. Castro es sobrio y elegante, enérgico como al asunto convenía; los personajes están bien sostenidos. Con el tiempo hará obras que lleven muy alto su reputación de novelista.

PARABOLA GUERRERA DE SIMON BOLIVAR

Palabras pronunciadas en la Academia Antioqueña de Historia por el General Alvaro Valencia Tovar en su ingreso como miembro de la Corporación.

Al recorrer el denso itinerario bélico de Simón Bolívar, se concluye que su inmensa obra humana emerge de la guerra, donde tiene su génesis doloroso y sangriento. El campo de batalla es para el Libertador de cinco naciones lo que el laboratorio para el científico, el sereno ambiente de la biblioteca para el letrado o la alta torre abierta a la infinitud del firmamento para el observador de las galaxias.

Ese campo de batalla es, nada menos, que la franja tropical de América. En su compleja vastedad concurren los elementos de la naturaleza para conformar uno de los ambientes telúricos más hostiles al hombre. Cubrir ese conglomerado de montañas, abismos y llanuras, en el que la geografía exhibe su máxima adustez, a la cabeza de ejércitos surgidos de montoneras elementales, constituye empresa de características únicas. Para realizarla se requirió de la combinación de condiciones que configuraron la personalidad, excepcional también, de Simón Bolívar.

Tamaño aventura supone, antes que nada, vibrante vocación guerrera. El choque armado, dondequiera tenga ocurrencia, conlleva fuerzas de tremenda capacidad destructora. Es combinación y contraste donde gravitan el odio y la generosidad, la vida y la muerte, la cobardía y el heroísmo, lo sublime y lo prosaico, la victoria alucinante o la derrota sobrecogedora. Ubicado allí, sobre un fondo tempestuoso de nubarrones y relámpagos, Simón Bolívar emerge en su poderosa contextura de luchador nato, atraído poderosamente por el vórtice de angustia y desafío.

Por ello, y porque tres lustros de una existencia breve e intensa transitan por ese formidable teatro de lucha, quien hubo de vivirlos abocado a comandar ejércitos desde sus primeros pasos por el hispido sendero de triunfos y desastres, merece el calificativo primario de guerrero. Subyuga en Simón Bolívar esa disposición natural para el mando, que le permite llenar el título vacío de coronel hereditario, sin proceso alguno de aprendizaje metódico o formación profesional. Muchos otros se hicieron generales a fuerza de bregar en la contienda. Algunos desaparecieron cuando la derrota los consumió en su avalancha. Otros surgieron al lado del héroe, iluminada su ruta por los reflejos de aquél. Otros fueron sus émulos circunstanciales y sus subalternos a medida que el genio los reducía a la penumbra.

Bolívar hubo de realizar un periplo saturado de arrecifes, aguas traicioneras, bajos invisibles, espacios tormentosos de poder aniquilante. Pero había nacido para la lucha y cada uno de aquellos obstáculos interpuestos en su camino, convertíase para él en una razón más para alcanzar su meta. Se impuso a cuantos adversarios halló al paso. A la naturaleza dura e inclemente. A sus enemigos, caudillos surgidos como él de una de las más sangrientas y enconadas refiregas, en la historia salpicada de crueles episodios que constituye la existencia del pueblo español. Enemigos que no alinearon tan solo en el bando opuesto sino en el propio, en choque soterrado o abierto de voluntades, ambición, egoísmo, autosuficiencia, orgullo, aspiraciones de mando, de gloria y de grandeza.

La violencia sanguinaria que toda guerra trae consigo, alcanzó en Venezuela índices aterradores. A su llamado respondió Bolívar con idéntica dureza pero, como todo lo suyo, en forma abierta y frontal, con un terrible acto de gobierno. El Decreto de Trujillo no fué otra cosa que la respuesta al reto que el enemigo le lanzaba, enmarcado en el usufructo de una autoridad real que se creía investida de poderes incontrolables para manejar la vida y la muerte. A la providencia del Libertador habían precedido crueldades sin cuento, sevicia inútil y bárbara, que él jamás auspició en sus propias filas. Recurrir a tan drástico expediente fue a la vez una amarga necesidad del momento pero, más que todo, un camino para abrirle a su revolución cauces definidos por los cuales pudiese conducir multitudes a la victoria.

La distancia entre el luchador que emerge de su propia juventud intrascendente para emprender la jornada de proporciones so-

brehumanas, y el militar estructurado en los dominios del arte bélico, tiende un abismo que él ha de llenar acumulando experiencias tan duras como aniquilantes, hasta sobreponer a su naturaleza guerrera el intelecto necesario para delinear campañas enteras y concluirlas con el manejo cerebral de la batalla decisiva. Difícil precisar dentro de esa mutación gradual las condiciones que mejor capacitaron a Simón Bolívar para colmar semejante vacío, en medio de dificultades y desastres que difícilmente hallan paralelo en la historia.

En América tan solo José de San Martín se atrevió a columbrar una hazaña de magnitud comparable, que dejó inconclusa cuando su recorrido libertario se cruzó con el de Bolívar. Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Gonzalo Jiménez de Quesada, Pedro de Alvarado, los exploradores y conquistadores del continente salvaje descubierto por la aventura de las tres carabelas, escribieron hazañosas historias de prodigio. Se enfrentaron a lo desconocido a la cabeza de grupos minúsculos de soldados de fortuna, pero la misma brevedad de sus campañas contra naciones enteras, indica la forma como éstas se derrumbaron virtualmente sin lucha, ante la combinación de caballos, armaduras y pólvora, frente a la superstición, el temor reverencial hacia los advenedizos, aún las profesías misteriosas que en el imperio azteca — el más guerrero de todos— se habían hecho sobre la llegada de aquellos hombres blancos en sus naves extrañas. El desequilibrio de poder en tales circunstancias, así como la magnitud de los espacios geográficos abarcados por los conquistadores, no admiten comparación con la gesta libertadora. Washington en el Norte no debió enfrentar el salvaje escenario tropical ni la orografía enloquecida que sirvieron de marco a la epopeya bolivariana. Y nadie cubrió extensiones tan amplias ni de características tan violentas como las que Bolívar desafió en su trayectoria tempestuosa.

Resulta fascinante seguir esa trayectoria. No se sale del asombro. Por fuerza ha de caerse en paralelismos con los grandes conductores militares de la historia, más afortunados sin duda en el conjunto avasallador de sus victorias cuya secuencia deslumbradora termina muchas veces en una sola derrota. La última, a la vez la primera. O no la sufrieron jamás, con lo cual no hay posibilidad de medir la capacidad excepcional de resurgir del hundimiento, que hace de Simón Bolívar un caso de prodigio. Quizá de esa característica del guerrero por excelencia, para quien la lucha solo termina con la muerte, deba partirse como base de análisis sobre la psiquis de fuego que pudo servir de forja a semejante fenómeno humano.

La esencia del Guerrero

El poder de la voluntad *emerge sobre todo el summum* de cualidades y defectos — sin términos medios que en Bolívar resultarían imposibles— de cuyo conjunto surge el genio. El juramento del Monte Sacro definió una vida. El propósito indomable de alcanzar la meta trazada en ese instante de delirio, hizo posible la obra monumental. Salvador de Madariaga no puede menos de elogiar esa dura arista del luchador cuando, al referirse a la imprecación del futuro Libertador en el atrio de la catedral de Caracas despedazado por el terremoto señala: "Bolívar expresó aquel día, con las palabras que ofendían a su acérrimo enemigo por su impiedad y extravagancia, aquella su fuerza de voluntad, aquella su tensión diabólica de Prometeo americano que fue el verdadero secreto de su grandeza. (1)

Este reconocimiento del biógrafo implacable del Libertador es el mejor homenaje a la condición máxima de su alma gigantesca. Examinando el conjunto demoledor de sus derrotas y fracasos se advierte cómo en los abismos es donde el temple acerado de un espíritu superior halla sus mejores momentos. Allí se aprecia cuanto Bolívar podía extraer de su lumbre interior en la inflexibilidad de una determinación. Es quizá lo más admirable en un hombre que reunió en su existencia tantos aspectos dignos de admirarse, para concluir con Madariaga que allí reside el génesis de su grandeza.

Fue su voluntad la que acabó por prevalecer sobre el arriesgado conjunto de caudillos que se disputaron la jefatura revolucionaria. No fueron pocos. En cada uno de ellos ardía el mismo fuego. Guerreros de alma y cuerpo. Hombres de talla hercúlea. Voluntades poderosas. Ambiciosos por impulso natural y por pasión de gloria embriagante. Cuando la perspectiva del tiempo ha dado a cada hombre su lugar en la historia, no es difícil hallar la estatura de quienes en un momento dado se enfrentaron por la primacía en cualquier aspecto de la competencia humana. Pero en un conjunto de rivales, fuertes todos e inspirados en razones equivalentes, no suele darse el caso de que se reconozcan prioridades ni se acepte la verdad del ser superior. Lo que terminó elevando a Bolívar muchos codos por encima de todos sus competidores, fue esa

(1) Madariaga, Op. cit, pág. 340.

voluntad formidable que lo hacía sobreponerse a los descalabros, con fuerza y brevedad desconcertantes, mientras ante tropiezos comparativamente menores los demás se sumían en largas pausas de oscuridad o desaparecían para siempre.

De esa voluntad de hierro se deriva la energía irradiante que acompaña todas las empresas del Libertador. Ese extraer recursos de la nada, ese improvisar ejércitos en medio del desaliento, ese insuflar ánimo cuando la desintegración comenzaba a derrumbarlo todo como castillo de arena al embate del viento, no es otra cosa que el trasunto de la voluntad transformada en energía. Así se advierte en el derrotado de Puerto Cabello cuando se lanza a la aventura gigantesca de reconquistar Caracas, a la cabeza de doscientos hombres que difícilmente podrían llamarse soldados. Luego en el cerco de hierro que se tiende a su alrededor el año 14 cuando las victorias efímeras se disuelven en humareda de derrota. Y así a lo largo de la ruta sangrienta, en el éxito o en el fracaso, en la victoria duramente disputada o en la derrota que abrumba y hace sucumbir al hombre corriente.

Es una energía dinámica, similar a la de las descargas eléctricas. Nada puede encadenarla. Invisible como aquélla, reviste manifestaciones soberbias cuando se libera tras larga acumulación. Es entonces cuando prueba su formidable poder. En la metamorfosis ascensional que lleva a Simón Bolívar de los inciertos predios del guerrero a los luminosos del general triunfante, se produce la sublimación progresiva de todas sus condiciones innatas de gran conductor. El proceso incluye la racionalización de esa energía desbordante que lo hacía impetuoso en demasía y lo llevó a situaciones entre comprometidas y desastrosas. Es así como, en la preparación de la campaña que culmina con la victoria de Junín, se remonta del abismo de Pativilca para cumplir uno de los más acabados trabajos de forja militar, con la creación del instrumento que habría de hacer posible tan brillante culminación.

Tenacidad y persistencia son parte de la manifestación externa de esa recia voluntad. Tan fuertes son en el Libertador, que en veces adquieren formas obsesivas. Así cuando embiste empecinadamente sobre Caracas en una serie de intentos frustrados, que lo obnubilan hasta el extremo de recortar el vuelo de su imaginación, tan fértil cuando avisora posibilidades sin sujeción a propósitos predeterminados. La Campaña Admirable del año 13 tuvo a Caracas como objetivo final y su defensa, una vez conquistada consumió todas las fuerzas que pudo arrancar de la extenuada provincia

con esa su energía desatada. Las dos expediciones de Los Cayos buscaron afanosamente la capital de Venezuela y solamente al no poder alcanzarla se decidió por La Guayana. Aunque como simple cimentación de su estrategia ligada a la ciudad natal, sobre la cual vuelve el año 18, que es el de su gran obsesión caraqueña, prolongada hasta los primeros meses del 19.

Por qué esa pasión por Caracas? Sin duda había un subfondo pasional. Bolívar amó profundamente su ciudad. Lo dijo en palabras emocionadas y lo demostró en hechos repetidos. *"Mil leguas ocuparon mis brazos, pero mi corazón se hallará siempre en Caracas; allí recibí la vida, allí debo rendirla; y mis caraqueños serán siempre mis primeros compatriotas. Este sentimiento no me abandonará sino después de la muerte."* Además de ese afecto profundo o quizá bajo su inspiración, Bolívar consideró siempre que la posesión de la ciudad jugaría papel definitivo en la conducción de la guerra. Aún después del cerco perimétrico a que fue sometido el año 14, se negó a reconocer que la ciudad y el territorio que desde allí podría dominarse representaban poco en el sostenimiento del esfuerzo bélico. No había allí contenido humano ni de recursos en proporción equivalente al esfuerzo que implicaba sostener su posesión, bajo el asedio que podría montarse desde las provincias realistas a su alrededor. Pero más allá de la importancia militar y política que pudo asignar a la capital de Venezuela, lo devoraba el impulso de un propósito impuesto por su formidable voluntad y acrecido por cada frustración.

Es obvio que los factores políticos jugaban papel considerable en esa búsqueda ansiosa de la capital. En la mente de Bolívar el guerrero nato y el político visionario anduvieron siempre superpuestos en forma que lo uno resultase fundamento de lo otro. Pero ante las demás capitales no demostró jamás el mismo empecinamiento. Si Bogotá hubiese sido Caracas, no habría esperado calmosamente en Tunja a que Barreiro volase a recuperar la ruta de cierre sino que, presumiblemente, se hubiese lanzado sin perder un instante sobre la codiciada presa. Tampoco por el dominio de Lima demostró apuro alguno. Perdida la ciudad por la defección de las guarniciones del Callao, se trasladó al Norte, organizó el ejército y acometió la campaña libertadora del Perú sobre la sierra, para dejar que Lima cayese por su propio peso, en un claro ejemplo de su madurez militar que quizá ante Caracas habría tenido diferente desarrollo.

La *voluntad como condición básica de un carácter* ejerce influencia predominante en la conducta militar de Bolívar. Es lo que, en primer término, produce el guerrero por encima y más allá de cualquier aprendizaje. La obra libertaria que el genio se trazó a sí mismo implicaba inevitablemente la guerra. Para hacerla Simón Bolívar no tuvo tiempo ni calma de prepararse metódicamente. Era Coronel de Milicias lo que le daba acceso al mando superior, en momentos en que la inspiración del líder constituía el camino para llenar el vacío de autoridad militar, en una lucha civil que apenas se configuraba confusamente entre la dirigencia criolla. Era un camino abierto al caudillismo puro, no a la ortodoxia militar que no podía tener cabida en aquella contienda elemental. Miranda bregó por disciplinar a la europea la hueste amorfa que surgió de la Primera República. Y perdió la guerra. Bolívar la condujo luego en juego deslumbrante de temeridad, audacia, improvisación, aprovechamiento de oportunidades, y la ganó al cabo de un aprendizaje terriblemente duro.

Fue el aprendizaje del guerrero que pugnaba por convertirse en militar: *"Un vasto campo se presenta delante de nosotros, que nos convida a ocuparnos de nuestros intereses, y bien que nuestros primeros pasos hayan sido tan trémulos como los de un infante, la rigurosa escuela de los trágicos sucesos ha afirmado nuestra marcha habiendo aprendido con las caídas dónde están los abismos, y con los naufragios dónde están los escollos."* Así fue la realidad de su lucha. Mientras se enfrentó a otros improvisadores de la contienda, su ser guerrero se impuso hasta que la superioridad adversaria llegó a ser tan abrumadora que bastó la derrota decisiva en la segunda Batalla de la Puerta, para hacer de su rauda campaña por Caracas, uno de sus más grandes desastres.

Empero, ante militares estructurados como Morillo y La Torre, el guerrero hubo de transformarse. Ya no bastaba avanzar a saltos, en un inverosímil juego de audacias para destruir y triunfar. En el choque de voluntades que es la batalla, intervienen otros factores que el soldado profesional sabe poner en juego y el guerrero debe aprender si no quiere ser arrollado. Allí es donde se inicia, precisamente, la evolución militar de Bolívar. Su poderosa inteligencia le permitió recibir y asimilar velozmente las lecciones de maestros bien versados en el arte, transformado por Napoleón en forma que desquició los patrones prusianos del orden oblicuo, y así el guerrero se adentró avasalladoramente en los ámbitos de la ciencia militar de su época.

En el juego de condiciones que dieron a Simón Bolívar sus primeras victorias y el renombre necesario para seguir brillando en el firmamento caudillista del trópico, a despecho de sus derrotas apabullantes, predomina la esencia misma del guerrero. La campaña de 1.813 no es otra cosa que un empleo magistral de la audacia inherente a quien ha decidido batirse en un campo desconocido y suple su falta de conocimientos con esa mezcla de temeridad, improvisación y aprovechamiento de oportunidades que más atrás destacábamos como esencia de sus primeras victorias. Tan amplio como recursivo empleo de cualidades guerreras le permitieron, inclusive, atropellar principios y desconocer mandatos de la experiencia acumulada en la historia de la guerra.

Así, cuando relata a Perú de La Croix en Bucaramanga lo más saliente de la Campaña Admirable, no vacila en decir que el pequeño número de sus tropas no le permitió hacer perseguir sobre sus flancos las partidas enemigas y que, una vez conquistada Caracas, pensaba aumentar sus ejércitos y oponer fuertes divisiones a los adversarios que durante la marcha se hubiesen rehecho. Es decir: el desconocimiento del principio de *seguridad* en la forma más grave, o sea exponiendo ambos flancos a un ataque que, si no se produjo, fue porque el enemigo no estuvo a la altura mental de las posibilidades que él explotaba temerariamente.

Resulta de todo esto una cualidad indefinible que caracteriza a los grandes capitanes de la historia: la intuición. Aquí se entra al terreno de lo imponderable en su forma más sutil. La exposición, arriesgada hasta el extremo, de retaguardia y flancos, que haría extremecerse a cualquier tratadista ortodoxo de la guerra, es el producto de ese adivinar lo que el enemigo habrá de hacer o de omitir en su comportamiento. Al ocultar su verdadera fuerza por medio de movilidad, rapidez y fragmentación de su minúsculo ejército, paraliza al adversario con base en contrariar la ortodoxia, con lo cual el guerrero se perfila con prístina nitidez.

A las anteriores condiciones, fuerza es agregar la *combatividad* de que Bolívar dió muestras en toda ocasión. Diríase que para él la lucha fue necesidad vital. Habiendo hecho de la guerra un camino sin retorno, halló en ella realización plena de su ser. Aún en períodos de relativa calma como el del año 20, cuando la situación española, unida a la necesidad de preparar los medios requeridos por la campaña decisiva sobre Venezuela, impuso una pausa obligada, Bolívar no se dió a sí mismo reposo. Ha podido enton-

ces colocarse al frente del gobierno recién establecido en Bogotá a fin de dar dirección personal al manejo de la cosa pública. No lo hizo porque su natural guerrero le hacía preferir el ajetreo de los campamentos dispersos a la calma de la ciudad.

Esta ansiedad de lucha se exterioriza tanto en el amplio campo de la guerra como en el más reducido del choque táctico. Como Presidente prefirió la conducción personal de los ejércitos con todos sus riesgos, vicisitudes, oscilaciones, a la del gobierno, lo cual manifiesta una vez más la prioridad que en su temperamento en perpetua inquietud tuvo el choque de las armas sobre el manejo sedentario de la política. Caracas, Angostura, la Villa del Rosario, Bogotá, Quito, Lima, fueron tan solo etapas de su peregrinaje guerrero. Momentos de reposo en el combate, jamás ataduras de alguna permanencia en su andar trashumante.

Si esta inquietud invencible se justifica a lo largo de la lucha por la independencia, comienza a perder algo de sentido después de Carabobo. Existía ya en el ejército republicano una pléyade de jefes capaces, formados en la dura escuela de la guerra, que hubiesen podido proseguir su obra libertaria. Si en aquel instante el político hubiese privado sobre el militar, la lógica del gran papel de creador de naciones lo hubiese atado a la silla presidencial, desde donde hubiese podido manejar la guerra a distancia y realizar la consolidación de la gran República diseñada en Angostura. Prefirió la vida de campaña aún a sabiendas de que su organismo se resentía del esfuerzo prolongado bajo condiciones de extrema dureza, y afrontó el desafío que muchas veces pareció nublar su gloria ya adquirida con las perspectivas de la derrota inminente.

Es claro que en este comportamiento no obraba tan solo el sentido de prioridad que tuvo para Bolívar el ejercicio de las armas sobre la práctica de la política. Quiso ser el único dentro de la gran dimensión del continente. Su egocentrismo invencible no admitió rivales. Tampoco quiso tenerlos en la captura de la gloria, si bien es cierto que una vez dueño absoluto de ella la compartió generosamente con sus lugartenientes. Daba con gusto y prodigalidad, pero jamás hubiese permitido que se le arrebataste un solo fragmento de lo que se empeñó en conquistar a tregua de cualquier sacrificio y de ingentes esfuerzos.

Esta preferencia por la vida terriblemente dura de la campaña militar sobre el ande y la llanura, contrasta con sus aficiones por todo lo bueno que la vida podía depararle como hombre afortunado y general victorioso. Su gusto por el baile, su tem-

peramento alegre, la pasión amorosa que entremezcló nombres y rostros de mujer a su arduo camino guerrero, habrían podido anclarlo a las ciudades que se le entregaban cuando la gloria, convencida de la inutilidad de serle esquivada, cedió a su voluntad de posesión. Gozó lo indecible en aquellos breves momentos que le concedió la lucha y que él se permitió a sí mismo. Pero se arrancó de la seducción definitiva. No desvanecido del ambiente el tétrico atentado del 28 de septiembre, enfermo de cuerpo y alma por la conspiración que estuvo a punto de costarle la vida, el Libertador emprendió el camino del Sur para conducir la guerra que el Perú había desatado bajo la ambición insana del Mariscal La Mar.

Una vez más el guerrero vestía la armadura que comenzaba a enmohecer. La campaña se hallaba en manos seguras bajo el comando del Mariscal de Ayacucho. La retaguardia, en cambio, aún podía peligrar en ausencia del Jefe del Estado, bajo la férrea pero desacertada conducción de Urdaneta. Entre una y otra alternativa, Bolívar prefirió asumir el mando de un ejército que podía triunfar sin él -- como en efecto ocurrió-- a permanecer frente a un gobierno que con él había estado próximo al derrumbe.

La combatividad, trasladada al campo táctico, lo indujo a luchar sin reposo, a dar batalla sin detenerse a medir posibilidades, a enfrentarse a cualquier adversario aún en condiciones inciertas. Movido por su espíritu de lucha llegó a cometer errores que en veces le costaron descalabros de consideración, otras culminaron en éxitos providenciales. El Pantano de Vargas y el Quebradón de Cariaco ilustran este aserto. La acometida prematura, el combate erróneamente calculado, el comprometimiento irreflexivo colocaron a Bolívar al borde mismo del desastre que quizá hubiese sido irreparable. Pero también signaron su obra total con uno de los éxitos más clamorosos que hombre alguno puede exhibir como realización vital.

La Imagen Napoleónica

Bolívar irrumpe en el escenario bélico de la humanidad en momentos en que se cumple una de las más grandes transformaciones que la guerra hubiese sufrido hasta entonces. La impuso Napoleón Bonaparte en Europa pero sus efectos llegaron tardíamente a América, y en forma fragmentaria, pese a lo cual permitieron la victoria fulminante de las armas españolas en 1.815 y 1.816, a la vez que forzaron el cambio sustancial en las formas de lucha casi instintiva que caracterizaron las primeras etapas de la guerra de independencia en Nueva Granada y Venezuela.

Hasta dónde el genio militar de Napoleón pudo influir en Bolívar? Es de pensar que tal influjo, sin duda poderoso, se ejerció más en el orden psicológico que en el de una posible formación castrense. Bonaparte era la gloria en todo su esplendor cuando Bolívar abría los ojos a un porvenir diferente al que sus años mozos presagiaban, en medio de la intrascendencia en que se desarrolló su vida de adolescencia y juventud hasta el despertar del Aventino.

El seguimiento de la trayectoria de Simón Bolívar permite asegurar que al emprender la Campaña de 1.813 el improvisado Coronel no había estudiado las guerras napoleónicas, entre otras razones porque apenas comenzaban a conocerse a través de obras de algún alcance militar. Existe sin embargo cierto paralelismo entre la Primera Campaña de Italia librada por el joven General de la revolución francesa, y aquella que la historia ha denominado admirable. Celeridad, ofensiva incesante, desplazamientos veloces, sentido de la sorpresa, maniobrabilidad. Ambos conductores superan mentalmente a sus oponentes, más experimentados en teoría pero inferiores cuando la realidad los enfrenta a la lucidez intuitiva del genio.

No parece, sin embargo, que Bolívar hubiese sido un imitador militar de Napoleón. Ni los medios a su disposición, ni las circunstancias que rodearon a uno y otro de los dos generales, ni el escenario geográfico ni la naturaleza de sus adversarios da a este paralelismo un carácter intencional. Más podría decirse que fue efecto de la similitud intelectual de los dos hombres frente a la realidad de la guerra. Las verdaderas lecciones en la doctrina napoleónica habría de recibirlas Bolívar más tarde, y no de ningún libro sino de la confrontación brutal contra un buen discípulo del gran Corso en el campo opuesto: Pablo Morillo.

Bolívar, lector voraz pero disperso, se adentró primero en los ámbitos de la filosofía llevado de la mano del más influyente de sus maestros, Don Simón Rodríguez. Cuanto ambos deambulaban por los caminos de Europa dialogando incansablemente sobre los enciclopedistas franceses, ya Napoleón era una realidad triunfante que ambos presenciaron en el acto de coronación y en el gran desfile militar del Chiaro. Despectivo y sardónico el filósofo y preceptor. Deslumbrado e incrédulo el discípulo a quien aquellas imágenes habrían de acompañar para siempre. Era el año de 1.805, plenitud de la gloria napoleónica. Bolívar, uno más entre la muchedumbre asombrada por tanto esplendor, seguiría rodando caminos hasta despertar a la realidad revolucionaria que lo empujó por las vertientes de la guerra.

Habiéndose iniciado en esta nueva existencia con el bagaje único y formidable de su temple, Bolívar llega en realidad a adentrarse en las comarcas de la ciencia-arte que se ha obligado a sí mismo a transitar, no solamente con base en la praxis derivada de la contienda misma sino a lecturas de considerable alcance. Lo que resulta imposible de determinar, es la relatividad de épocas en que tales influencias pudieran ejercerse.

En el Volumen VII de las *Cartas del Libertador* de Vicente Lecuna, aparece una relación de obras completas de Propiedad de Bolívar, conducidas por el Capitán Emigdio Briceño por remisión que hiciera el Coronel Tomás Cipriano de Mosquera desde Quito, posiblemente al término de la guerra contra el Perú. Hay allí de todo. Filosofía. Códigos y leyes. Política. Historia. Literatura de acento épico entre la cual no faltan la *Ilíada*, la *Odisea* de Homero y la *Eneida* de Virgilio. Y obras militares que ilustran sobre lo que el Libertador pudo conocer en su tiempo. Pero cuándo? En que momento de su azarosa vida guerrera? Qué influencia pudieron tener en su transformación a general?

Abunda allí lo napoleónico en mayor medida que ningún otro tópico aislado, señal elocuente de la influencia que Bonaparte ejerció en Bolívar. Bien vale la pena extractar los títulos de las obras militares por cuanto ello permite coagular, aunque dentro de la ya señalada imprecisión de épocas, lo que pudo atraer la atención penetrante del Libertador.

- Arrien: Expedition d'Alexandre
- Comentarios de César
- Montholon: Memoires de Napoleon
- Principios de Fortificación
- Campagnes d'Italie
- Oeuvres du Roi de Prusse
- Guerres de la Revolution
- Memoires de Général Rapp
- Reflexiones Militares
- Jugement Impartial sur Napoleon.
- Ordenanza naval.
- Memoires de Napoleon
- Principes de Stratègie.
- Tratado de Castramentación.
- Victoires completes des Français

Para determinar siquiera aproximadamente la correlación cronológica entre la posible lectura de estas obras y el tránsito guerrero del Libertador, sería deseable al menos conocer la fecha de edición de las mismas, ya que no su llegada a manos del propietario. No hay tampoco citas o referencias conocidas de Bolívar a tales libros, lo que hace imposible establecer qué pudo significarle su lectura o estudio, si es que llegó a tener oportunidad de penetrar en todos ellos.

El Guerrero a la luz del Arte Militar

Resulta interesante el examen que puede hacerse hoy de la trayectoria militar de Simón Bolívar a la luz de los llamados Principios de Guerra, o sea aquellos fundamentos de la lucha armada, decantados por el tiempo en forma que les comunica vigencia para todas las épocas, así varíe su importancia relativa o la aceptación doctrinaria que algunos de ellos reciban por parte de las diferentes escuelas del pensamiento militar. Los de aceptación más común se han enunciado así: *Objetivo* (Definición de un propósito o meta del esfuerzo) *Ofensiva* (sostenimiento de la iniciativa para imponer la propia voluntad al adversario) *Masa* (concentración de la fuerza adecuada al propósito en el lugar y el tiempo oportunos) *Movilidad* (maniobra, movimiento, en desarrollo de una intención definida) *Unidad de Mando*, *Cooperación* (también definible como coordinación superior entre organismos distintos) *Seguridad*, *Sorpresa* y *Sencillez*. También se ha aceptado recientemente como principio algo que en rigor es elemento o condición de la victoria: *la moral*.

El estudio de las diversas campañas conducidas por el Libertador, realizado a través de estas páginas, indica la utilización prioritaria del Objetivo, Ofensiva, Masa, Movilidad, Unidad de Mando, Sorpresa y Sencillez, con detrimento de Seguridad y Cooperación, sin que por ello pueda señalarse abandono de estos dos últimos.

En cuanto al factor o elemento moral, puede afirmarse que fué éste el punto fuerte de la conducción militar y guerrera del Libertador. Allí es donde mejor se refleja el Don de Mando como fuerza transmisible y cualidad del verdadero comandante. La moral tanto del jefe como del cuerpo que dirige, es un estado de mente y de espíritu. Con él, como afirmó el General Marchall, todo es posible.

Cuando falta, todo lo demás, planeamiento, preparación, material, no cuenta para nada. Y Napoleón al cuantificar el peso de la moral le dió valor de tres a uno con respecto a lo tangible.

Se han hecho referencias ocasionales en estas páginas al pensamiento militar de Sun Tzu, el filósofo y tratadista chino de Siglo IV antes de Cristo, lo cual sirve para indicar la perennidad de lo intelectual que gobierna la guerra, a despecho de las transformaciones materiales y la revolución doctrinaria inherente al paso del tiempo. Algo de la sabiduría del más antiguo analista de la guerra resulta sorprendentemente revivido por el Libertador, sin posibilidad de que lo hubiese conocido en su época.

Dice Sun Tzu:

“La guerra toda está basada en el engaño. Así, cuando nos sentimos en capacidad de atacar, debemos aparentar que no lo somos: cuando vayamos a emplear nuestra fuerza, debemos aparecer inactivos ; cuando estemos cerca hagamos creer al enemigo que estamos distantes; cuando lejos, hagámosle sentir nuestra proximidad. Tendamos cebos para atraer al adversario. Finjamos desorden y aplastémoslo ordenadamente.”

“Apareced en lugares que el enemigo se vea precipitado a defender. Marchad entonces con rapidez al lugar donde no se os espere.”

“Se puede avanzar en forma irresistible sobre los puntos débiles del enemigo y ponerse a cubierto de cualquier persecución con movimientos más rápidos que los de aquél.”

“Quien conquista es aquél que llega a dominar el artificio del desvío de la dirección esperada. Tal es el arte de la maniobra.”

“La rapidez es la esencia de la guerra; tomad ventaja de la im-preparación del enemigo, moveos por rutas inesperadas y atacad los puntos desprotegidos o vulnerables.”(2).

Cada una de las máximas citadas hallan aplicación constante en las campañas de Bolívar. Desde 1.813, el artificio, el engaño, la

(2) Sun-Tzu, Art. of War. Traducción del autor.

maniobra, el movimiento por la dirección inesperada, la finta oportuna, el acto imprevisto, salpican los episodios que van conformando la brillantez de sus éxitos. Son sentencias tan antiguas como la lucha de los pueblos por la conquista, la supervivencia o la libertad, que hallan nuevos intérpretes en los conductores afortunados.

El Gran Ambito de la Estrategia

En su sentido más amplio, la estrategia es la conducción superior de la guerra y de las campañas en que esta se descompone. Implica una combinación hábil, inteligente y flexible de realismo para obrar, según posibilidades e imaginación para explotarlas de acuerdo a cada circunstancia, hasta producir la batalla que es su acto de choque en las mejores circunstancias para asegurar la victoria.

Es aquí donde Bolívar luce en su mejor forma militar, tanto en sus etapas iniciales de guerrero como en la culminante de sus grandes victorias, cuando el combatiente intuitivo se ha transformado en maestro del arte que llega a dominar plenamente, sin perder sus características guerreras que son lo mejor de sí mismo.

Cuando a orillas del río Magdalena concibe la reconquista de Caracas, la imaginación — esencia del gran estratega— parece desbordar las posibilidades. Siempre habrá algo incierto en la concepción de una campaña. Pero allí, frente a la suma de territorios por cubrir, ejércitos por enfrentar y medios a disposición del adversario, los factores en contra adquieren tales proporciones que parecen descartar toda esperanza de éxito. La serie impresionante de victorias que culminan con el logro del **objetivo** propuesto, señala a quien domina por instinto ese ámbito poblado de incertidumbres e intuye donde otros calculan. La combinación de principios que allí se realiza es de una brillantez excepcional, con el sólo menoscabo de la seguridad, compensada por la sorpresa repetida y paralizante.

Luego, a medida que de ese guerrero va surgiendo el general, la concepción estratégica se perfecciona e incluye los elementos sustanciales de planeación en gran escala de la maniobra, que hasta las embestidas del año 18 sobre Caracas se reducían a los medios bajo su control inmediato, aunque para entonces ya le hubiese sido

posible inducir a sus díscolos subalternos rivales a aplicar conjuntamente el principio de Cooperación.

La constante del pensamiento estratégico del Libertador es su imaginación, tendida sobre el inmenso teatro de guerra con claro sentido de lo posible dentro de las tremendas dificultades propias del espacio y de la geografía encerrada en sus límites. Así la maniobra sobre la Nueva Granada, que la desobediencia de Páez ha posido llevar a un desastre de graves implicaciones, al dejar abierta la retaguardia de la operación principal a una ofensiva triturante desde Venezuela. Así la cuádruple maniobra que culmina en Carabobo, quizá la más espectacular de las concepciones estratégicas del Libertador. Así la doble ofensiva sobre Quito desde direcciones opuestas, afrontando el riesgo descomunal de ser abatido separadamente, a distancia en la cual el apoyo mutuo de la gran mandíbula, destinada a devorar las fuerzas del Rey, lo hacía impracticable. Así, por último, la Campaña Libertadora del Perú y la sorpresa estratégica de Junín.

La Táctica, Luces y Penumbras

Al descender de la gran concepción estratégica al campo de combate, la luminosidad de aquella cede el paso a un juego alterno de fortuna cambiante. Bolívar no alcanza en la fase de choque las mismas dimensiones que en la del movimiento destinado a producirlo. Es quizá porque el sentido de la ofensiva adquiere tal vigor en su ánimo, que lo lanza a la batalla sin análisis suficiente para librarla en las mejores condiciones. Su imaginación no tuvo allí vuelo comparable al del estratega, lo que tiende a reafirmar el aserto tántas veces razonado en estas páginas de que el guerrero predominó sobre el militar en la personalidad inmensa del Libertador.

El contraste entre acciones de habilidad admirable como Carabobo y errores dramáticos como los de Calabozo, Vargas y Bomboná, traza un juego rembranesco de luces y penunbras sobre lo que Bolívar representó como táctico, en el arte de plantear, conducir y definir la batalla. Predomina la luz, indudablemente. Pero no pocas veces se debe al guerrero, no al militar. Al luchador que se agiganta en medio de la brega en proporción a la inmensidad de las dificultades.

Abunda en las batallas dirigidas por Bolívar el choque frontal, como si en esta forma el duelo de voluntades pudiese definirse en razón de la tremenda fortaleza de la suya. No hay la sutileza en muchas de ellas que podría esperarse del estratega imaginativo, muchas veces dominado por el ardor de una pelea directa en la que explota esa acometividad consustancial al temperamento ardiente e impulsivo del guerrero.

No siempre hizo uso Bolívar de las ventajas que el terreno podría brindarle para el mejor empleo de sus fuerzas, en lo que Sucre sí llegó a demostrar acabada maestría. Parecería en ocasiones como si la presencia del enemigo se convirtiese en reto inmediato, aceptado sin segunda reflexión, allí mismo, en la arena abierta del duelo donde el más fuerte ha de prevalecer.

En cambio, en el ámbito operativo, que puede separar las fronteras difusas de la estrategia y la táctica, Bolívar demostró habilidad extraordinaria de la cual la marcha nocturna sobre Tunja constituye el más brillante ejemplo.

Lo Prosaico de la Logística

“Los ejércitos se mueven sobre el estómago” había dicho Napoleón en su consabido pragmatismo. Es allí donde impera la logística, sector penunbroso del arte bélico, donde el cálculo de necesidades y la forma de satisfacerlas se margina de lo visible y decorativo para moverse sobre cifras sin alma.

Aquí, como en los demás aspectos de la evolución boliviana hacia el gran general, el proceso es visible. Sus primeras campañas fueron movimiento y acción de intrepidez que descartaba todo cálculo. Quizá fue el Páramo de Pisva con sus desfiladeros de hielo y el duro lenguaje de sus vientos, lo que enseñó al guerrero a pensar que no siempre un ejército puede arrancar de la tierra por donde transita lo indispensable para luchar y subsistir.

Aún para formaciones ciertamente elementales y parcas en necesidades como lo fueron las que tallaron a golpes de heroísmo la imagen de la libertad americana, la logística señala límites infranqueables a la estrategia y ahoga en su prosa la versatilidad de la táctica. No se puede luchar sin municiones, ni marchar sin un mínimo de provisión de boca, ni subsistir en las cumbres heladas

sin abrigo. Bolívar no fue del todo consciente de este factor un tanto fastidioso de la guerra, sino cuando la carencia de medios indispensables puso freno a sus empeños o gravitó pesadamente sobre el ejército en horas de desesperanza.

En Boyacá — después de Písva— luchó por última vez ese ejército en desnudez y andrajos. En adelante, uniformes, morrales, fornituras, correaes, equipamiento, provisiones y armas, le darían brillantéz. Pero, en uno y otro caso, sería el mismo ejército. El suyo. El que su llameante personalidad de gran capitán llevaría a la victoria por sobre todos los sacrificios, todos los obstáculos, todas las tragedias que la guerra puede deparar.

Proyección Histórica del Guerrero.

Hay algo consustancial a Simón Bolívar y es su sentido inmanente del poder cuya esencia está en las armas. Fruto él mismo de la guerra, su pensamiento oscila en torno a lo que ésta puede significar como camino y ofrecer como amenaza. De allí esa comprensión de la necesidad de hacerse al poder suficiente para dar respetabilidad a las naciones en proceso de hacerse libres y su afanosa búsqueda de unidad política para los tres fragmentos más afines del desmembrado imperio español: el Virreinato de la Nueva Granada y las Capitanías Generales de Venezuela y Quito.

También su empeño grandioso por integrar de alguna manera la herencia hispánica obedeció al mismo sentido del poder militar como base de equilibrio. Tuvo el pensamiento de Bolívar acentos de clarividencia excepcional que ninguno de sus contemporáneos en las antiguas colonias comprendió suficientemente, o llegó a compartir en la medida necesaria para realizar una unión, que la propia España hizo imposible al partir en segmentos profundamente diferenciados su gran posesión ultramarina.

La idea-fuerza de la unidad hispanoamericana nace con el guerrero y se perfecciona simultáneamente con la metamorfosis de éste en general de ejércitos. Alborea en el Manifiesto de Cartagena y culmina con el llamamiento al Congreso Anfictiónico de Panamá, cumplido en la cúspide de su gloria. Hay allí sentido del poder como emanación del espacio y efecto de los recursos que un inmenso territorio podría proporcionar, frente a las amenazas que Bolívar anticipó y a sus contemporáneos pasaron desaper-

cibidas: Europa como alianza de monarquías empeñadas en reconstruir su poderío colonial; Estados Unidos, coloso en crecimiento de desarrollo alarmante; el Imperio del Brasil cuya fuerza expansiva habíase generado con los *bandeirantes* portugueses en marcha silenciosa a través del inmenso vacío del corazón suramericano.

La única manera de neutralizar aquel juego de potencias adverso al porvenir de Hispanoamérica era crear un poder equivalente, sustentado en el espacio geográfico y en la suma de sus fuerzas de otra manera dislocadas e impotentes.

Con el pensamiento anfictionico culmina la obra monumental que tuvo su origen en el guerrero predestinado. De ese guerrero que en el abismo de la desolación, abrumado por suma inclemente de desastres y derruido en su aliento físico por la enfermedad que hundía sus garras en el desastrado organismo, supo pronunciar una palabra, síntesis espléndida de su existencia de luchas y combates:

¡TRIUNFAR !

EL LIBERTADOR

y los dos Restrepos JOSE FELIX Y JOSE MANUEL

Alfonso Mejía Montoya

Conferencia transmitida por la Emisora Cultural de la Universidad Pontificia Bolivariana el 11 de Mayo de 1.980, con motivo del sesquicentenario de la muerte de Bolívar que se cumplirá el próximo 17 de diciembre.

En la serie de conferencias que se vienen difundiendo por esta Emisora Cultural como homenaje al Padre de la Patria en el sesquicentenario de su muerte, no puede ser objetada la pertinencia del tema "El Libertador y los dos Restrepos (José Félix y José Manuel)", porque estos próceres insignes ocupan sitio prominente entre los grandes colaboradores del Genio de la Emancipación Americana, no solamente en el ciclo de la Independencia, sino también y con singular lucimiento en el de la organización jurídica de la República.

José Félix y José Manuel Restrepos , oriundos de Envigado, nacido el primero en 1.760 y el segundo en 1.781, estaban vinculados por doble parentesco de consanguinidad, pues descendían por línea recta de varón del Alférez Real don Alonso López de Restrepo y Méndez de Sotomayor, nacido en el lugar llamado Restrepo de Castropol, del antiguo reino de Asturias, quien fue personaje saliente en la erección de la Villa de la Candelaria de Medellín y Regidor de su Cabildo desde 1.676 hasta su muerte acaecida en

1.681; y por línea materna, eran del linaje del famoso Capitán don Juan Vélez de Rivera, también asturiano, quien se radicó en la fértil parcela La Sabaneta del antiguo Envigado y fue allí fundador de la industria antioqueña de la caña de azúcar. Ese parentesco colateral distaba del grado de primos hermanos, que era el que existía entre los padres de José Félix y los abuelos de José Manuel.

Cuando en Santa Fé de Bogotá se inició el movimiento revolucionario de 1.810, los doctores Restrepo Vélez eran ya notables y prestigiosas figuras en el Virreinato de la Nueva Granada.

El Dr. José Manuel, hijo de don José Miguel Restrepo Puerta, Presidente en 1.812 del naciente Estado Soberano e Independiente de Antioquia, adquirió su primera educación en el célebre Colegio llamado Seminario que a fines del siglo XVIII regentó en Envigado el ilustre sacerdote realista Dr. Alberto María de la Calle. En 1.799 fue enviado al Colegio de San Bartolomé de Bogotá, donde en 1.804 la Real Audiencia le confirió el título de Abogado.

Fué discípulo de Mutis y acompañó al sabio Francisco José de Caldas en sus expediciones científicas por varias regiones del país, y fueron tan notables sus avances en ciencias naturales, que el sabio Humbolt en su honor denominó "Restrepia Antennífera" un género de orquidáceas. Fue colaborador del "Semanario de la Nueva Granada" de Caldas y en él fue publicada su importante obra "Ensayo sobre geografía, producciones, industria y población de la Provincia de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada". El doctor Jaime Jaramillo Arango, en su libro sobre Mutis y las expediciones botánicas en América en el siglo XVIII, lo calificó de "connotado geógrafo y cartógrafo", y el Hermano Justo Ramón, en su "Historia de Colombia", afirmó que en materia de geografía, "los trabajos más notables a fines de la Colonia eran los de Caldas, José Manuel Restrepo y Humbolt", a quienes llamó "iniciadores de nuestra Geografía científica".

Cabe recordar que posteriormente, en el "Régimen del Terror", cuando se vió obligado a emigrar, primero a Jamaica y después a Estados Unidos, en Nueva York aprendió inglés y adquirió conocimientos de química, tintorería, fabricación de tafletes y otras industrias que introdujo en su patria, entre ellas la fabricación de sombreros. Más tarde trajo al país la papa tuquerreña y las ovejas merinas y por mediación del General Soubllette importó de Venezuela el pasto llamado "pará". Además, como dijo don José Manuel Marroquín, "fue uno de los fundadores y princi-

pales accionistas de la Ferrería de Pacho". Fue, por tanto, el Dr. José Manuel un gran propulsor del adelanto industrial de Colombia en el pasado siglo.

En cuanto al Dr. José Félix, de cincuenta años de edad cuando se dió el grito de independencia, era reputado como filósofo y gran educador de la juventud. Su padre, don Vicente de Restrepo y Guerra Peláez, uno de los principales fundadores de Envigado, se distinguió por su celo en la educación de sus hijos, cuatro de los cuales se formaron doctores en los históricos y coloniales colegios de Santa Fé de Bogotá. Fueron ellos: el Pbro. Dr. Cristóbal, primer cura de Envigado; el Dr. Carlos, también sacerdote y cura de Popayán; el Dr. Javier, abogado y miembro del Cabildo de la Villa de la Candelaria, y el Dr. José Félix. Del Segundo matrimonio de don Vicente nació don Felipe de Restrepo Granda, quien fue el padre del preclaro hombre público y rector de la Universidad de Antioquia, Dr. Pedro Antonio Restrepo Escobar, fundador de Andes y progenitor del presidente de la República Dr. Carlos E. Restrepo. Don Felipe, fervoroso patriota, fue nombrado por Córdoba director de la fábrica de pólvora de la Provincia y, ya viudo, recibió la ordenación sacerdotal en Venezuela, de manos del Obispo de Barinas, y fue el primer cura de Itagüí.

El Dr. José Félix, cuyo primer maestro fue su tío el Pbro. Dr. Cristóbal José Vélez, a la edad de trece años inició estudios en el Colegio de San Bartolomé, donde en el examen de admisión, para gloria de su primer maestro, "fue hallado superabundantemente instruido en latinidad". Tres años después, en 1.776, recibió el diploma de Bachiller. Durante sus estudios, a la edad de 18 años, fue nombrado por el Virrey Pasante de Filosofía y poco después Catedrático en propiedad. En 1.780 optó al título de Doctor en Derecho Civil, y años después, en 1.786 y 1.787, respectivamente, se recibió como Abogado de las Reales Audiencias de Santa Fé y Quito.

Terminados sus estudios regresó a Antioquia, pero en 1.782, hallándose en Envigado y gracias al renombre de eximio profesor que adquirió en Bogotá, el Obispo de Popayán, Dr. Jerónimo Antonio de Obregón y Mena, lo llamó a regentar la cátedra de Filosofía en el Real Colegio Seminario de San Francisco de Asís de esa ciudad, donde fue también profesor de matemáticas, geometría, física experimental, artes e instituciones de Derecho Civil.

En esa cátedra se relievó como extraordinario reformador ,

pues abandonando el viejo método aristotélico en la enseñanza de los principios filosóficos, acogió el de la filosofía natural. Su discípulo el Sabio Caldas, expresó: "Por fortuna me tocó un catedrático ilustrado que detectaba esta jerga escolástica que ha corrompido los más bellos entendimientos; me apliqué bajo su dirección al estudio de la aritmética, geometría, trigonometría, álgebra y física experimental, porque nuestro curso de filosofía fue verdaderamente un curso de física y de matemáticas". Por ello afirmó su gran biógrafo el Dr. Mariano Ospina Rodríguez, que "el primer curso de filosofía dado en el Nuevo Reino de Granada, en el cual se pasó del viejo sistema peripatético a la enseñanza de las ciencias positivas por los métodos modernos, fue seguramente el que dió en Popayán el Dr. Restrepo".

Como sincero patriota y cristiano demócrata enseñó a sus discípulos los principios filosóficos de la libertad, la igualdad, la seguridad, el orden y la justicia que sirvieron posteriormente de cimiento a la fundación de la República, y a la organización de sus instituciones.

Asimismo, grande fue su influencia en las tertulias patrióticas en pro de la independencia del dominio español, especialmente en la calificada escuela democrática que presidía en su casa don Mariano Lemos.

De su adhesión al ideal bolivariano de la emancipación que Bolívar juró en Roma realizar, fue prueba apodíctica y heroica su actuación en 1.811, cuando el Alférez Real Antonio Tenorio invadió a Popayán con un ejército de patianos. Refirió su discípulo el más tarde General y Presidente de la República José Hilario López, que su venerable maestro fue el primero en ponerse al frente de sus alumnos para la defensa de la ciudad y el primero en disparar su arma contra los asaltantes desde los balcones del colegio, y expresó el General López: "Y yo, a su ejemplo, hice fuego con la mía, admirando con entusiasmo la sangre fría de mi caudillo, a quien miraba en esos momentos críticos como a un semidiós".

Formó así el Dr. José Félix de Restrepo esa gloriosa generación de jóvenes payaneses — entre los cuales se encontraba el antioqueño Francisco Antonio Zea—, que con el Sabio Francisco José de Caldas y el Dr. Camilo Torres a la vanguardia, fueron próceres egregios de la emancipación y la República.

Permaneció en Popayán cerca de treinta años y allí sirvió al

Gobierno colonial en los más altos cargos, como los de Fiscal para la Visita de la Real Casa de Moneda, Juez de Balanza, Asesor del Gobierno, Teniente de Gobernador, Alcalde Ordinario, Fiscal de la Real Audiencia y Padre General de Menores.

En 1.812, por causa de la invasión de Sámano a esa ciudad, emigró a Antioquia, donde fue nombrado Catedrático y Rector del Colegio Académico que fue origen de la Universidad, y allí también formó próceres de la talla de Alejandro Vélez Barrientos y Juan María Gómez. Posteriormente, en 1.823 y 1.824, dirigió otro famoso curso de filosofía en Bogotá, del cual fueron alumnos más de ochenta colombianos ilustres, entre ellos Mariano Ospina, Juan Francisco Ortiz y el antioqueño Anselmo Pineda.

Se explica por qué el Dr. José Félix, "Patriarca de la Educación", ha sido llamado por grandes historiadores el "Filósofo de la Independencia" y por el poeta payanés Guillermo Valencia, "Plasmador de Gigantes". Y no fue hiperbólico el escritor, sociólogo e historiador Javier Ocampo López, cuando en su libro "El proceso ideológico de la Emancipación", lo calificó como "Maestro de los Precursores Granadinos".

En Antioquia fueron los doctores José Manuel y José Félix figuras representativas en el movimiento de la emancipación. El Dr. José Manuel fue elegido diputado al Congreso de las Provincias Unidas de 1.811 y como tal firmó el Acta de Federación, de la cual fue corredactor, aunque después, convencido de que el régimen federal no era el apropiado para esa época, adhirió al sistema centralista. Como Secretario de Gracia y Justicia del Dictador Juan del Corral, firmó con éste el 11 de agosto de 1.813 la Declaración de Independencia de Antioquia del dominio español. El Congreso de 1.814, descontento con las actuaciones del Presidente Manuel Bernardo Alvarez, resolvió poner la rama ejecutiva del Poder Público en manos de un triunvirato y nombró al efecto a Manuel Rodríguez Torices, Custodio García Rovira y José Manuel Restrepo, quien no ejerció el cargo.

El mismo doctor José Manuel y el Dr. José Félix fueron miembros del Serenísimo Colegio o Convención que se reunió en la sacristía de Envigado y expidió en 1.815 la Constitución para el Estado de Antioquia, reformatoria o sustitutiva de la que en 1.812 había sido expedida en Rionegro. De esa histórica Carta dijeron los editores del libro "Constituciones de Colombia": "Por lo demás, examinando detenidamente esta última Constitución de An-

tioquia, se nota con sorpresa —y lo mismo ocurre en varias otras de la época— que muchos de sus artículos han quedado esencialmente intactos al través de tantas reformas como ha sufrido el Derecho Constitucional Colombiano. Algún adelanto en el método y en el lenguaje denota este nuevo estatuto, con relación a los que anteriormente se habían expedido. Bien se ve que contribuyeron a su redacción dos eminentes jurisconsultos: don Félix y don José Manuel Restrepo, beneméritos diputados de aquella convención, cuyos nombres figuraron después con tanto brillo en nuestra historia”.

En 1.819, triunfante el ejército patriota en la batalla de Boyacá, llegó a Antioquia el Teniente Coronel José María Córdoba con el cargo de Comandante General y cumpliendo orden del Libertador, nombró Gobernador Político de la Provincia al Dr. José Manuel, quien al respecto anotó en su “Diario Político y Militar”: “Este (Córdoba) ha dicho que trae órdenes para nombrar de Gobernador Político al Dr. Restrepo”, y el 31 del mismo mes escribió: “...de Medellín remitió Córdoba un pliego en que lo nombra Gobernador, pero no aceptará por enfermedad y también por falta de luces”; finalmente, anotó el 2 de septiembre: “A las 9 de la mañana de este día me obligó el Comandante Córdoba a recibirme de Gobernador. Presté el juramento en el Cabildo de Rionegro”. En ejercicio de ese cargo y con la colaboración del Comandante en Medellín, Alejandro Vélez, desplegó gran actividad en la formación del batallón Girardot, que con el Antioquia, organizado en Rionegro por Córdoba y al mando del mismo, selló la independencia de Antioquia con la derrota de Warleta en “Chorros Blancos”. Recordemos también que en septiembre de 1.820, Bolívar le ordenó al Gobernador que en el término de cuarenta días le remitiera a Cartagena al Coronel Montilla \$ 24.000.- para pagar dos mil fusiles. Aunque en su diario escribió: “Es mucho lo que se le pide a esta Provincia”, el 16 de octubre remitió esa cantidad. Asimismo, el Libertador le ordenó que le remitiera esclavos para engrosar el ejército, con la promesa de darles libertad si servían tres años, y el Dr. José Manuel le remitió novecientos, no obstante el descontento y las protestas de los amos.

Por ese tiempo fueron frecuentes las anotaciones en su diario, de su admiración por el Libertador. El 30 de julio de 1.820, escribió: “Gloria y loor eterno al inmortal Bolívar y a sus valientes compañeros de armas que han humillado en Boyacá el orgullo español y nos abrieron la carrera de la libertad y la independen-

cia". Y el 29 de agosto: "Gloria al inmortal Bolívar que ha fundado la República con su constancia y heroísmo en combatir a los españoles".

El Dr. José Félix, quien entonces se encontraba ejerciendo el cargo de Director de la Imprenta Oficial de la Provincia, en la cual había sido editado el primer número de la "Gaceta Ministerial de la República de Antioquia", y el Dr. José Manuel, fueron elegidos diputados al Congreso General de la Gran Colombia, creada por el Libertador, y que se reunió en 1.821 en la Villa del Rosario de Cúcuta. El Dr. José Manuel, cuarto Presidente, fue miembro de la Comisión redactora de la Constitución de ese año, y ambos se destacaron en la discusión de las importantes leyes por ese Congreso expedidas, entre ellas, la de libertad de los esclavos. El Congreso eligió Presidente de la Gran Colombia al Libertador y Vicepresidente al General Santander, quienes ante el mismo tomaron posesión de sus cargos, hecho lo cual, Bolívar nombró Secretarios o Ministros, entre éstos al Dr. José Manuel como Ministro del Interior o de Gobierno, y el Dr. José Félix fue designado por el Congreso Magistrado de la Alta Corte de Justicia, cargos que ellos ejercieron durante todo el régimen de la Gran Colombia.

El Dr. José Manuel, a cuya cartera estaba adscrito todo lo relacionado con la educación pública, recabó de Santander y firmó con él en 1.822 el Decreto por el cual fue creado el Colegio del Estado de Antioquia, posteriormente Universidad del mismo nombre, y en 1.827 suscribió con el Libertador el que creó la Facultad de Derecho de la misma. Fue asimismo cofundador con el General Santander de innumerables institutos de educación, como los Colegios de Santa Librada de Cali, San Simón de Ibagué y los de Boyacá y Cartagena. Durante la Vicepresidencia de Santander fueron adoptadas como textos las obras del utilitarista Jeremías Benthan y del sensualista Destutt de Tracy, por lo cual el Hermano Justo Ramón escribió en su "Historia de Colombia": "Brazo derecho de la administración de Santander en la obra educativa, dependiente de la Secretaría del Interior, fue el benemérito historiador Dr. José Manuel Restrepo, quien comparte con el Vicepresidente los méritos y los errores de aquel impulso provisor y generoso". Ejerció además el Dr. José Manuel otros cargos, como los de miembro del Consejo de Estado, Director de Crédito Público, Superintendente de la Casa de Moneda, Director de Estudios, Presidente de la Academia Nacional y con el Obispo Estévez fue

enviado diplomático ante el gobierno del Ecuador con el intento de arreglar las diferencias sobre los territorios del sur, lo que no lograron obtener.

Acerca del afecto y aprecio que el Libertador le prodigó al Dr. José Manuel, son elocuentes las siguientes manifestaciones: en carta de 19 de marzo de 1.820, le dijo: "... la sola carta de usted me persuadiría de ello, porque el justo respeto que profeso a sus opiniones es para mí una autoridad tan auténtica como la experiencia"; en noviembre de 1.826 anotó en su diario que él y los demás Ministros renunciaron "para que el Libertador nombrara personas de toda su confianza y del público", y Bolívar en un decreto les contestó que "estaba satisfecho de su conducta y por tanto no les admitía la renuncia"; posteriormente renunció de nuevo el Dr. Restrepo, y el Libertador Presidente le comunicó: "No crea usted que yo consiento que se separe usted del Ministerio, mientras no tenga un Ministro que lo reemplace dignamente", y en 1.829, una vez más, el 11 de febrero, le escribió: "Con respecto a la renuncia que hace del Ministerio que tan dignamente despacha reitero a usted lo que ya tengo indicado en mi anterior, es decir que no me es posible acceder a sus deseos mientras tanto no vea la persona que pueda suceder a usted".

A todos sus títulos y méritos, el Dr. José Manuel Restrepo agregó el muy glorioso de haber sido autor de la monumental obra "Historia de la Revolución de Colombia", publicada por primera vez en 1.827 y por segunda, corregida y aumentada, en 1.858.

Antes de la primer edición, el historiador le pidió autorización a Bolívar para dedicarla "al señor General Simón Bolívar, Libertador Presidente de la República de Colombia y Libertador del Perú", y él le contestó que aceptaba la dedicatoria pero "a condición de que Ud. diga en ella que lo hace a su amigo Simón Bolívar y no al jefe de Colombia".

Posteriormente, el 3 de julio de 1.828, le escribió de Bucaramanga: "Han crecido mi respeto y estimación para usted con la lectura de la Historia de Colombia... Si ha sido indulgente alguna vez con sus amigos, no por esto ha sido parcial con los contrarios". Le expresó algunas críticas sobre la descripción de las batallas y sobre personales conceptos del Dr. Restrepo relacionados con algunos personajes.

El mismo Dr. Restrepo reconoció que esa primera parte editada en 1.827 adolecía de deficiencias y errores, especialmente sobre fechas y nombres. "Por tales defectos — dijo en la segunda edición— hemos redactado de nuevo esta primera parte de la Historia de Colombia, haciéndole algunas adiciones importantes, cercenándole lo que nos ha parecido difuso y corrigiéndole en gran parte la cronología de los hechos".

El Dr. Restrepo fue gran admirador de Bolívar y leal colaborador suyo, pero eso no lo inhibió para expresar su desacuerdo con algunas actuaciones suyas, como la declaración de guerra a muerte, algunos elogios al Pacificador Morillo en relación con el armisticio convenido con él, su inicial simpatía a la Presidencia vitalicia, sus críticas a la Constitución de 1.821, su generosidad con Páez, la Constitución Boliviana, etc. etc.

Acerca del armisticio, el Dr. Restrepo anotó en su diario el 31 de diciembre de 1.820: "Al publicarse este tratado, hemos por primera vez dado un elogio a Morillo, ese asesino de todos nuestros grandes hombres. La pluma se resiste, y aunque la política lo exija a fin de calmar las pasiones, es imposible tratarlo con consideración y miramientos, como parece que lo ha dispuesto el General Bolívar".

En cuanto a la presidencia vitalicia, el Libertador le escribió de Lima el 26 de mayo de 1.826: "Ruego a usted aleje la idea de que quiero ser Presidente vitalicio. Si se me nombra en las próximas elecciones, yo la aceptaría para renunciarla a la persona que fuera más digna de ello".

Cometieron el Dr. José Manuel y sus compañeros del gabinete el error de insinuar al Presidente la conveniencia de establecer un régimen monárquico, con el Libertador como soberano de por vida y un príncipe extranjero como sucesor, proyecto que de plano rechazó el Libertador.

De otro lado, el Dr. Restrepo justificó la dictadura de Bolívar. El Consejo de Ministros aprobó el Acta de la Asamblea Popular del 13 de junio de 1.828, que después del fracaso de la Convención de Ocaña, investió al Libertador Presidente de facultades omnímodas o dictatoriales, y él como Ministro del Interior, en el oficio en que le comunicó ese pronunciamiento, le expresó a Bolívar que el Consejo fundó esa aprobación en el convencimien-

to "de que no hay otra medida capaz de salvar a la Patria, sino constituir un gobierno fuerte y enérgico ejercido por su Excelencia el Libertador".

Aseveró también el historiador Restrepo que Bolívar no cometió en su dictadura ningún acto de tiranía; fue "generoso y humano" con sus enemigos y "no hizo derramar otras lágrimas que las de los familiares de los criminales" que pretendieron asesinarlo el 25 de septiembre.

Sus relaciones como Ministro con el Libertador fueron cordiales. Al respecto, afirmó el Dr. Restrepo que él "no se encaprichaba en sostener sus opiniones, aunque algunas veces las llevara formadas al Consejo: cuando los Secretarios le manifestaban buenas razones en contrario, accedía con docilidad".

Cuando el General Santander fue condenado a la pena de muerte en el proceso contra los conspiradores que pretendieron asesinar a Bolívar el 25 de septiembre de 1.828, la petición de la conmutación de esa pena fue sometida por él a la decisión del Consejo de Ministros. El Dr. Restrepo y sus compañeros dictaminaron en el sentido de que fuera conmutada por la de destierro, y así lo hizo el Libertador.

La "Historia de la Revolución de Colombia", que constituye el más alto homenaje que el Dr. José Manuel Restrepo hizo al Libertador, ha sido objeto de grandes elogios de los más ilustres historiadores, quienes exaltan las cualidades de veracidad e imparcialidad de su autor, a quien Carlos López Narváez calificó "la más enhiesta conciencia de historiador". El Dr. Eduardo Zuleta expresó: "No comprendo cómo este verdadero prócer pudo alcanzar tanta imparcialidad en ese tiempo, sobre hombres que fueron sus amigos y compañeros..Cuando en su Historia habla de Bolívar o de Santander, sus jefes amigos, parece como si estuviera rindiendo una declaración jurada ante el público". Y hace cincuenta años, el 17 de diciembre de 1.930, el ilustre rionegrero Dr. Laureano García Ortiz, en el discurso que como Presidente de la Academia Nacional de Historia pronunció en el Teatro Colón de Bogotá, con motivo del centenario de la muerte de Bolívar, expresó: "La primera historia americana que enalteció al Libertador y su obra, fue la del colombiano José Manuel Restrepo, Ministro que fue de Bolívar y de Santander, testigo inmediato y documentado, grave y austero, de sin par autoridad".

Muchos historiógrafos lo proclaman "Padre de la Historia Nacional" y su sincero admirador y coterráneo Dr. Manuel Uribe Angel, escribió: "José Manuel Restrepo no es verdaderamente un hombre de Plutarco, porque es Plutarco mismo".

El próximo año de 1.981, el 31 de diciembre, se cumplirán doscientos años del nacimiento del historiador Restrepo en una casa que fue declarada Monumento Nacional en 1.956, es decir hace veinticuatro años, pero que aún permanece bajo dominio particular porque ningún gobierno ha querido cumplir la obligación de comprarla o expropiarla. ¿Celebrará Colombia ese bicentenario?

Para terminar, diré que el otro Restrepo, el Dr. José Félix, fue la más conspicua y respetable figura en la Administración de Justicia de la Gran Colombia. Como expresé en otra oportunidad, en el ejercicio de esa función magnífica, fueron prominentes, a la par con su sabiduría jurídica, su probidad acrisolada, la sensatez y equidad de su criterio, su entereza moral, su respeto a la ley y a la justicia y su ejemplarizante independencia y valor civil para afrontar las consecuencias de sus fallos y no dejarse arrollar por las influencias de los grandes y los poderosos, ni por las presiones de diversa índole que suelen poner en peligro la integridad moral de los administradores de justicia, todo lo cual le mereció el excelso dictado de Magistrado incorruptible.

Gozó de la simpatía, el aprecio y el respeto del Libertador, de cuya administración fue consultor y consejero. Cuando los padres de familia impetraron la exclusión de los textos de Benthan y Tracy del plan de estudios, el Gobierno requirió el dictamen de una comisión integrada por Vicente Azuero, Estanislao Vergara y el Dr. José Félix. Este, contra el parecer de los dos primeros, conceptuó, de acuerdo con sus principios filosóficos, que esas obras eran perjudiciales para la juventud, y este concepto fue recogido por el Libertador para expedir el Decreto de 12 de mayo de 1.828 en el cual dispuso que "en ninguna de las universidades de Colombia se enseñaran los tratados de legislación de Benthan."

Coincidieron asimismo el Libertador y el Dr. José Félix en su concepto sobre la dignidad humana y su aversión a la ignominiosa esclavitud, cuya abolición ambos propugnaron.

Es sabido que en 1.816, Alejandro Petión, Presidente de

Haití, le prestó generosos y extraordinarios auxilios a Bolívar para su expedición a Venezuela. Al despedirse, Petión le pidió como recompensa por esos auxilios, que decretara la libertad de los esclavos en todos los pueblos que libertara del dominio español, lo que él prometió hacer. En cumplimiento de esa promesa, tres veces proclamó Bolívar la abolición de la esclavitud: fue la primera el 2 de junio de 1.816 en Carúpano; la segunda en Ocumare en el mes de julio, y la tercera en Villa de Cura, en 1.818. Además, dió libertad a mil esclavos que había heredado de sus padres.

En la primera proclama ofreció dar libertad a los esclavos que se alistaran y sirvieran por algún tiempo en el ejército emancipador. Recordemos que en 1.820, el Libertador le ordenó al Gobernador Político de Antioquia que le enviara esclavos para sus campañas y que el Dr. José Manuel le remitió novecientos.

Pero forzoso es aceptar que el primero que obtuvo la expedición de una ley sobre manumisión de los esclavos fue el Dr. José Félix. En Antioquia presentó a la consideración del Dictador don Juan del Corral un proyecto sobre libertad de los hijos de los esclavos, llamado de libertad de vientres. Del Corral no estimó prudente hacer uso de las facultades de que estaba investido y sometió ese proyecto a la decisión del Cuerpo Legislativo, en el cual encontró amplia acogida y fue la Ley de 20 de abril de 1.814.

El más bello elogio de esa ley antioqueña, fue el que hizo don Marco Fidel Suárez en una semblanza del Dictador. Dijo allí: "Bástales a Corral y al venerable Dr. Félix de Restrepo haber sido los primeros que promovieron en el país la libertad de las esclavas; bástales eso para que sus nombres sean bendecidos por todas las almas honradas; puesto gloriosísimo se conquistaron con haber merecido uno en la galería en que brillan apareados los nombres de Las Casas y de Klarkson, de Wilberforce y de Pablo III. Nada es comparable a los esfuerzos que esos varones hicieron en favor de las razas infelices y oprimidas. Esta gloria oscurece la de la emancipación nacional, pues ésta sin la libertad de los esclavos queda incompleta y envuelve cierto grado de inequidad."

Además, en 1.821, convencido de que "la esclavitud era o puesta a la ley fundamental de la República", presentó en el Congreso de Cúcuta, del cual fue el primer Presidente, un proyecto semejante a la ley aprobada en Antioquia sobre abolición gradual de la esclavitud. Ese ilustre Congreso, después de oír la magna oración que el Dr. José Félix pronunció para sustentarlo, lo acogió

con efusivas demostraciones de fe republicana y cristiana y lo consideró como ley de la Gran Colombia. (Este magno estatuto fue firmado por el Dr. José Manuel como Presidente del Congreso).

Treinta años después, correspondió a su discípulo, General José Hilario López, recabar del Congreso la ley de 1.851, que empezó a regir el 1o. de enero de 1.852, por la cual se decretó la abolición absoluta y definitiva de la esclavitud, y a los constituyentes de 1.886, elevar esa abolición a la categoría de canon constitucional.

Después de aprobada esa ley, se recibió de Bolívar un mensaje fechado el 14 de julio de 1.821 en el Cuartel General de Valencia, en el cual se pedía al Congreso la abolición de la esclavitud, "en recompensa de la Batalla de Carabobo, ganada por el Ejército Libertador, cuya sangre ha corrido sólo por la libertad". Pero ya en su discurso había aludido el Dr. Restrepo a la petición que en igual sentido había hecho el Libertador al Congreso de Angostura.

En Bogotá, cuando fueron publicados el 23 de enero de 1.822 su discurso y la ley de manumisión, agregó el Dr. José Félix una manifestación de gratitud a Bolívar, en la cual dijo: "Libertador ilustre: tus votos están satisfechos. Dentro de poco el sol de Colombia no iluminará cadenas ni grillos. Proseguid a completar tu gran obra de la perfección de la República, acabando de arrojar de su suelo los enemigos de la libertad... Recibid pues la enhorabuena que os tributan la gratitud y la humanidad".

Desempeñó también el Dr. José Félix varios ministerios, y como diputado al Consejo Admirable de 1.830, aprobó la ley que ordenó una pensión vitalicia para el Libertador.

Loemos, pues, la memoria de Simón Bolívar, Libertador y Padre de la Patria, en el sesquicentenario de su muerte.

Y consagremos, asimismo, un recuerdo de reconocimiento a sus colaboradores José Félix y José Manuel Restrepo, porque ellos también fueron próceres de la libertad y cofundadores de la República.

SIMON BOLIVAR Y EL DR. ALEJANDRO PROSPERO REVEREND

Por Jaime Serna Gómez

Tocados de inmortalidad quedaron todos los personajes que actuaron en momentos decisivos, al lado de Bolívar, el fenómeno de los fastos de la historia de los libertadores y hombres de batallas.

El Dr. Alejandro Próspero Reverend es uno de esos hombres a quienes el contacto con Bolívar, tocó de inmortalidad. En sus manos murió el Libertador, para entrar a vivir en la historia y en la inmortalidad; en el seno de Dios que le inspiró la libertad de América y dotó con los dones proporcionados a tan excelso y sin igual certamen. Fue testigo de la muerte católica del Libertador y vio cómo se extinguió ese sol de América y del mundo. Le vio morir como mueren los sabios y los santos: con el fulgor del sol eucarístico en sus pupilas, antes de fijarlas para siempre en el Sol de las almas, Jesucristo. De los grandes filósofos y literatos, poetas, guerreros, científicos y sabios y poderosos que no han sabido morir como murió el inmenso genio de Bolívar, escribió San Agustín, al darse cuenta del coro de aplausos con que se les alaba en la tierra: "laudantur ubi non sunt; cruciantur ubi sunt"; son alabados y ensalzados donde no están; atormentados donde no están.

De Bolívar que murió arrepentido, humildemente inclinado ante el Señor que perdona al que se humilla, podemos decir que es alabado donde no está y también donde está ya gozando en el seno del Creador porque en sentir de San Pablo en el pasaje más profundo de su carta a los Corintios, griegos imbuidos de mate-

rialismo también profundo "si creemos que Jesús murió y resucitó creemos también que llevará consigo a los que mueren en El". Los que somos creyentes, nos aferramos a la eternidad, no al tiempo, que huye sin dejar rastro, porque "quién ha visto jamás las pisadas de los días?. Todo el que, como Bolívar, nace hombre, debe su origen a Dios, Hacedor Supremo y a El tornará, para felicidad eterna o para castigo eterno. "La sangre de tu Señor se ha derramado por ti, si quieres; la sangre de Cristo es salvación para el que quiere; tormento eterno para el que no quiere", dice San Agustín. Para Bolívar que quiso, fue salvación. La historia de todo hombre es el camino hacia la salvación o historia de la pérdida de la salvación. La historia es retorno a Dios, Señor de ella. Los creyentes sabemos que al morir tendremos "nuevos cielos y otra tierra nueva y allí festejaremos y amaremos; amaremos y ensalzaremos" durante el Día Eterno en un "ahora" de felicidad plena, perpetuado. Allí creemos que está Bolívar, sin que ya le importe ni le interese lo que aquí decimos de su obra ni lo que hemos dicho sobre su muerte cristiana y santa.

Para este artículo escogí el marco del Dr. Reverend, médico del cuerpo que le hizo a Bolívar un poco menos duros los días últimos de su existencia y fue testigo de su piadosa muerte, lo que más feliz hizo al Libertador y para siempre. Es famosa la frase aquella, que repercute en toda conciencia delicada: "al fin de la jornada, aquel que se salva sabe y el que no, no sabe nada".

ALEJANDRO PROSPERO REVEREND. Nació en la población de Falaise (Francia), hijo del Coronel Felipe Reverend y María de Reverend. Cuando Napoleón desembarcó en Cannes en 1.815 se enroló en un batallón de caballería y participó en la campaña del Loira. Después del desastre del emperador, quedó reducido a la pobreza, junto con su padre se dedicó al oficio de impresor en París, y allí logró matricularse en la Facultad de Medicina en 1.820. Algunos dicen que , al no encontrarse en los archivos de la Facultad ningún dato sobre él tal vez sólo recibió el título de Oficial de Salud (Afficier de santé). Pero el Dr. Paul Giepgen en su "Historia de la Medicina" dice que los estudiantes al terminar medicina, podían ejercer, sin haber presentado examen, El Dr. Martín Méndez dice que debido a los estudios que se han realizado sobre su actividad durante la última enfermedad del Libertador y sobre su libro, publicado en París en 1.866" **La última enfermedad, los últimos momentos y los funerales de Simón Bolívar, Libertador de Colombia y del Perú**" se deduce que sí estudió Medicina, pero no presentó examen y las leyes de entonces le permitieron viajar a

América a probar fortuna. Llegó a Jamaica y no le satisfizo el lugar y pasó a Santa Marta, donde organizó Botica y se dedicó a la medicina, habiendo atendido una epidemia de Viruela en la ciudad y pueblos vecinos, con acierto. El Ayuntamiento resolvió nombrarlo médico en propiedad pero era necesario someterse a un examen, de acuerdo con las leyes colombianas, cuando se trataba de profesional extranjero. Viajó a Cartagena donde existía Escuela Médica y allí, ante los doctores Ignacio Carreño, Dionisio y J. M. Vega disertó con maestría sobre medicina y obtuvo licencia para ejercer las funciones de médico. De vuelta a Santa Marta confirmósele el nombramiento de médico de la ciudad, y más tarde Cirujano del Hospital Militar. Tenía 32 años....Por esa época no se usaba la barba y fue de rostro sacerdotal, rubicundo, elegante en el vestir, como eran también de rostro bien afeitado Bolívar, Sucre, Córdoba, José Manuel Restrepo. La cara poblada de barbas que vemos en sus retratos, como en los de José Manuel Restrepo fue para su ancianidad, porque cuando ellos llegaron a ella la moda los obligaba a dejarse crecer las barbas, no afeitarse, como señal de dignidad y sabiduría de los años. Muchos doctores han afirmado: Reverend poseyó gran sentido clínico y claro conocimiento de la Anatomía Patológica.

BOLIVAR llegó a Santa Marta a las 7 1/2 p. m. del 1o. de diciembre. Tranquilo se encontraba en charla muy animada con su amigo Manuel Ujueta, el Dr. Reverend, en la acera o sardinel de su Botica cuando se le acercó el General Montilla y le rogó le acompañara a visitar al Libertador Simón Bolívar, que acababa de llegar sumamente enfermo. El Dr. Reverend examinó al Libertador, muy detenidamente, le habló en francés, cosa que le agradaba mucho a Bolívar, pues lo hablaba muy bien, simpatizó con él y le dijo: "Dr. Reverend: por especial recomendación del señor Juan Pavageau yo que le debo tener confianza. A pesar de mi repugnancia por los auxilios de la medicina, yo tengo esperanza de ponerme bueno para ser virgen de remedios". Desde ese momento, el Dr. Reverend se dedicó con gran celo a atender a Bolívar. Diariamente lo visitaba en su residencia y en ella tuvo junta con el Dr. Night cirujano de la goleta yanqui Granpus, acordando entre ambos un tratamiento especial. Cuando el Liberador fue trasladado a San Pedro, el Dr. viajó con él y se instaló cerca al cuarto del enfermo, dándole él mismo las medicinas, permaneciendo junto al lecho largas horas, departiendo familiarmente como el mejor amigo y distrayéndole cuando la servidumbre o los edecanes lo dejaban solo.

Un día le preguntó Bolívar: qué vino a buscar a estas tierras

Dr ? La libertad. Y la ha encontrado ? Si, mi General. Pues ha sido Ud. más afotunado que yo, pues todavía no la he encontrado.

Qué cosa está Ud. leyendo Dr. ?, le preguntó otro día. Noticias de Francia, mi general . Serán acaso sobre la revolución de julio? Si mi general. Gustaría Ud. ir a Francia Dr. ? De todo corazón. Pues bien, póngame usted bueno doctor, e iremos juntos a Francia. Es un bello país que además de la tranquilidad que tanto necesita mi espíritu, me ofrece muchas comodidades para que yo descanse de esta vida de soldado que llevo hace tanto tiempo”.

Bolívar detestaba los medicamentos. Pero de Lacroix cuenta que en Bucaramanga, el Dr. Moure , le prescribió un vomitivo por una indisposición fuerte y se burló de él diciendo: este doctor está siempre con sus remedios y sabe que yo no gusto de drogas de Botica. Pero los médicos son como los obispos: aquellos dan siempre recetas y estos bendiciones”.

Un día, cuenta el Dr. Reverend, se acercó a darle medicinas y el Libertador tomó un pañuelo, lo empapó en agua de colonia y le dijo: “Dr., ud, huele a hospital y sus vestidos parecen empapados de las miasmas que exhalan los enfermos.”

DIAGNOSTICO DEL DIA DE LA MUERTE. El 17 de diciembre anotó el Dr.: “la situación del enfermo a las siete de la mañana no puede ser más angustiosa. Todos los síntomas están llegando al último grado de intensidad; el pulso está en el mayor decaimiento; el facies está más hipocrático que antes; la MUERTE SE APROXIMA”.

Diez y siete días atendió el Dr. Reverend al Libertador... El Dr. Night, creyó que Bolívar tenía paludismo y recetó sulfato de quinina para entonar el estómago”. El Dr. Ignacio Carreño de Cartagena, fue llamado a Sta. Marta, pero se excusó diciendo que se encontraba imposibilitado. Sin embargo el General Montilla lo obligó a ir, al ver la gravedad del Libertador. Pero cuando llegó, ya había muerto y entonces se excusó diciendo que su cooperación habría sido inoficiosa puesto que los boletines de Reverend pronosticaban funesto término”. También llegó demasiado tarde el especialista en enfermedades tropicales, Sir Miguel Clare, enviado especialmente por el gobernador de Jamaica, en forma urgente.

La ciencia médica estaba atrasada y mucho, en esa época. De ahí que lanzar hipótesis de una y otra clase como han hecho tantos

médicos y escritores a través de ciento cincuenta años, es tan inepto como los análisis sobre la Patología del Libertador, hechos con los solos datos de sus cartas. Su carácter fué analizado muy pormenorizadamente por hombres como Perou de Lacroix, O'Leary, y otros que convivieron con él y fueron testigos de mayor excepción. El Dr. Reverend, con la ciencia que poseía y con su dedicación hizo cuanto pudo. Pero ya la enfermedad había llegado al momento en que la medicina, aún la avanzada de hoy, nada habría podido. Fueron ingratos con el Dr. Reverend durante los primeros años que siguieron a la muerte del Libertador. Y cada médico se creyó autorizado a opinar, sin razones suficientes y le quitaron clientela. Pero allí siguió en Santa Marta y llegó a ser Cónsul de Francia en la ciudad por seis años.

En la tarde del 20 de noviembre de 1.852, tras la exhumación de los restos del Libertador, solamente en huesos áridos, pudo finalmente emprender camino hacia Venezuela, que le cerró las puertas con atroz ingratitud poco antes de morir. Los comisionados de Venezuela, llegaron en la goleta de guerra Constitución. El Gobernador de la Provincia de Santa Marta, General Joaquín Posada Gutiérrez, el obispo Monseñor Serrano, el general J. Barriga y los señores Juan Francisco de Martín y Joaquín de Mier, los atendieron. El General Posada Gutiérrez dice que él llamó al Dr. Reverend para el reconocimiento de los restos. En el embarcadero, el Dr. Reverend, derramó lágrimas y dio el último adiós a los restos de su inolvidable paciente. Modestamente anotó en sus "Recuerdos": "Después de 12 años del sueño de la tumba en Sta. Marta, Bolívar tornó a los suyos".

El Dr. Reverend contrajo matrimonio el 25 de marzo de 1.847 con Victoria Penage de Ruz, viuda de Victorio Salcedo, pero murió al año y medio. Hubo un hijo, José Alejandro, que murió de pocos meses de nacido. El 30 de abril de 1.849 viajó a su país Francia y en París asistió a un Congreso Médico. Pero fue mirado con malos ojos por sus colegas y compatriotas y le preguntaron sobre los títulos que le acreditaban y contestó: NO TENGO MAS TITULOS QUE EL DE HABER SIDO EL ULTIMO MEDICO DE SIMON BOLIVAR EL LIBERTADOR DE COLOMBIA, EL GENIO DE AMERICA, EL MAS GRANDE Y EL MAS CONVENCIDO SACERDOTE DE LA DEMOCRACIA QUE HAYAN CONOCIDO LOS SIGLOS".

El Congreso de Venezuela le otorgó en 1.867 una Medalla orlada de diamantes adornada con el busto de Bolívar y la inscripción

ción: "Venezuela agradecida a Alejandro Próspero Reverend. En 1.874 visitó a Venezuela y fue recibido con suntuosidad, atendido espléndidamente, condecorado con el Busto del Libertador por Guzmán Blanco quien le concedió pensión de 460.00 mensuales.

El Dr, en agradecimiento, obsequió un cálculo del pulmón del Libertador, que él había conservado como reliquia y hoy se encuentra en el Museo Bolivariano de Caracas.

Pasó a Francia y vivió en sobriedad poco tiempo. Luego regresó a Sta. Marta y siguió su actividad de médico hasta la muerte, en edad avanzadá.

El General Montilla le instó a presentar la cuenta por los servicios prestados al ilustre enfermo y contestó: nunca pensé sacar una recompensa pecuniaria por mi asistencia al Libertador. Qué mayor premio que el honor insigne de haber sido su médico?

Los historiadores de Santa Marta dicen que era muy sobrio, a excepción del día de don Simón, cuando abría las puertas de su casa a los amigos que quisieran ir a visitarlo, iluminaba de noche toda la casa y descorchaba algunas botellas de vino generoso para obsequiar a sus amigos.

Carlos González Rubio, gran bolivariano, publicó una carta que el Dr. Reverend le envió a su amigo Monsieur Albert Lux, de Barranquilla, su amigo, cinco días antes de su muerte en la cual le dice: "Caro amigo; creo que se acerca la hora de preparar el equipaje y despedirme de este mundo para embarcarme hacia el país desconocido.

Hubiese querido que usted estuviera a mi lado para poder darle mi supremo adios. Siento un profundo pesar no poder seguir cultivando su amistad. Ruégole aceptar como recuerdo mi reloj de oro. A. P. Reverend. 26 de noviembre de 1.881, día del ochenta y quinto año de mi nacimiento, lo que parece ya demasiado".

Falleció súbitamente el 1o. de diciembre de 1.881, a las 7 de la mañana. Ese día precisamente, se cumplían 51 años del momento en que se hizo cargo de asistir al Libertador. Unos meses antes se hizo examinar del Dr. Vengoechea, médico también y éste le dijo: "mon confrére Reverend: Ud. está ya muy mal y pronto se irá de este mundo". El Dr. Reverend, lo examinó a su vez y luego le dijo: "mon Confrére Vengoechea: Ud. está más malo

que yo y se irá primero. Y así fué, pues el Dr. Vengoechea murió poco antes.... Dejó solamente tres hijos naturales. Sepultado en el cementerio de Sta. Marta y tras dificultades, pues su tumba fué violada, sus restos fueron enterrados en un osario de la capillita de la Quinta de San Pedro Alejandrino, con esta inscripción sencilla: "Aquí reposan los restos del Dr. A. Próspero Reverend, abogado médico del Libertador". La ceremonia se realizó el 19 de mayo de 1.933. Por largos años permanecieron dos bustos, en frente de la Quinta de San Pedro, el del Dr. Reverend y el del Obispo José Ma. Estévez. En sucesivas remodelaciones, a través de los años, desaparecieron de allí.

Para el 17 de diciembre de 1.980 el Gobierno dedicó 30 millones para invertirlos en obras especiales en Santa Marta. En la Quinta se organizó un Museo histórico de tres galerías y una sala de proyección para 80 personas; un hemiciclo que enmarca la Gran Plaza, frente al Monumento admirable llamado "ALTAR DE LA PATRIA" y creó la cuarta fachada de ese altar. Una red de hermosos caminos peatonales comunican todas las 22 hectáreas de la Quinta, que además, conserva, remodelados, todos los edificios que tenía en la época de la muerte del Libertador.

La Casa de la Aduana, la Catedral y la Quinta, triángulo de oro del Libertador en Sta. Marta, recibieron cuidados especiales para el sesquicentenario de la muerte de Bolívar. La Casa de la Aduana fue remodelada bellamente. También recibieron cuidados especiales, la Catedral donde se celebraron las exequias del Libertador, bajo cuyas naves reposaron sus restos mortales por más de diez años y la Iglesita del pueblecito de Mamatoco junto con su parque aledaño.

TESTIMONIO DEL DR. REVEREND, SOBRE LA CONFESION, VIATICO Y MUERTE DE BOLIVAR.

Es elocuente sobremanera el testimonio de un testigo mayor de excepción, como el del Dr. Reverend, sobre la confesión, viático, últimos sacramentos y muerte de Bolívar.

Los anticatólicos Gil Fortoul en Venezuela, y Cornelio Hispano en Colombia se propusieron presentar a Bolívar como irreligioso, materialista, ateo, junto con Perou de Lacroix a través de algunas frases que pone en boca de Bolívar, en Bucaramanga. Cornelio Hispano, por ejemplo, a los OCHENTA AÑOS DE MUERTO BOLIVAR, quiso encontrar base para negar la confesión de

Bolívar en testimonio de un canónigo medio loco y reblandecido, como lo atestigua Monseñor Revollo, que lo conoció íntimamente, el Pbro Calixto de Jesús Gómez.

El Dr. Próspero Reverend, en su "Diario sobre la última enfermedad del Libertador" dice: "el 7 de diciembre fue trasladado a la Quinta el Libertador. El General Montilla consiguió un coy para llevarlo a hombros, pero comenzó a lloviznar al salir de la ciudad. Luego que escampó se metió en un birlocho (que hoy se conserva en el Museo de la Quinta de Bolívar en San Pedro Alejandrino) y siguió hasta allá. Se le calmaron los primeros días, la tos, el dolor de pecho, los insomnios y otros síntomas alarmantes. Se sintió alegre, de modo que el 8 le escribió a un amigo de Bogotá que se encontraba mejor y hasta le puso una posdata de su puño y letra. Pero esa misma noche le comenzó un hipo persistente, tuvo delirios y la calentura le atacó la cabeza. Este conjunto de síntomas alarmantes formaba para mí un presagio funesto... Entorado de la situación, el General Montilla me dijo:

"Dr. Reverend: ya que el Libertador está en peligro, sería menester que usted le avisase de su mal estado, para que arreglase sus cosas espirituales y temporales".

"Sívase Sr. General, dispensarme, le contesté: si yo hiciese tal cosa, ni un momento me quedaría aquí; eso es asunto no del médico sino del sacerdote. Qué haremos pues? Le contesté al General: "lo mejor será llamar al obispo de Sta. Marta". Ahí tiene Ud. el caballo del Libertador, me contestó: en un salto avise al Dr. Estévez, a fin de que se sirva llegarse para acá lo más pronto posible"

"Sobre la marcha vino el prelado que sin tardar, se puso a conferenciar a solas con el Libertador y a poco rato, salió de su aposento. Entonces, dirigiéndose el Libertador a mí, me dijo: Qué es esto Dr.? Estaré tan malo para que se me hable de testamento y de confesarme?

"No hay tal cosa, (le dije): tranquilícese. Varias veces he visto enfermos de gravedad practicar estas diligencias y después ponerse buenos. Por mi parte confío que después de haber cumplido V.E. con estos deberes de cristiano, cobrará más tranquilidad y confianza, a la par que allanará las tareas del médico. Lo único que dijo fué: "Cómo saldré de éste laberinto."

Esta frase del Dr. Reverend, indica claramente el propósito de

confesarse y la dificultad de hacerlo, por su agitada vida, los muchos años que había pasado sin acercarse a este sacramento, tal vez desde la adolescencia y que coincide con aquella cita que hace de Bolívar, Posada Gutiérrez, pronunciada en Cartagena cuando convenía en no emprender viaje a Europa.

“ME SIENTO MORIR: MI PLAZO SE CUMPLE. DIOS ME LLAMA. TENGO QUE PREPARARME A DARLE CUENTA Y UNA CUENTA TERRIBLE COMO HA SIDO TERRIBLE LA AGITACION DE MI VIDA”.

El sobrino del Libertador, Fernando Bolívar, testigo presencial, afirma que Bolívar poco después de la primera entrevista con el obispo, se levantó para probar que no estaba tan mal y se puso a caminar, diciendo que no permitiría morirse de debilidad. Pero su físico no pudo soportar este esfuerzo. Entró nuevamente el obispo y nuevamente quiso que se dilatara la hora de la confesión y estuvo en desasosiego y en lucha interior. El General Montilla le habló entonces sobre que debía prepararse a cumplir con la Iglesia y el Libertador contestó: no será hacer mucho aparato estando en el campo? Se le aseguró: de ningún modo. Ud. debe hacerlo por la influencia moral que tiene. ENTONCES CON UNA GRANDEZA DE ANIMO QUE NADIE PUEDE IGUALAR, CONVINO EN QUE LO HARIA Y ENTONCES CELEBRO ESTE ACTO DE CONFESARSE. YA EN LA NOCHE TOMO EL VIATICO”.

Otro testigo presencial, el coronel Miguel Zapata dice: “S.E. fué asistido por el obispo de la provincia CON TODOS LOS AUXILIOS ESPIRITUALES y entre nueve y diez de la noche hizo testamento”. El historiador José Manuel Restrepo, amigo personal del Sr. Estévez, viajó con él al Ecuador y afirma sin la menor duda que el Libertador se confesó y que con todo énfasis se lo había dicho a él: el Libertador si se confesó conmigo. En ese viaje del año 1.832, fue ordenado en Ibarra, por el confesor de Bolívar, el I.S. Antonio Tomás Iturralde. Este cuenta: “El Sr. Estévez me refirió que cuando previno al Libertador para que se preparara para morir, le dijo: tráigame un espejo y mirándose en él repuso: “con éstos ojos no me muero”. Pues con esos ojos se va a morir”. Entonces el Libertador pidió le dejase preparar. Lo animó diciéndole; los pecados de S. E. son públicos y yo le ayudaré.....Se confesó poco después y quedé tan satisfecho que puedo decir: la beata más escrupulosa no hubiera hecho una confesión más buena. “Vi-

cente Zulambide es quien afirma lo anterior cuando dice : esta revelación la he oído personalmente al I.S. Iturralde, yo Vicente Zulambide, su familiar”.

COMO CUENTA EL DR REVEREND EL VIATICO DEL LIBERTADOR. Este momento sublime y único en la vida del Libertador, ha dado inspiración a numerosos oradores católicos, sacerdotes, historiadores, pintores, poetas. Recuérdese al poeta Antonio Llanos, quien alude al momento en que el “Grande entre los grandes de América se “inclinó ante el impalpable peso de la espiga”; al incomparable Mons. Carrasquilla, entre los que han cultivado en Colombia el difícilísimo arte de las “Oraciones Fúnebres”, que así dijo en la que escribió, aun cuando no alcanzó a pronunciar, porque la muerte se le interpuso, para el centenario de la muerte de Bolívar: “De Mamatoco se le llevó al Libertador el sagrado viático. Era el rey de los siglos, inmortal e invisible a cuyo nombre se dobla toda rodilla en los cielos, en la tierra y los infiernos, que iba a visitar y consolar una de sus criaturas predilectas: era el Rey de la gloria que sudó sangre en Getsemaní a fuerza de tedio y tristeza; traicionado por un discípulo, abandonado de los demás, befo y escupido en el pretorio, crucificado entre dos ladrones. El moribundo hizo la profesión de la fé, la misma que había aprendido de boca de su piadosa madre, cuarenta años antes; perdonó a sus enemigos; besó el crucifijo con fervor y finalmente recibió entre los labios trémulos y exangües el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. A Bolívar nunca podremos imitarlo. Preparémonos a seguirlo en la gloriosa humildad de su cristiana muerte”.

Otro grande entre los oradores sagrados de Colombia, Mons. José Vicente Castro Silva, en la Oración Fúnebre del día del centenario de la Muerte de Bolívar, dijo en la Basílica Primada de Colombia: “Hemos llegado con Bolívar a los linderos de la eternidad, donde las sentencias humanas se truecan en balbucear tímido ante la majestad del Hijo de Dios. Mas para subir al consorcio divino necesitaba iluminar la vida con la fe de una realidad ultraterrena. En esa realidad creyó Bolívar y acordaos que el 10 de diciembre de 1.830 agonizaba soñando con la consolidación de Colombia y afianzándola en las oraciones de la Iglesia. Así como el trance de la independencia colombiana no fue repetición de ningún otro suceso ni volverá a registrarse en los siglos de los siglos, así también tenía que ser sin ejemplo y sin suceso el hombre que Dios previno para que fuese alma y vida de aquella revolución extraordinaria. No es ponderación extremosa el poner en Bolívar, fundador de naciones,

un rastro de la energía creadora con que el Hacedor hizo salir de las entrañas informas y vacías del principio, el concierto acompañado de los mundos; ni os será dificultoso imaginar que las razones con que el Libertador dió luz de entendimiento a las colonias adormecidas para que comprendiesen y salvarsen sus propios intereses, fueron un trasunto de la palabra que desencadenó las vibraciones luminosas en el seno de la tiniebla primordial”.

El Dr. Reverend en su famoso libro, cuando relata cómo aconsejó a Bolívar la confesión para allanarle a él sus tareas, comenta: “No fue el lance tan apurado (el de la confesión) cuando por la noche de este mismo día se le administraron los sacramentos. Por más tiempo que viva, nunca se me olvidará lo solemne y patético de lo que presencié. El Cura de Mamatoco, cerca de Sn. Pedro, el P Hermenegildo Barranco acompañado de sus acólitos y unos pobres indígenas, vino de noche a pie, llevando el Viático a Simón Bolívar. Qué contraste: un humilde sacerdote y de casta ínfima, a quien realizaba sólo su carácter de ministro de Dios, sin séquito ni apartos pomposos propios de las ceremonias de la Iglesia, llegarse con los consuelos de la religión al primer hombre de Sur América, al Ilustre Libertador y Fundador de Colombia. Qué lección para confundir las vanidades de éste mundo’. Acabada la ceremonia religiosa, luego se puso el escribano Catalino Noguera en medio del círculo formado por los generales Mariano Montilla, José Ma. Carreño, Laurencio Silva, militares de alto rango; los señores Joaquín Mier, Manuel Ujueta y varias personas de responsabilidad para leer la alocución dirigida por Bolívar a los colombianos. Apenas pudo llegar a la mitad; su conmoción no le permitió continuar y le fue preciso ceder el puesto al Dr. Manuel Recuero, a la sazón auditor de guerra, quien pudo concluir la lectura. Pero al acabar de pronunciar las últimas palabras: YO BAJARE TRANQUILO AL SEPULCRO, fue cuando Bolívar desde su butaca, en donde estaba sentado, dijo con voz ronca: “Si, al sepulcro, es lo que me han proporcionado mis conciudadanos, pero yo los perdono. Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos. Al oír estas palabras que parecían salir de la tumba, se me cubrió el corazón; y al ver la consternación pintada en el rostro de los circunstantes, a cuyos ojos se asomaban las lágrimas, tuve que apartarme del círculo para ocultar las mías, que no me habían arrancado otros cuadros muy patéticos”

Y cuando relata el momento de la Muerte dice el Dr. Reverend:

“Cuando conocí que se iba aproximando la hora fatal, me senté a la cabecera, teniendo en mi mano la del Libertador, que ya no hablaba sino de un modo confuso. Sus facciones expresaban una perfecta serenidad; ningún dolor o señal de padecimiento se reflejaba en su rostro. Cuando advertí que ya la respiración se ponía estertorosa, el pulso trémulo, casi insensible y que la muerte era inminente, me asomé a la puerta del aposento y llamandó a los Generales, Edecanes y los demás que componían el séquito de Bolívar, SEÑORES EXCLAME, SI QUEREIS PRESENCIAR LOS ULTIMOS MOMENTOS Y POSTRER ALIENTO DEL LIBERTADOR’ YA ES TIEMPO. Inmediatamente fue rodeado el lecho del ilustre enfermo y a pocos minutos exhaló el último suspiro, Simón Bolívar, el ilustre campeón de la libertad suramericana, cuya defunción cubrió de luto a su patria, tan bien pintado en su proclama por el General Ignacio Luque, cuando exclamaba: “Ya murió el sol de Colombia”.

Es digno de eterna recordación, como la ha sido en realidad, el Dr. Alejandro Próspero Reverend. El estilo que emplea en su libro, demuestra muy buena ilustración, destellos claros de educación católica, fe de hombre sincero, admiración por el Libertador y elocuencia, unida a una gran sencillez, para referirse a los momentos más tristes de la vida del hombre prodigio de los anales de la historia americana, y par de los más grandes que haya dado la historia de la humanidad.

BOLIVAR

Por Gonzalo Restrepo Jaramillo

Discurso pronunciado, en 1.952, en la instalación del Congreso de las Sociedades Bolivarianas.

Sometida a las estrechas limitaciones de la voluntad y de la inteligencia, confrontada por deberes que exigen denodados esfuerzos, cada generación humana busca en los anales de la historia figuras sobresalientes que hayan superado los niveles comunes y las erige en dechados que modelen y animen la dura tarea, confrontan en la adversidad y señalen los caminos de las empresas por venir. Surgieron así el héroe y el santo y se poblaron las ciudades con la estirpe de las estatuas en que mármol y bronce perpetúan ante los ojos arrobados las figuras epónimas.

Cuando las gentes se reúnen a conmerar grandezas, no practican solamente la veneración de las tumbas sino que buscan en ellas las semillas misteriosas en que germina el futuro.

Dechado al principio de estos pueblos de América e incorporado ya por la amplitud de sus méritos a la aristocracia de la historia, Simón Bolívar nos convoca hoy, en acto de esperanzada recordación, a recorrer con patriótico recogimiento el tormentoso camino de su existencia arrebatada, parábola deslumbrante que se inicia en Caracas, culmina en la apoteosis del Rimac y fenece con melancólica grandeza junto a las olas del Caribe. La vida de este prócer es tan rica de cúspides y abismos, de amargas derrotas y fulgurantes victorias, de crueles desengaños y gigantescas realizaciones, que no cabe encerrar en el breve espacio de una apología una síntesis de su inmensa personalidad.

El amor, la leyenda y la literatura, con pasión extraviada, se han conjurado muchas veces para deformar la figura del héroe. Descríbenlo como el hombre que escuchaba desde la niñez la profecía del destino, que en plena adolescencia escala las colinas de Roma para pronunciar un juramento melodramático, y que fue conjuntamente genio de la guerra, maestro de generaciones y varón perfecto. El hombre verdadero que encarnó en un momento histórico la grandeza de América, desaparece ante la creación artificial de la fantasía.

Debemos restaurarlo en la fuerza de su pujante humanidad.

Bolívar fue el genio que encarnó las variadas características de la tierra y la raza que condujo a la libertad. Posee la tierra, desde la nieve inmaculada de las cumbres andinas, hasta las mortíferas lagunas que en los valles de los grandes ríos desafían al hombre con hálitos emponzoñados; llanuras inmensas y escarpadas serranías, valles ubérrimos y ásperos desiertos, pero donde quiera un sello de magnitud, un toque de inmensidad que parece en rebelión permanente contra toda medida.

También la raza es contradictoria. Melancolía indígena que esconde en ojos enigmáticos el dolor concentrado de oprimidos milenios; volcánica pasión africana, hija de una sangre que caldeó el equinoccio y distrajo la esclavitud con la alegría bulliciosa de sus danzas; fervor hispánico, ese fervor reconcentrado y violento que dirigido hacia la altura produce a Teresa de Jesús y caído se hace heroísmo insuperable en las simas al tirano Aguirre; locura de asesino junto a los conventos de Madrid. Como la raza inicia apenas el proceso secular de su fusión, nada es homogéneo. Letrados granadinos se engolfan en discusiones constitucionales de formas de gobierno, cuando la necesidad consiste en combatir; guerreros venezolanos desconfían ariscamente de la toga; el hombre de las sierras, ponderado y lento, teme el cambio; el llanero seminómada no comprende aún las verdaderas razones de la lucha y se entrega entusiasmado al influjo bárbaro de Boves. La población entera vacila, dominada aún por el prestigio de la monarquía. Militares académicos aplican a la guerra americana fórmulas napoléonicas y fracasan.

El caos necesita un espíritu que flote sobre él y lo organice. Surge entonces el genio de Bolívar.

No es el mejor de los soldados. En el terreno táctico lo supera la serena reflexión de Sucre, en las cargas violentas el impulso arrollador de Páez. Pero en la visión del conjunto los domina a todos. Cuando en vez de planear una batalla medita una campaña, piensa en términos continentales y produce la obra genial: la marcha del Magdalena a Caracas, la de Angostura a Bogotá, la de Bogotá a Junín. Es porque el genio, con sus alas de cóndor, no sabe muchas veces caminar sobre los pequeños detalles de la tierra y necesita la amplitud de los horizontes ilimitados para demostrar su plena capacidad de acción.

Que Bolívar fue un genio, lo muestra su misma ascensión al mando supremo de la guerra. Cuando regresa a Venezuela, después de las amarguras de la derrota y el destierro, se encuentra con Páez y el grupo de generales que supieron encender la resistencia y mantener un pedazo de patria libre durante los años más oscuros, y en ese momento no son los guerreros victoriosos sino el vencido exilado quien recibe por consentimiento unánime la dirección y el mando. Es porque de su persona emanaban los soplos encendidos de la autoridad y del destino. Refería el general Marceliano Vélez que en su juventud le tocó interrogar a Páez, en Santa Marta, cuando el centauro viajaba a los Estados Unidos. Preguntóle el general cómo había logrado Bolívar imponerse a todos y el héroe de las Queseras contestó sencillamente: "Ah, es que usted no sabe cómo lo mira a uno don Simón". Mirada que era la expresión del alma volcánica y profética que por encima de la lucha actual avizoraba a través de los siglos del destino de América.

En medio de la lucha emancipadora Bolívar fue el sentido de la unidad. No cupo en su pensamiento la limitación lugareña y fue su vida la ascensión permanente del detalle a la síntesis, de las provincias a la Gran Colombia, de la Gran Colombia a la reunión anfictionica: de los pueblos de América. Tal vez, dentro de siglos o milenios, este mundo nuestro será unidad política, tal como el Congreso de Panamá se convirtió en realidad histórica en la Organización de los Estados Americanos. En verdad, el problema del genio que lo hace fracasar en ocasiones en la vida, es su menosprecio por la lentitud del tiempo y su capacidad de pensar en valores de siglos, pero precisamente reside en esta característica su don de dirigir y de transformar los destinos de la especie humana.

Para exaltar la virtud máxima de Bolívar debemos apelar a las palabras de Miguel Antonio Caro: la tenaz constancia, la inque-

brantable fe. Ahí reside la piedra de toque de su grandeza. Nadie como el Padre de la Patria conoció las más contrarias vicisitudes de la suerte. Entra un día a Caracas " bajo lluvia de flores y al estruendo de músicas marciales", rodeado por el entusiasmo de su pueblo y recibido por teorías de doncellas que le brindan conjuntamente el laurel y la rosa; muy poco después abandona su ciudad amada, en el dolor de la derrota, rodeado de fugitivos famélicos, alumbrado el camino por la llama cárdena de los incendios. Lo acosan como lenguas de muerte las lanzas fatídicas de Boves y la llanura ilímite es un prolongado cementerio de tumbas desoladas. Un día don Camilo Torres descubre en él la esperanza de América y le abre las anchurosas sendas del destino; al otro, desterrado en islas del Caribe, ve que se le cierran todas las puertas de la esperanza. Pero jamás desmaya. El héroe derrotado es como un formidable resorte que devolviera centuplicada la presión que lo hunde. Cuando todos desfallecen, él combate; cuando los demás dudan, él cree; cuando el mundo se abisma, él lo levanta con denodado esfuerzo. Pocos caudillos en la historia pueden ostentar en su vida esa escala terrible de contrastes. Y para que nada faltara a su grandeza, a su exaltación y a su calvario, pudo en vida contemplar la culminación de su obra: gozar los laureles del triunfo y los mirtos del amor; asistir en el crepúsculo al derrumbamiento de sus esperanzas y ver levantarse contra él, en la noche oscura septembrina como testigos de ingratitud humana los puñales de la conjuración. Tal vez si hubiera sido su camino la senda triunfal de Alejandro no podríamos amarlo con este amor que le tenemos, que no es sólo una muestra de gratitud sino también el reconocimiento de que en su figura magnánime palpitan y se escierran todas las esperanzas, todas las victorias y todos los dolores de América. Varón de gloria y sufrimiento, el Libertador exalta el genio al convertirlo en algo profundo y dolorosamente humano.

Y cómo fue de grande su visión política! La Carta de Jamaica anticipa los destinos del continente y recuerda las profecías con que los grandes maestros de Israel sostuvieron a través de morosos milenios la esperanza del mundo.

¡Qué humanidad la suya! Magnanimidad y dureza, meditación profunda e inquebrantable impulso modelaron su vida. Trágico y equivocado en la matanza de La Guaira y en el decreto de la guerra a muerte, recobra la altura de sus virtudes cuando al saludar a Morillo borra para siempre de la lucha emancipadora el signo maldito de la crueldad. Pero en sus errores y en sus aciertos nadie que tenga criterio histórico podrá jamás acusarlo de pequeñez. No

cabía en el alma del caraqueño nada que no tuviera proporciones de tamaño heroico.

Para que estas patrias libertadas por Bolívar alcancen la magnitud del padre, deberán recorrer todavía, con abnegación y sacrificio, larguísimo camino. El progenitor superó la estampa de los hijos y sólo cuando éstos alcancen la plenitud de la grandeza podrá consonar para la historia el creador y la criatura. Hé ahí el deber que nos impone ser herederos de tan grande herencia.

La sociedad Bolivariana ha comprendido que el culto a los héroes es algo más que tediosa recordación de fechas y sucesos. Ella sabe que la historia es letra muerta si no la anima inquebrantable espíritu de superación y que sólo tienen derecho a las glorias del pasado quienes estén resueltos a corresponder a ellas con el pleno cumplimiento de los deberes del presente.

Aquí, en el palacio que albergó al héroe, como homenaje a su memoria, levantemos nuestros corazones a la altura de los ideales patrios que consumieron su vida.

BIBLIOGRAFIA BOLIVARIANA

Por Néstor Botero G.

Varios libros relacionados con el Libertador han aparecido en estos días finales de 1.980, obviamente destinados a conmemorar el sesquicentenario de la muerte del Padre de la Patria. De tales libros hemos logrado adquirir los que a continuación reseñamos:

1. ALBERGUES DEL LIBERTADOR EN COLOMBIA.

"Edición conmemorativa del sesquicentenario de la muerte del Libertador Simón Bolívar preparada por la Biblioteca Luis Angel Arango". ("Edición de 300 ejemplares con edición de lujo y 1.700 ejemplares con edición rústica"). Aparecen en este libro las fotografías de las distintas casas en las cuales vivió el Libertador en Colombia, cada una seguida de una corta reseña histórica. Allí están, por ejemplo: la Quinta de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta, la Casa del Marqués de Valdehoyos, en Cartagena, la Casa de Mosquera, en Popayán, la Casa de Manuelita Sáenz, en Bogotá, la Casa de las Ibáñez, en Ocaña, etc. Un hermoso álbum, indudablemente, es éste en buena hora auspiciado por el Banco de la República.

2. TRES CANTORES DE BOLIVAR: MIGUEL ANTONIO CARO, JOSE ASUNCION SILVA, JOSE UMAÑA BERNAL.

Dice el doctor Rafael Gama Quijano en corta nota de presentación de este libro: "Nada más grato para mí, en mi condición de Gerente del Banco de la República, que entregar a los colombianos este libro, con el cual se asocia la institución a los actos conmemorativos del sesquicentenario de la muerte del Libertador". Aparecen en este libro los siguientes poemas: "A la estatua del Libertador",

de Miguel Antonio Caro; "Al pie de la estatua", de José Asunción Silva, y "Nocturno del Libertador", de José Umaña Bernal. La parte gráfica del libro corresponde a los artistas Sergio Trujillo, Manuel Hernández, Luciano Jaramillo, Marco Ospina, Fernando Andrés Piñeros y Alvaro Orduz León. Otro hermoso libro, incuestionablemente, es éste auspiciado también por el Banco de la República.

3. ROMANCERO COLOMBIANO. En 1.883, con motivo del primer centenario del nacimiento de Don Simón Bolívar, apareció el libro "Romancero Colombiano", editado en la Imprenta "La Luz", en Bogotá, por el diplomático chileno José Antonio Soffia. Es el mismo libro que ahora, en edición facsimilar, ha querido reeditar el Banco de la República, dentro de la serie de publicaciones suyas como homenaje al Libertador en el sesquicentenario de su muerte. Treinta y siete son los poetas que desfilan por este libro, todos colombianos excepción hecha de Soffia, chileno, Rafael María Merchán, cubano, y Eduardo y Julio Calcaño que, aunque de origen cartagenero, se hicieron venezolanos. Desfilan por este libro, entre otros de los cantores colombianos de Bolívar, Rafael Núñez, Candelario Obeso, Rafael Pombo, Diego Fallon, Ricardo Carrasquilla y Miguel Antonio Caro. Aunque en 1.970 el "Romancero Colombiano" había sido reeditado como volumen 14 de la Biblioteca Banco Popular, la nueva edición facsimilar que acaba de hacer el Banco de la República debe recibirse con alborozo.

4. COMO CRECE LA SOMBRA", por Jaime Tello. "Antología bolivariana de escritores y artistas colombianos", Dice su autor, o mejor compilador, en nota de introducción: "Para conmemorar el sesquicentenario de la muerte del Libertador, el Banco de la República, que tiene una larga tradición en la difusión de la cultura, ofrece esta antología ilustrada con reproducciones de obras de arte de artistas colombianos como homenaje al Padre de la Patria. Una hermosa manera de recordar al creador de la República con la perennidad de la palabra escrita y la permanencia del arte eterno". Desfilan por este libro, entre otros escritores: Mons. Rafael Ma. Carrasquilla, Ismael Enrique Arciniegas, Laureano García Ortiz, Guillermo Valencia, Efe Gómez, Cornelio Hispano, Aquilino Villegas, Mons. José Vicente Castro Silva, Fernando González, Carlos Lozano y Lozano, Gilberto Alzate Avendaño, etc. De exquisita selección idiomática e histórica son todas las páginas de este libro, o sea que es por ello un volumen de indispensable consulta para los estudiosos de la vida y la obra de don Simón Bolívar.

5. LA GLORIFICACION DEL LIBERTADOR. Dice Jaime Duarte French, Director de la Biblioteca Luis Angel Arango, en nota de presentación de este libro: "Esta edición de los discursos bolivarianos de Guillermo Valencia tiene como única mira, por parte del Banco de la República, la justa y necesaria exaltación del héroe epónimo, en estos días de diciembre en que los pueblos por él libertados conmemoran el sesquicentenario de su muerte en San Pedro Alejandrino". Queda dicho, pues, que este libro, de muy pulcra edición, es una recopilación de los distintos discursos pronunciados por el Maestro Valencia, en ocasiones diversas, sobre el Padre de la Patria, Y resulta muy útil esta recopilación del pensamiento disperso de Valencia sobre el Libertador, pues así es fácil consultarlo cuantas veces resulte oportuno.

6. BOLIVAR EN EL PENSAMIENTO EUROPEO DE SU EPOCA, por Alberto Miramón. Edición del Banco de la República, conmemorativa del sesquicentenario de la muerte del Libertador. Dice el autor en el prólogo: "Ningún héroe de la independencia americana despertó, en su época, interés, como Simón Bolívar. No solamente se ocuparon de él estadistas y políticos de gran valía; poetas, novelistas, artistas en general, hicieron de su nombre una bandera tremolante, el símbolo vivo de la libertad y la independencia del nuevo continente". En tal sentido, en las páginas de este libro recoge su autor, el ilustre historiador Miramón, conceptos sobre Bolívar expresados por Lord Byron, Humboldt, Goethe, Balzac, etc. Resulta así un libro novedoso, complemento indispensable en la bibliografía bolivariana.

7. TESTAMENTO DE BOLIVAR. Homenaje, también, del Banco de la República, al Libertador en el sesquicentenario de su muerte. En un pulcro folleto, dentro de una gruesa y fina carpeta con el autógrafo de Bolívar, está en copia facsimilar el testamento del Libertador, seguido de su conveniente transcripción. Excelente adorno para una biblioteca bolivariana y, por ello, plausible homenaje del Banco de la República a la memoria del Padre de la Patria.

8. ASI SE HIZO LA INDEPENDENCIA, por el Tte. Coronel (R) Alberto Lozano Cleves. "Segunda edición, conmemorativa del sesquicentenario de la muerte del Libertador Simón Bolívar". Biblioteca Banco Popular. Para la primera edición de este libro escribió un prólogo Luis Martínez Delgado, del cual entresacamos: "El autor de la obra armoniza con acierto el arte de enseñar que es lo que constituye la pedagogía, con la verdad histórica y con sólidos conocimientos de la ciencia militar. De donde se dedu-

ce que el libro está escrito con arreglo a la pedagogía, a la historia y al arte militar". Y hay un concepto de Enrique Uribe White, sobre este libro, que merece recordarse: "Este libro ha de constituir una sorpresa para dos clases de personas en cuyas manos caiga. La primera clase será para los lectores que apenas se inician en el conocimiento del general Bolívar, de la independencia y en especial de la campaña de 1.819. Esta primera clase ha de ser la de los que realmente leerán el libro. La segunda, será de los dómynes, que se sienten poseedores de la historia, que no leerán el libro por considerar que en él no han de encontrar nada nuevo, en lo que según se ha de ver han de hallarse completamente equivocados....." Creemos estar en lo cierto al decir que la primera edición de "Así se hizo la Independencia", estaba agotada. De donde resulta que la segunda edición, hecha con el patrocinio del Banco Popular, era aconsejada y plausible.

9. BOLIVAR EN EL TIEMPO, por Francisco Cuevas Cancino. Biblioteca Banco Popular: "Edición conmemorativa del sesquicentenario de la muerte del Libertador Simón Bolívar". Este es un libro ciertamente original, como de los títulos de sus capítulos puede colegirse: "Tiempo Carolingio", "Tiempo de Juventud", "Tiempo Bobo", "Tiempo de Muerte", "Tiempo de Río", y "Tiempo de Forja". Libro de análisis de la obra y del pensamiento del Libertador, por sobre obra biográfica. Libro de originales aportaciones a un más amplio conocimiento de la personalidad multifacética de Don Simón Bolívar.

10. EL SER GUERRERO DEL LIBERTADOR, por Alvaro Valencia Tobar. "Obra ganadora del concurso sobre el Libertador, abierto por la Sociedad Bolivariana de Colombia, en 1.976". Edición de Colcultura, como volumen 8 de su colección "Historia Viva". El General Valencia Tovar ya es ampliamente conocido como historiador, de manera especial por su libro sobre Córdova. Y este nuevo libro suyo, sobre el Libertador, ratifica para él, ampliamente, su condición de muy serio y muy idóneo historiador. Es original este libro, pues como su título lo indica, se detiene más que todo en el estudio del Libertador como guerrero, una faceta que era muy conveniente que se analizara, y sobre la cual otros biógrafos habían pasado muy ligeramente.

11. SIMON BOLIVAR, por Gerhard Masur. Edición del Instituto Colombiano de Cultura: dos tomos, volúmenes 9 y 10 de la colección "Historia Viva". La primera edición en español de este libro apareció en 1.960 (Editorial Grajalbo, México). Su autor,

alemán, hubo de abandonar su patria, "resuelto a no volver hasta que dejara de ondear la insignia de la Cruz Svástica", como dice en nota prologal. Vino a Colombia, lo subyugó la personalidad del Libertador, y acometió la empresa de escribir su biografía. Y le resultó una biografía excelente, la cual en inglés apareció en 1.948. La primera edición en español ya se hallaba agotada, por lo cual Colcultura optó por la segunda edición como homenaje a la memoria del Libertador en el sesquicentenario de su muerte. Indudablemente un acierto, pues esta biografía es muy buena, en términos generales, no obstante ser escrita por un alemán sin un conocimiento muy amplio de la historia americana.

12. BOLIVAR: CARTAGENA 1.812- SANTA MARTA 1.830.

Libro auspiciado por la Academia Colombiana de Historia bajo la mirada de su presidente el historiador Germán Arciniegas. Lujosamente impreso en Editorial Pluma. Entre otros autorizados historiadores bolivarianos, aparecen en este libro: Abel Cruz Santos, Monseñor Gómez Hoyos, Rafael Gómez Picón, Alberto Lozano Cleves, Joaquín Piñeros Corpas, Alberto Miramón, Roberto María Tisnés, Enrique Uribe White, Alvaro Valencia Tovar. Se recogen, también, viejas páginas sobre Bolívar, entre otros de Guillermo Valencia, Monseñor Rafael María Carrasquilla y el Canónigo José Vicente Castro Silva. Este libro se convertirá en socorrida fuente de consulta para quienes gusten del repaso de la histórica personalidad del Padre de la Patria.

13. BOLIVAR: DE CARTAGENA A SANTA MARTA.

"Homenaje del Banco Tequendama a la memoria del Libertador Simón Bolívar en el sesquicentenario de su muerte". Textos de Germán Arciniegas, Guillermo Hernández de Alba y Eduardo Lemaitre, con la coordinación de Vicente Pérez Silva. Impreso, a todo lujo, en Litografía Arco de Bogotá. Ilustrado con varias fotografías. Libro éste, indudablemente, entre los interesantes que aparecieron para conmemorar la efemérides bolivariana del 17 de diciembre.

14. APROXIMACION AL LIBERTADOR— TESTIMONIO DE SU EPOCA.

Un libro lujosamente impreso bajo el auspicio de "Fábrica de Alambres Técnicos", con notas y selección de textos a cargo de Aníbal Noguera Mendoza y Flavio de Castro. "Conmemoración del Sesquicentenario de la muerte de Simón Bolívar". Es este un libro de compilación de viejas páginas alusivas al Libertador. Verbigracia: "El Adolescente", de Esteban Palacio; "El hombre más asombroso que haya producido la América del Sur",

de José de San Martín; "El Guerrero y el hombre", por Guillermo Miller, etc. Un libro en todo sentido digno de parabienes. Justo homenaje de la industria privada a la memoria del Libertador.

15. PROSA Y POESIA BOLIVARIANA(ESCRITOS SELEC—TOS). Este libro aparece como volumen No.11 de la colección que auspicia la Caja Agraria. La selección estuvo a cargo de Guillermo Alberto González Mosquera. Entre los prosistas escogidos están Germán Arciniegas, Bernardo Arias Trujillo, Eduardo Caballero Calderón, José Camacho Carreño, Carlos Lozano y Lozano, Carlos Lleras Restrepo, Oto Morales Benítez, etc. Y entre los poetas cabe mencionar a Caro, Silva y Umaña Bernal. Las últimas páginas del libro las copan las "Fechas memorables en la vida de Bolívar", de Simón Latino. Como se puede apreciar por los autores escogidos, se trata de otro libro de recopilación de páginas selectas sobre el Libertador, también de innegable importancia y obviamente de utilidad para los estudiosos de la vida y la obra de don Simón Bolívar.

16. EL LIBRO DE ORO DE BOLIVAR, por Cornelio Hispano. En la Casa Editorial Garnier Hermanos, de París, fue editada esta obra en el año de 1.925. Ahora la reedita Editorial Bedout, de Medellín, como homenaje al Padre de la Patria en el sesquicentenario de su muerte. Y es justo aquí decir que para la Navidad de 1.976, también Editorial Bedout había reeditado la "Historia Secreta de Bolívar", del mismo Cornelio Hispano. Libros, ambos, escritos en prosa deliciosa y ambos, igualmente, acusadores de que el autor "ha sido uno de los más fieles custodios de la gloria del Libertador", como en su momento lo dijera Silvio Villegas. Como es bien sabido, "Cornelio Hispano" es el sedónimo de Ismael López, poeta, historiador y crítico literario.

17. CAMINOS ABIERTOS POR SIMON BOLIVAR: un libro editado por el Círculo de Lectores. Algunos de sus capítulos: "Una entrevista histórica" (la de Bolívar y San Martín en Guayaquil); "Simón Bolívar, el hombre"; "El Manifiesto de Cartagena"; "Lugar y tiempo para reflexionar: La Carta de Jamaica"; "Eclipse de un hombre y quiebra de una obra", etc., etc.. Un buen libro éste del Círculo de Lectores que circuló por los días de la fecha sesquicentaria de la muerte del Padre de la Patria.

18. SIMON BOLIVAR Y LA CULTURA IBEROAMERICA—NA, por Luis López de Mesa. "Homenaje de la Sociedad Bolivariana de Antioquia al Padré de la Patria, en el sesquicentenario de

su muerte: 17 de Diciembre de 1.980". Este ensayo del Profesor López de Mesa se conoció por primera vez en 1.945, cuando la Universidad de Antioquia le otorgó al isigne humanista el doctorado Honoris Causa en Filosofía y Letras. En pulcra edición reedita este ensayo la Sociedad Bolivariana de Antioquia. Y, a propósito, en el libro de la Academia Colombiana de Historia, "Bolívar: Cartagena 1.812- Santa Marta 1.830", hay un excelente trabajo del historiador Abel Cruz Santos, titulado: "El Bolívar de Luis López de Mesa". Después de leer el ensayo de López de Mesa, resulta oportuno leer el estudio que de ese mismo ensayo hace Cruz Santos.

19 BREVE BIOGRAFIA DE BOLIVAR, por Luis A. Bohórquez Casallas. Obra cuya edición patrocinó el Congreso de Colombia, "en el año del sesquicentenario de la muerte del Libertador". Obra más que todo de carácter didáctico y así lo dice en su presentación el presidente del Senado: "Esta edición está destinada especialmente a los estudiantes con el ánimo de despertar su interés por el conocimiento de la gesta libertaria cumplida por Bolívar y los héroes granadinos al frente de las hestes emancipadoras".

20. VISION SURREALISTA DEL LIBERTADOR, por Francisco Cuevas Cancino. "Homenaje al Libertador en el sesquicentenario de su muerte". (Ediciones Tercer Mundo). "Cuando Bolívar se transforma en una pasión, todos los medios literarios pueden ser utilizados para entender e interpretar su egregia figura. De todos ellos se vale Cuevas Cancino. Por medio de perspectivas diversas pero coincidentes, ilumina facetas poco conocidas y reinterpreta hechos de tiempo atrás ocultos bajo el caudal de fuentes secundarias que los han por completo desfigurado. Y el resultado, cual corresponde a más de 30 años de incesante labor bolivariana, es una obra sin precedentes".

21. BOLIVAR, CATOLICO Y DEFENSOR DE LA IGLESIA, por Dr. Humberto Bronx (seudónimo del Pbro Jaime Serna Gómez). Dice el autor en el prólogo: "Este libro tiene por fin probar con la abundante literatura de las cartas de Bolívar, de sus Discursos y Proclamas y de su vida práctica, hasta la muerte, que fue católico convencido, no solamente cristiano; que es benemérito de la Religión Católica, puesto que restableció la jerarquía, agonizante ya en la hora de su triunfo mayor en Ayacucho tras su brillante actuación con obispos, sacerdotes, prelados y con el Papa especialmente y que supo morir como mueren los sabios y los santos; con el fulgor del sol eucarístico en sus pupilas, antes de fijarlas para siempre en el Sol de las almas..."

22. SIMON BOLIVAR EN BARRANQUILLA, por Estéban Páez Polo. Dice el Editor: "Con verdadera emoción colombiana presentamos al público pero en especial a los estudiosos de la Historia, este trabajo, que es la contribución de Barranquilla a los dos Sesquicentenarios que en este año conmemoramos. El más importante, sin duda, es el de la muerte del Padre de la Patria..." El autor, Estéban Páez Polo, ya tenía otro libro de tema bolivariano: "Simón Bolívar en la Villa de Soledad" (Vol.28 de la colección bolsilibros de la Academia Antioqueña de Historia). En el prólogo al nuevo libro de Páez Polo, dice Eduardo Lemaitre: "Durante su meteórica carrera, Bolívar estuvo en Barranquilla dos veces. La primera en 1.820.....la segunda en 1.830, cuando avanzaba hacia la muerte...". Pues bien: estas dos visitas del Libertador a Barranquilla, le dieron a Páez Polo material suficiente para un amplio libro. Libro escrito en agradable prosa y libro de muy selecto contenido histórico. La segunda y última visita del Libertador a Barranquilla fue del 7 al 30 de noviembre de 1.830. O sea que salió de Barranquilla hacia San Pedro Alejandrino unas dos semanas antes de su muerte. Fue copiosa la correspondencia de Bolívar durante aquellos días de estada en Barranquilla, correspondencia que se transcribe en el libro que glosamos, y la cual tiene singular importancia en el estudio de la vida del Libertador. En fin, un excelente libro sobre Bolívar "que se lee con fruición e interés", el de Estéban Páez Polo, quien preside con lujo de competencia el Centro de Historia de Barranquilla.

23. BOLIVAR, "Ediciones de las Américas. Secretaría General de la Organización de los Estados Americanos. Homenaje al Libertador en el sesquicentenario de su fallecimiento". Este libro está dividido en los siguientes grandes capítulos, cada uno con varios estudios: "Bolívar internacionalista", "Bolívar escritor", "Bolívar revolucionario", "Bolívar estadista", "Bolívar militar", "Bolívar hispanoamericano" y "Bolívar como mito". Estos títulos de los capítulos de por sí insinúan el interés del libro, en el cual colaboran, entre otros autores de muy escogidos ensayos bolivarianos, Francisco Cuevas Cancino (mexicano), José María Ruda (argentino), Zarina Flores de Armele (paraguaya), Armando D. Piroto (uruguayo), Estevan Pavletich (peruano), Vicente Lecuna (venezolano), Antonio de Undurraga (chileno), Joaquín Sandoval (ecuatoriano), Miguel Angel Asturias (guatemalteco), y los colombianos Alberto Lozano Cleves, Rafael Amarís Maya, Gustavo Alvarez Gardeazábal, y José Umaña Bernal. En su nota de introducción dice el Editor, Francisco Cuevas Cancino: "De los 38 fragmentos que componen el volumen, 24 fueron expresamente escri-

tos para formar parte de este homenaje. De los restantes, 7 son reediciones de los que consideramos momentos estelares del sentimiento americano hacia Simón Bolívar. El Editor estima que completan ese colorido indispensable en un volumen que esperamos contribuirá a renovar el interés por las aportaciones de Bolívar al pensamiento americano y universal”.

24. MEMORIA SOBRE LA VIDA DEL GENERAL SIMON BOLIVAR, por Tomás Cipriano de Mosquera. Se nos ha informado, pero no hemos logrado comprobación personal, que el Banco del Estado, en lujosa edición en dos tomos, costó una nueva publicación de la famosa obra del General Mosquera sobre Bolívar, como homenaje de la Entidad bancaria al Libertador en el sesquicentenario de su muerte. Ya el Banco del Estado había auspiciado otras dos obras muy interesantes: “Bolívar y Mosquera: Correspondencia Epistolar”, en 1.978, con motivo de los cien años de la muerte del General Mosquera; y “Tomás Cipriano de Mosquera”, biografía escrita por Diego Castrillón Arboleda, en 1.979. En torno al libro del General Mosquera sobre el Libertador, es oportuno decir que en 1.978 hubo una nueva edición, de Colcultura. Ediciones anteriores, de que tengamos noticia, son la de Nuew York, en 1.853; la de E. Consorcio, Bogotá, 1.940, y la de la Biblioteca de la Presidencia de la República de Colombia, en 1.954. En la reciente edición de Colcultura observamos que sólo llega hasta el capítulo XXVI, mientras que la edición de 1.954, de la Presidencia de la República, llega hasta el capítulo XXXII.

EL SESQUICENTENARIO DE LA MUERTE DE BOLIVAR EN SANTA MARTA

Por Javier Gutiérrez Villegas

EL DECRETO PRESIDENCIAL

En el mes de octubre de 1.981 y ante la inminente conmemoración del sesquicentenario de la muerte del Libertador, el presidente Julio César Turbay Ayala expidió un Decreto de Honores, que en sus apartes esenciales, dice:

“El Presidente de la República de Colombia, en ejercicio de sus facultades legales, y

CONSIDERANDO:

Que el Libertador Simón Bolívar exhaló hace ciento cincuenta años el último suspiro en la ciudad de Santa Marta, luego de esculpir con su genio y su espada la independencia política de seis repúblicas del continente americano;

que desde entonces el pensamiento y la obra del Padre de la Patria han adquirido renovada vigencia entre los pueblos por él libertados;

que la nación colombiana ha mantenido inveteradamente su veneración a la memoria del Libertador y ahora le renueva fervorosamente su gratitud al cumplirse el próximo 17 de diciembre el sesquicentenario de su tránsito a la inmortalidad, tal como lo ha dispuesto el Congreso de la República en virtud de la ley 81 de 1.979.

DECRETA:

Artículo 1o.-Declárase día cívico el 17 de diciembre del presente año, en homenaje a la memoria del Libertador Simón Bolívar, con ocasión del sesquicentenario de su tránsito a la inmortalidad.

Artículo 2o. Hónrase a la ciudad de Santa Marta por la noble, hidalga e imperecedera acogida que brindara al Libertador Simón Bolívar durante los postreros días de su existencia.

Artículo 3o. El 17 de diciembre próximo en todos los edificios públicos y en las residencias particulares será izada a media asta la bandera nacional.

Artículo 4o. Exhórtase al pueblo colombiano para que en homenaje al Padre de la Patria guarde un minuto de silencio a la una de la tarde del 17 de diciembre próximo, momento en que se conmemora el sesquicentenario de la muerte del Libertador Simón Bolívar. Con tal motivo, exhórtase igualmente a las autoridades administrativas, cívicas, educativas, religiosas y a los medios de comunicación particulares para que realicen un programa conmemorativo del infausto acontecimiento.

Asimismo, las Fuerzas Militares le rendirán al Padre de la Patria los honores correspondientes.

Artículo 5o. La Radiodifusora Nacional, la Televisora y las radiodifusoras oficiales difundirán después del minuto a que se refiere este decreto un disco que contenga el Himno Nacional, la última Proclama del Libertador y la Marcha Fúnebre de Scielles. Será de cargo del Instituto Nacional de Radio y Televisión la producción y distribución del disco de que trata esta disposición.

Artículo 6o. El Ministerio de Comunicaciones ordenará la edición de una estampilla conmemorativa del sesquicentenario de la muerte del Libertador, con los siguientes motivos: Quinta de San Pedro Alejandrino, Altar de la Patria, Iglesia de Mamatoco, casa urbana de don Joaquín de Mier en Santa Marta, estatua ecuestre del Libertador del Parque de Santa Marta, coche en que se trasladó el Libertador a San Pedro Alejandrino, efigies del doctor Alejandro Próspero Revérend, don Joaquín de Mier y Hermenegildo Barranco

Artículo 7o. El Ministerio de Educación proveerá lo necesario para la reproducción de la efigie del Padre de la Patria, según oleografía

del maestro Ricardo Acevedo Bernal a fin de que se distribuya y coloque en los establecimientos docentes y en las oficinas públicas.

Artículo 8o. El Departamento Administrativo de la Presidencia de la República ordenará la edición de una obra que contenga una biografía del Padre de la Patria, los documentos más importantes salidos de su pluma y una Antología Bolivariana con destino a las bibliotecas y centros docentes”.

EL CONGRESO DE SOCIEDADES BOLIVARIANAS

Como preparación a la brillante conmemoración del 17 de diciembre, se reunió en Santa Marta, el VII Congreso de Sociedades Bolivarianas que congregó a 136 delegados de 67 Sociedades de diferentes naciones de América y de Europa. Con fervor patriótico contagioso el Congreso se trazó este lema magistral: “Exaltar la vida del Libertador, conservar su gloria y cumplir sus mandatos para contribuir a la unión de los cinco países que el prócer liberó”.

Las deliberaciones del Congreso empezaron en la Villa de Soledad, grata y pasajera morada de Bolívar en su ruta hacia la muerte y continuaron en Santa Marta. Ciudadanos de 37 países aprobaron un documento que fue entregado a los presidentes visitantes y al primer mandatario de Colombia, por intermedio del Doctor Antonio José Rivadeneira Vargas, presidente de la Federación de Sociedades Bolivarianas y por el Teniente Coronel Alberto Lozano Cleves, presidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia. “En esta época de crisis - se lee en el importante documento-, cuando los cimientos de la vida civilizada se conmueven hondamente, cuando la prepotencia de las grandes naciones amenaza con desestabilizar el orden mundial, los países latinoamericanos seguidores del ideal del Libertador Simón Bolívar, afrontan la necesidad de actualizar y difundir el pensamiento del magnífico hombre de América, cuyas gestas y acciones se propagan a nivel mundial y resumen las hazañas gloriosas de los próceres que nos dieron la independencia de la patria en todas las latitudes. Reunidos en esta hora de meditación y de esperanzas, consideramos con deber y urgencia continental a quienes ostentan la representación de sus respectivos pueblos, para que dicten medidas que favorezcan la situación aflicta en que vive la gran mayoría de sus conciudadanos; conocedores de las buenas intenciones que han dejado plasmadas en la larga sucesión de conferencias internacionales, con sentimiento y preocupación advertimos que estas nobles aspiraciones no han sido llevadas a la práctica. Por tal motivo, con amplio espíritu de fraternidad cristiana y de solidaridad entre los hombres de Latino-

américa, el VII Congreso Internacional se dirige a los jefes de Estado para pedirles que se sirvan proveer las medidas necesarias para que resplandezca la justicia, como base del orden, de la libertad y del trabajo. Para que mejoren las condiciones de vida y se obtenga el entendimiento cordial y fraterno y la convivencia feliz y así el hombre alcance a plenitud su completa realización."

ANTIOQUIA PRESENTE

Como representantes al Congreso Internacional Bolivariano, fueron invitados oficialmente el Presidente de la Sociedad en Antioquia - autor de esta crónica descosida- y la secretaria, doña Maruja Peláez de Johnson. Viajaron además y tuvieron honrosa y digna actuación los miembros, pbro. Juan Botero Restrepo, la doctora Alicia Giraldo Gómez, doña Carmen Rosa de Bath y la señorita Nancy Ramírez.

EL AVION SECUESTRADO

Caía la tarde y avanzaba la sesión rutinaria del Congreso, cuando irrumpió al salón, visiblemente conturbado el doctor Rivadeneira. "Señores, dijo, el M 19 acaba de secuestrar un avión en el aeropuerto de Santa Marta y la pista de aterrizaje se encuentra bloqueada. Se les ruega no salir del hotel, especialmente a los extranjeros". Efectivamente una aeronave que viajaba de Pereira a Bogotá, perteneciente a la compañía de Avianca, fue obligada a desviar hacia el aeropuerto Simón Bolívar con 120 pasajeros a bordo y un grupo indeterminado de militantes del movimiento sedicioso. En un boletín del M 19 manifestó que "la paz solo se puede hacer en la guerra" y dió muestras patentes de las intenciones de sabotear la cumbre de presidentes y en consecuencia, las celebraciones de Santa Marta. En medio de tremenda expectativa el avión permaneció durante tres horas en el aeropuerto pero las autoridades apelaron a una medida que hizo fracasar la operación terrorista: se apagaron todas las luces y en medio de las tinieblas, en peligrosa resolución de salvamento, la aeronave partió hacia Barranquilla para seguir después a Cuba. Fue un triunfo del gobierno colombiano que declaró que los rebeldes habían intentado dar un golpe contra el prestigio de la patria, en un despliegue publicitario que conmovió al país, en vísperas de las conmemoraciones bolivarianas.

CUMBRE PRESIDENCIAL

Un máximo acontecimiento imprimió a los actos de Santa Marta, solemnidad especial: la cumbre de presidentes que reunió a nueve jefes de Estado. El primero en hacerse presente en la ciudad fue el doctor **Julio César Turbay Ayala** quien sin concederle ninguna importancia a la aventura aérea del M 19 se dispuso, en su calidad de anfitrión a dar la bienvenida a sus colegas y a presenciar los honores militares preparados para cada uno de ellos.

El orden de llegada fue el siguiente: **Rodrigo Carazo** de Costa Rica; **José Napoleón Duarte**, de El Salvador; **Fernando Balaunde Terry**, de Perú; **Adolfo Suárez**, de España; **Aristides Royo**, de Panamá; **Antonio Guzmán**, de la República Dominicana; **Luis Herrera Campins**, de Venezuela y **Jaime Roldós**, del Ecuador.

En las horas de la tarde del día 16 los mandatarios visitantes presentaron un saludo oficial al presidente de Colombia en el salón principal de la gobernación del Magdalena y después asistieron a la catedral en donde hubo imponentes actos religiosos y una sesión conjunta de la Academia Nacional de Historia y del Congreso de Sociedades Bolivarianas.

Pronunciaron elocuentes discursos el presidente de España y Germán Arciniegas, presidente de la Academia. Una de las más cálidas recepciones fue la tributada a Adolfo Suárez. Cuando un periodista le preguntó "cuál era su mensaje para los colombianos?" respondió: "Es un mensaje de esperanza, confraternidad y también de gratitud. Estoy agradecido por haberme invitado a venir a Colombia por dos razones muy concretas: una, participar en los actos de los 150 años de la muerte de Simón Bolívar, y al mismo tiempo una visita oficial para los contactos bilaterales entre Colombia y España. Ambas son motivo de gratitud para mí". Al interrogante "sobre la trascendencia de la reunión de Santa Marta", dijo: "Es una ocasión para revisar nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro. Yo diría, en consecuencia, que su importancia es trascendental. Pero, además, es una ocasión propicia para reflexionar sobre los objetivos que buscaba el Libertador. Vamos a analizar los inconvenientes que todos hemos tenido en este devenir histórico para que no haya sino una realidad, el sueño bolivariano". Es una pequeña ironía de la historia- agregó el entrevistador- que un gobernante español venga a rendirle homenaje a Bolívar ? y Suárez replicó: "Hombre, yo creo que no . En la dimensión de la historia, los acontecimientos de cada día tienen su propio tamaño:

se aceptan los errores, se ponen de manifiesto los defectos que tenemos y se aplauden los hombres importantes que han hecho historia. Bolívar fue uno de ellos, y por eso estoy aquí”.

En su oración en la catedral, Adolfo Suárez admitió los equivocados sistemas de su patria - hijos de la época-, lamentó la violencia de parte y parte y afirmó que con el tiempo las aristas se han limado y España y América se consideran - como debe ser-, madre e hija. E hizo brillante elogio de Simón Bolívar, vástago esclarecido de su tierra hispana.

“Esta muerte del 17- afirmó Germán Arciniegas- no es muerte: es proclama. No es rendimiento: es esperanza. La paz eterna no es destino para un hombre que nunca se rindió, ni ante jornadas absurdas, ni ante terremotos, ni frente a las derrotas inexorables..... Aquí están las muchedumbres de Incas que vieron en Junín alzar la diestra vengadora, los bogas que llevaron a la vanguardia en sus champanes el año 13, los llaneros con el agua al pecho. Cada cual, con una rosa en la mano, una lágrima en los ojos, una plegaria en los labios; señor presidente Turbay, señores presidentes, señor-gobernador, señor alcalde, señores académicos, señores embajadores, presidente de la Sociedad Bolivariana, señoras y señores que estáis en la catedral: hoy, 17 de diciembre de 1.830 Simón Bolívar ha muerto: Viva el Libertador”.

Honda emoción produjo entre los asistentes, como remate de la ceremonia, la interpretación de la marcha fúnebre de Scielles, compuesta por este músico francés para los funerales de Bolívar, el 20 de diciembre del año 30. Y a la salida de la catedral, en aquel cálido anochecer, en la mente de todos seguían vibrando las palabras de Adolfo Suárez: “Nuestro sino es caminar juntos o perder. Si no traicionamos nuestra misión, el deber de nuestra generación es convertir en realidad, 150 años después, lo que fue la mayor esperanza de Bolívar. Superadas las nostalgias por los viejos enfrentamientos entre mi patria y las naciones bolivarianas, hay que hablar de Bolívar también como del “Libertador de España” y de los conquistadores españoles como de nuestros conquistadores”.

EL PROGRAMA DEL DIA 17

A las 9 de la mañana del día 17 se celebró en la catedral un oficio religioso presidido por el Cardenal Primado de Colombia, Aníbal Muñoz Duque. Y a partir de las 10, en la Avenida el Fundador tuvo lugar un desfile de las escuelas militares del país y

de los cuerpos armados de las repúblicas participantes. Desde las 12 empezó la multitudinaria concentración en San Pedro Alejandrino, lugar clásico de las conmemoraciones sesquicentenarias. Vale anotar que la Quinta del magnánimo español don Joaquín de Mier, quien deparó a Bolívar este postrer asilo, fue espléndidamente refaccionada conforme a las estipulaciones de la época. Y ante los presidentes y sus comitivas, hubo inicialmente izada de banderas en el Patio de Armas que da al Altar de la Patria y disciplinado despliegue marcial que rodeó de imponencia los diversos actos. Llamó la atención de todos una histórica y romántica actuación: la de la "Guardia del Libertador", formada por los sobrevivientes que en 1.930 solemnizaron el centenario. Doblados por el peso de los años y colocada sobre el pecho la insignia deslustrada, estos veteranos sacaron fuerzas de lo imposible para revivir y hacer revivir ante los espectadores la patriótica y lejana ceremonia.

A medida que se interpretaban los Himnos Nacionales, el jefe de Estado correspondiente se puso en pie y rodeado de lujosa delegación se dirigió al Altar de la Patria y depositó una ofrenda ante el monumento al Libertador. Fue la España descubridora, fueron las patrias creadas por el Genio de América, fueron los países amigos, en gesto solidario y emocionante. Que tuvieron en silencio cortante, en suspendida actitud a aquella multitud apretujada.

Una voz timbrada repercutió por todo el recinto: Sonaban en el reloj la una y tres minutos de la tarde y nada tan propio como escuchar la última Proclama que desde allí mismo el Libertador dirigiéase a los colombianos, días antes de su tránsito final. Y pausadamente, como voces que el eco repetía, marcaban impresionante compás las salvas de artillería. Jamás, lo decimos alma adentro, recordamos ni recordaremos **la una y tres minutos** de la tarde, como aquellas una y tres minutos del 17 de diciembre de 1.981.

Dos discursos hubo en aquella ocasión: los pronunciados por los presidentes de Colombia y Venezuela.

"Sobre estas playas- comenzó Turbay Ayala-, bajo este sol, a la sombra de la escarpa gigantesca en que culmina, como un elevado clamor de piedra, la atormentada geografía americana: frente a este mar tibio y sonoro que lo viera desahuciado aún de la libertad, nacer para la gloria; en este mismo lugar y a esta hora, hace

150 años, buscando explicaciones para la ingratitud lacerante, alivio para la enfermedad atroz que lo sofoca y sosiego para el espíritu, perdió finalmente el Libertador su larga querrela con la muerte...

En el lenguaje de hoy - finalizó-, vuestros designios unificadores de ayer se llaman integración. A esta insustituible política le daremos todo nuestro respaldo, pues estamos seguros de que a su amparo bienhechor lograremos la felicidad de nuestros pueblos. Os prometemos, Padre de América, proseguir transitando la ruta que vuestro iluminado pensamiento nos señala. Porque hablasteis con sentido de eternidad los siglos actualizan vuestra doctrina. Aquí, donde expirasteis, se percibe el aliento vital de vuestro credo”.

“Para los venezolanos - son palabras de Herrera Campins- el culto a Bolívar constituye el ambiente natural dentro del cual crecemos y vivimos. Comienza por el oído, sigue por los labios y se estremece en el corazón, hasta llegar a la convicción admirativa del pensamiento. No creemos en el Bolívar divino ni en el semidiós. Ni tampoco que todas sus fases y pasos fueron homéricos. Pero para nosotros Bolívar está siempre por encima de toda comparación. Puede que esto no parezca demasiado racional, pero es absolutamente real”.

Al evocar el pensamiento y las luchas del Libertador, el presidente de Venezuela dijo que “el esfuerzo de los países bolivarianos debe estar pronto para tratar de convertir en realidad la aspiración unificadora e integradora de América Latina. Bolívar hizo mucho. Bolívar hizo su parte, falta todavía mucho por hacer. Hagamos la nuestra con optimismo, decisión, coraje y patriotismo”.

Al momento de reseñar la vida del Libertador, agregó: “Hijos y herederos del Libertador, nuestro destino es claro e imperativa la obligación de defendernos para hacer honor a la raza espiritual y a la fraternal sangre que nos vincula e identifica”.

“Por primera vez en la historia - concluyó- se le hace simultáneamente un homenaje de admiración a un gran hombre, cuya vida discurrió en la guerra, pero que legó a los pueblos un cuerpo coherente de ideas para la paz y la solidaridad humanas. No somos, pues, solamente sus compatriotas e hijos de su América Meridional los que proclamamos su vigencia, sino el hombre de todo el planeta”

Vale anotar que en todo el país había expectativa en torno a las posibilidades de un acuerdo final entre los presidente Turbay Ayala y Herrera Campins, referente al diferendo sobre áreas marinas y submarinas en el Golfo de Maracaibo. Se trata de una efemérides clave para el caso, pero nada se dijo al respecto y nada pasó. Inclusive el mandatario de la república hermana se abstuvo de colocar la primera piedra para un hospital que Venezuela regalaría a Santa Marta, ante el rechazo del Concejo samario que declaró que "no aceptaba el hospital de Venezuela, en protesta por los malos tratos que en ese país dan a los colombianos, y por considerar que no es digno recibir regalos de un país con el cual Colombia mantiene un diferendo internacional". Este hecho fue calificado por los periodistas como la máxima expresión del congelamiento de las conversaciones que se adelantan desde hace años y de la tirantez reinante al rededor de la diferencia de criterios sobre la legitimidad de derechos en aquella zona geográfica.

VISITA A LA BASE NAVAL

En la Base Naval de Santa Marta hubo en las horas de la tarde del 17 una imponente revista en la cual participaron incontables unidades, procedente de todo el mundo libre. Venezuela invitó especialmente a los integrantes del Congreso de Sociedades Bolivarianas, a una recepción en su Buque Insignia. Y allá fuimos, a la caída de la tarde del memorable día: el velero, surto en la bahía, flotaba al lado de nuestro Navío Gloria. Lujoso y bello, acababa de realizar su primera gira por los mares del mundo y allí había anclado para rendir homenaje a Bolívar. De hermanos nos trataron y como hermanos nos recibieron. En aquel camarote enchapado en finas maderas presidido por un bronce del Libertador. Nada se insinuó en cuanto a diferencias de límites con Colombia y la grata estada a bordo constituyó despliegue de cortesía, de abundamiento de atenciones, de reafirmación en los principios bolivarianos. Ya era de noche cuando descendimos al malecón y vimos, en la penumbra, la fila inmensa de embarcaciones. Las banderas tremolaban al aire tibio y saludaban la caída de la clásica fecha, en el iris espléndido de sus tafetanes.

LA CASA DE LA ADUANA

A un tiro de piedra de la bahía de Santa Marta se alza la llamada Casa de la Aduana. Se asegura que en ella se hospedó inicialmente el Libertador, antes de partir el 6 de diciembre de 1.830 hacia San Pedro Alejandrino. Y cuando el cadáver fue

embalsamado, se condujo a este recinto en donde se verificó el velatorio, hasta el día 20 en que fue sepultado en la catedral.

La Casa de la Aduana sufrió largas peripecias, hasta el extremo de servir de hotel o de posada de segunda categoría. Hace algunos años ofrecía un aspecto ruinoso, que seriamente hacía pensar en su desaparición. Por fortuna el Banco de la República se empeñó en restaurarla para el sesquicentenario y como acabada de construir, limpia y decorosa, cargada de viejas memorias y de ecos pretéritos, fue reinaugurada como Museo Bolivariano por el pleno presidencial.

LA DECLARACION DE SANTA MARTA

El día 18 los presidentes Turbay Ayala, Carazo, Roldós, Duarte, Suárez, Royo, Belaúnde, Guzmán y Herrera, firmaron en la Casa de la Aduana, a las cuatro y treinta de la tarde, la llamada "Declaración de Santa Marta" que fundamentalmente confirmó serios propósitos de solidaridad y de integración económica y cultural.

A la Declaración de Santa Marta se llegó después de largos diálogos en el restaurante de Puerto Galeón. Antes de dar a conocer los términos del documento, cada uno de los presidentes pronunció un breve discurso, desde el balcón de la Casa de la Aduana: los votos por el mantenimiento de la unidad bolivariana y latinoamericana y los agradecimiento a nuestra patria por la hospitalidad ofrecida a los visitantes, fueron el común denominador. La cálida acogida a Herrera Campins, fue prueba inequívoca de la hidalguía de los habitantes de Santa Marta y constituyó motivo para que este se mostrase vivamente emocionado. Fue asimismo multitudinario el afecto demostrado al presidente Suárez, quien dijo que España se sentía absolutamente comprometida en el proceso de evolución de la unidad e integración de los pueblos de latinoamérica y se identificaba plenamente con los propósitos trazados en la cumbre del sesquicentenario.

Después de reconocer que el mejor homenaje a la memoria y a la obra de Bolívar es mantener la permanente vigencia de sus ideales,, la Declaración sostiene entre otras cosas: a) La voluntad soberana de los pueblos, expresada libremente en el voto popular, constituye la única fuente de la autoridad; b) La unidad de los pueblos latinoamericanos es requisito ineludible, no solo para su progreso y desarrollo, sino también para el mantenimiento de su identidad histórica y de su destino colectivo; c) Bolívar en su Carta

de Jamaica, en la convocatoria del Congreso de Panamá, en el testimonio diario de su vida y aun en su retiro de Santa Marta, legó los fundamentos de una conducta de libertad y de solidaridad entre los pueblos del Nuevo Mundo; d) Muchos principios del Derecho Internacional actual son de origen bolivariano y han sido incorporados al ámbito normativo regional, especialmente en el seno de las Naciones Unidas; e) La no intervención en los asuntos internos de los Estados, el respeto de los Tratados válidamente celebrados, la solución pacífica de las controversias, el respeto a la integridad territorial y la ciudadanía continental, son ejemplos de cómo el diseño genial de Simón Bolívar para un orden de leyes, ha contribuído a la institucionalización universal del derecho de gentes y de manera particular a la de nuestras naciones americanas; f) La vigencia de las libertades es inseparable del acontecer económico y social y es indispensable un nuevo y vigoroso esfuerzo de cooperación para crear las condiciones que conjugan esas libertades con un orden social más justo; g) La democracia es la mejor garantía para la libertad y el desarrollo de los pueblos y deben buscarse mecanismos que preserven y fortalezcan las instituciones auténticamente emanadas de la voluntad popular; h) Es preciso colaborar a la solución de las críticas cricunstancias sociales y económicas que afectan a muchas naciones del Caribe y fortalecer el entendimiento entre los procesos integracionistas del Caribe y los del Mercado Común Centroamericano y del Pacto Andino.

Se sostiene al final que la presencia y la participación de España, a la que todos los pueblos de Hispanoamérica consideran como la Madre Patria, es augurio feliz en estos momentos conmemorativos. España trajo a América la fe, le dio su idioma, mezcló su sangre y la hizo partícipe de una misma historia. El destino de España y el de las naciones hispanoamericanas están indisolublemente ligados, pues conjuntamente forman una familia de pueblos. Una paz mundial estable, el fortalecimiento de las instituciones que favorezcan la convivencia civilizada y los esfuerzos para realizar un nuevo orden económico que, respetando la dignidad de los pueblos y la libertad y el orden, constituyen el mejor homenaje a Simón Bolívar a los 150 años de su muerte.

ACTOS EN MEDELLIN

La Sociedad Bolivariana de Antioquia, de común acuerdo con la Academia Antioqueña de Historia y con las autoridades civiles,

militares y eclesiásticas, organizó solemnes actos conmemorativos del sesquicentenario. Los pormenores del programa se resumen así:

A las 10 de la mañana del día 17, concelebración eucarística en la catedral metropolitana y oración fúnebre a cargo de Monseñor Alfonso López Trujillo, Arzobispo de Medellín. Seguidamente desfile y honores militares ante la estatua del Libertador, en el parque que lleva su nombre. Allí llevó la palabra el doctor Julio César Arroyave Calle quien en elocuentes y eruditos términos hizo elogio del Padre de la Patria, de la gesta emancipadora y de las proyecciones de la acción y del pensamiento del insigne hombre. Más tarde la Academia Antioqueña de Historia, presidida por monseñor Damián Ramírez Gómez descubrió una placa recordatoria en su sede de la Universidad, en la plazuela de San Iganacio y lo mismo hizo la Sociedad Bolivariana en la casa de doña Beatriz López de Mesa, sede habitual de la institución.

Con el lema de "hacer del departamento de Antioquia un territorio libre del analfabetismo", el gobernador Alvaro Villegas Moreno abrió la **Campaña de alfabetización Simón Bolívar**, creada por el gobierno nacional como significativo y trascendental homenaje al Libertador. "Ningún homenaje de tanta magnificencia — dijo el ejecutivo seccional— como este de declarar iniciada la campaña de alfabetización". Anunció que se enseñaría a leer y a escribir a 360.000 adultos y concluyó: " Más que un simple homenaje a Bolívar esta campaña es realmente la continuación de su epopeya libertadora. Es un reto que tiene Antioquia y que hoy , ante el recuerdo del Libertador queremos aceptar".

Y a la una de la tarde, como ocurrió en todo el país, hubo un minuto de silencio que paralizó a la ciudad. Que demostró entre otras cosas su bolivarianismo fervoroso y el espíritu cívico de sus habitantes.

JUAN PABLO II Y BOLIVAR

Uno de los detalles más hermosos lo dió su Santidad , el Papa **Juan Pablo II**: ante más de 500 personas que se congregaron en la Capilla Sixtina del Vaticano, celebró una misa solemne en memoria de Simón Bolívar. En el texto de su homilía recordó que hace cincuenta años el centenario de la muerte del héroe fue conmemorado por el Papa Pío XI y dijo que al adherir a las celebraciones rendía un homenaje a la historia humana y cristiana de América,

particularmente a los países bolivarianos. Son los países sobre los que volcó — conforme a sus palabras— su vida y sus energías el Libertador Bolívar. Y concluyó afirmando que “Se trata de lograr la libertad en armonía con la ley divina, en un clima de solidaridad, de justicia generalizada, de respeto a los derechos de cada comunidad política, de cada asociación legítima, de cada sector social o de familia, y, como fundamento de todo ello, dentro del respeto a los derechos sagrados de cada persona y de su explícita relación con Dios en privado o en público”.

RESONANCIA MUNDIAL

La evocación de los 150 años de la muerte de Bolívar tuvo resonancia mundial: **Las Naciones Unidas** recordaron que “Simón Bolívar fue en más de un aspecto un antecesor de esa gran empresa de solidaridad”. Y el representante de Colombia, Indalecio Liévano Aguirre hizo fervoroso panegírico del prócer y aseguró que “Después de siglo y medio de su muerte, los precisos perfiles de su personalidad histórica convocan el interés y el reconocimiento de la posteridad y su vida y su nombre ocupan el lugar eminente que el afecto y la admiración de los pueblos le han señalado al lado de los próceres de la gran generación libertadora, que hoy son las sombras tutelares y las personalidades símbolos de todas nuestras patrias”.

En París el embajador de Venezuela presidió diversos actos el día 17: colocó una corona de laurel ante la estatua que allí se levanta, guardó un minuto de silencio y después asistió a una misa celebrada en la capilla española, situada en lugar céntrico de la capital francesa. Vale recordar que Bolívar vivió gratas experiencias en París y que su fama llegó a tal punto, que una de las calles de la Ciudad Luz fue batuzada con su nombre.

En el Teatro Juvenil de **China** se presentó durante dos semanas la obra “Montserrat”, inspirada en la gesta libertadora de América. Y una revista reseñó, con lujo de detalles, la conmemoración bolivariana del sesquicentenario.

En **Londres** hubo solemnes actos que comenzaron con la colocación de una ofrenda floral ante el monumento a Bolívar. En presencia del embajador de Venezuela, del cuerpo diplomático de América y de altos representantes del gobierno británico.

En **Nueva York** se celebró una ceremonia religiosa y más de 500 personas, encabezadas por diplomáticos y por personalidades del alto mundo político, religioso y militar de los Estados Unidos, desfilaron ante la estatua del Libertador Bolívar.

España recordó especialmente a Bolívar como "vástago de su raza" y le rindió clamoroso homenaje: se colocó una corona de laurel ante su estatua erigida en Madrid y en la Iglesia de San José fue descubierta una placa conmemorativa de la boda del héroe con la española María Teresa Rodríguez del Toro.

Venezuela, la Argentina, Puerto Rico, Chile, Ecuador, el Perú, entre otras nacionalidades, adhirieron a las festividades sesquicentenarias con variados y solemnes programas. Jamás - comentó un periodista nuestro - la vida y la obra de un hombre recobraron tanta celebridad mundial, ni lograron tan apretujado y emocionante espectáculo de admiración.

LUIS TRIGUEROS

Por V. Valencia Villegas

La mayoría de los pueblos de Antioquia, principalmente los del Norte, no eran, en los finales del pasado siglo y en los comienzos del presente de los llamados a prosperar en actividades distintas a las que por necesidad vital supieron impulsar nuestros mayores hasta darnos el aspecto de tierra amplia y rica que hoy tienen y hasta presentarnos en brillante panorama la superación espiritual de muy buena parte de sus hijos. O se era minero o se era agricultor o se era hombre de letras.

Para los primeros hubo necesidad de delinear sobre los riscos áridos las sendas precisas que llevaran a los hombres de trabajo hacia las fértiles hondonadas, en donde pudieran encontrar el filón rico o la savia prometedora; y para los últimos hubo necesidad de trazar sobre los horizontes la vía luminosa por donde las almas pudieran orientar sus vuelos hacia cumbres de perfección espiritual. Y eso se hizo: se abrieron caminos y se ampliaron horizontes. Por los primeros, viajaron los que en las laderas del Cauca, del Porce, del Nechí y del Espíritu Santo fomentaron haciendas y cultivaron el café, el cacao y la caña de azúcar; y por los últimos, desfilaron los de mejor suerte, los que en los principales centros universitarios del país y del exterior, prepararon sus mentes y formaron su corazón para actividades futuras de mayor trascendencia.

Y como los resultados correspondieron al esfuerzo; como de las toscas pero nobilísimas personalidades del ayer sí surgieron obras de eternidad, he aquí, que cuando se repasa la historia de esos pueblos y de sus primeros habitantes, el lector se sorprende, al leer en sus páginas, obras realizadas de tanta magnitud que no puede menos de decirse: nuestros antepasados sí poseían el gran concepto de la dignidad humana; sí sabían, que mientras se labraban las aristas materiales para el tiempo, había necesidad de formar la juventud para las grandes conquistas intelectuales del porvenir.

De los que se quedaron cuidando la heredad; sosteniendo el prestigio de la raza a costa de sudores y de adversidades, allí están sus obras; haciendas, labrantíos, carreteras, serpenteantes sobre los abruptos desfiladeros, puentes sobre ríos torrentosos, iglesias, suntuosos edificios, fábricas y más fábricas; y de los que se fueron, de los que irrumpieron tras los horizontes enneblinados y se alejaron por todos los caminos, unos calzando quimbas de necesidad y otros cabalgando en potros de mejor fortuna, allí en la historia de la patria están sus nombres aureolados de dignidad y aprestigiados por la fama.

De los unos como de los otros debiera tratarse permanentemente en reseñas biográficas, en antologías costumbristas, en estudios históricos regionales, porque no es posible que mientras ensalzamos a la mayoría de los que se fueron y triunfaron en las letras, en las ciencias y en las artes, olvidemos a los progenitores, a los que se quedaron, a los que indiscutiblemente debemos la riqueza, el progreso y la prosperidad material de Antioquia. Por lo tanto, yo opinaría, que así como en folletos literarios, en antologías poéticas, en ensayos folklóricos, hemos dado a conocer el mérito intelectual de Antioquia, deberíamos proponernos en estudios concienzudos y laudatorios dar a conocer la obra titánica de nuestros antepasados; la obra realizada sobre la tierra y sobre el surco por tantos que cayeron sin honra mientras sus descendientes se elevaron en dignidad y espíritu.

En la geografía histórica del doctor Uribe Angel, como en las obras de Carrasquilla, Antonio José Restrepo, Julio César García, Botero Saldarriaga etc. etc. se habla en verdad de fundadores de pueblos, de ascendientes integérrimos, de iniciadores de grandes empresas; pero hasta aquí la historia iba aumentando sus páginas gloriosas, páginas que constituían la mejor demostración de la gratitud de un pueblo hacia nuestros antepasados; pero de ahí en adelante la prosperidad industrial con el grito estridente de sus mil bocinas; el progreso social con sus múltiples acentos petulantes, el modernismo de una vida agitada y pretenciosa silenció la obra de exaltación que con sangre y afecto se escribía en beneficio de nuestros ascendientes. Pero el día llegará, porque la gratitud no ha muerto, en que en nuevas obras de historia se vuelva por el nombre y la nobleza de los verdaderos cimentadores de nuestra prosperidad nacional.

En esta serie de artículos sobre los poetas y escritores del Norte de Antioquia; artículos que nada tienen de crítica literaria, que

nada dicen acerca de escuelas, de sistemas y de estilos, sólo se ha pretendido una cosa: relieves el mérito de ciertos pueblos por el mérito intelectual de sus hijos; labrar en piedra dura el nombre de algunas regiones, al parecer insignificantes, por el valor espiritual de quienes de ellas salieron y se hicieron grandes en diversos campos de la cultura social; continuar, aunque de una manera sencilla, la labor que otros iniciaron de sacar de entre el olvido y el silencio perfiles humanos de quienes bien merecen estar eternizados en estatuas sobre las cumbres más altas de nuestras cordilleras.

Y muchos se quedaron, lo repito, aferrados al nativo terrón; y otros se fueron, ya lo he dicho, por entre los senderos que en curvas caprichosas se alargaban sugestivos hacia horizontes de prosperidad. Y entre los que se fueron y triunfaron recordamos a Rafael Navarro y Euse, a Mariano Roldán, a José Roberto Vásquez, a Fidel Cano, a Juan C. Ramírez, a Juan de D. Vásquez, a Andrés Rivera Tamayo, a Ricardo Sánchez, a Gabriel Arango Valencia, a Sabas Villegas, a Gil J. Gil, a Luis F. Osorio, a Gerardo Molina y a muchos más, que ya en las letras, en el foro, en el periodismo etc. adquirieron fama y renombre suficientes, no sólo para el prestigio propio sino para el prestigio de sus padres y de sus pueblos de origen.

*

De don **Ricardo Sánchez**, el ilustre escritor quien hizo célebre el pseudónimo de **Luis Trigeros**, pudiéramos llenar varias cuartillas laudatorias. Fué sin exageración uno de los mejores literatos y críticos de principios del presente siglo. Nacido en el año de 1.875 de una familia de linajudos ascendientes, salió de su pueblo natal cuando apenas contaba 17 años; y primero en Bogotá, y después en varias naciones extranjeras como Francia, Chile y Brasil, en donde por varios años le tocara representar a Colombia en cargos diplomáticos, fue adquiriendo renombre como escritor y como político a medida que ponía en actividad y en servicio de la patria y de las letras su gran inteligencia.

De espíritu selecto entre los intelectuales de su época se distinguió siempre por su ágil y elocuente conversación; por su refinada cultura social y por sus grandes conocimientos en literatura y en gramática, a tal extremo, que Marco Fidel Suárez, Ja-

nuario Henao y Obdulio Palacio, los más insignes profesores de la lengua en Antioquia, decían de él, que era el más atildado escritor de la montaña. Y en ésto tenían razón; pues Luis Trigueros a la vez que señalaba en sus ilustradas críticas los verdaderos méritos literarios de un escritor, arremetía implacable contra los autores que desbarraban gramaticalmente.

Fué tan pertinaz cultivador y defensor de nuestro idioma que a toda hora se le halló listo para entrar en polémicas contra quienes empleaban frases desmasaladas, solecismos de mal gusto, adjetivos desquiciados. En juicios literarios de alta resonancia, relevó con ilustración y con acierto las obras de los grandes escritores de su época, principalmente las de Marco Fidel Suárez, de Agripina Montes del Valle y de Soledad Acosta de Samper. Lector incomparable conocía a los mejores autores y críticos de Europa y América. Admiraba a Daudet, a Anatole France y a D'Annunzio. En su mesa de trabajo se veían en preferente lugar el Quijote, el Académico, el Nabab,, el Inocente y los artículos sesudos de Suárez, Nieto Caballero y Sanín Cano. Y fué, para decirlo todo, un gran caballero, un gran amigo y un hombre con arrestos suficientes para medir sus armas con los más connotados intelectuales de su tiempo.

Para quienes conocimos a Luis Trigueros y nos honramos con su amistad, siempre será de una gran satisfacción el escribir algo sobre su recia personalidad y sobre su fecunda carrera literaria. En varios períodos de vida intensa, fructuosa y dignificante pudiéramos delinear la trayectoria de su vida: su niñez, su juventud y su madura edad de hombre de letras.

En el "Rosario", tierra fecunda y ardorosa, perteneciente al municipio de Yarumal y situada no muy lejos de Valdivia y del Cauca, pasó Luis Trigueros los primeros años de su vida. Al lado de sus padres don Juan de D. Sánchez y de doña Carmen Ramírez, elementos éstos de alcurnia pero a la vez dignísimas gentes de trabajo, aprendió Ricardo, lo que en esas tierras del norte de Antioquia se enseñaba en antes a los hijos por muy nobles que fueran: a amar la tierra, a inclinarse sobre el surco, a regar semillas y recolectar frutos. En la misma Citolegia en la que su primer maestro don Francisco Trespacios le enseñara las primeras letras, el joven agricultor repasaba en sus momentos de descanso las mismas páginas con las mismas lecciones moralizantes e instructivas. Y así por años y más años, el mozo campesino sin esperanzas de salir del agro, deslizaba su vida por sobre las soberbias extensiones

de su acogedora heredad. Pero en el reloj de su existencia sonó de improviso una hora: la hora de los grandes proyectos y de las solemnes decisiones; de la capital de la república, llegó a Yarumal, tierra de sus mayores, el poeta y general Juan C. Ramírez primo hermano de Trigueros; venía, después de largos años de ausencia, aureolado ya de fama como escritor y como militar a ofrendarle a su pueblo y a sus padres los gajes de sus victorias; y recorrió con satisfacción y orgullo las calles del poblado; recorrió sus montañas y fue al "Rosario" de donde sacó a su primo para conducirlo a la capital, colocarlo en un centro de estudios e introducirlo a las altas esferas de la sociedad bogotana.

El inteligente mancebo correspondió con creces a los esfuerzos de su protector; pues fue estudioso, culto, sociable, emprendedor. En el periodismo, palestra de cultura y de política, agudizó su pluma con sorprendentes resultados; en los estrados de la oratoria se dió a conocer como un arrogante declamador; y así, de triunfo en triunfo, de luchas cruentas a victorias positivas llegó a la edad de treinta años. Ya era la hora propicia de orientar sus pasos por caminos divergentes a los que seguía su primo y su mentor y se separó de él como en esa misma época lo hiciera en España Gómez Carrillo de su protector y mentor Rubén Darío; se separó de él cuando ya comprendió que sus arrestos y su inteligencia eran armas suficientes para defenderse solo, para conquistar conciencias y para vencer sobre las multitudes. De aquí en adelante ya no encontró obstáculos en su vía de acceso hacia la prosperidad. Unidad mental de precisas orientaciones fué favorecido con puestos elevados y con muy honrosos cargos diplomáticos. En las letras y en el periodismo continuó con mayor afán conquistando posiciones de significación; y por último, casado ya con la gentil dama bogotana doña Esther Flórez Alvarez de quien tuvo dos hijos Eduardo e Isabel, completó su misión de hombre perfecto, de hombre predestinado para demostrar el valor de los ancestros, la fortaleza de una raza y las consecuencias de una vida dedicada al trabajo, al estudio y al cumplimiento del deber.

*

En el año de 1.928 y con motivo de la obra de don Fernando de la Vega titulada "Apuntamientos Literarios" en la cual el ilustre escritor cartagenero, presentaba algunos estudios relativos a escritores nacionales y extranjeros, don Luis Trigueros escribió

lo siguiente: "De todos los artículos que integran el volumen de don Fernando de la Vega, dos únicamente van a ser, por ahora objeto de nuestros ligeros comentarios: el que atañe a la personalidad egregia de don Marco Fidel Suárez, máximo pensador y el que se refiere a Ismael Enrique Arciniegas diarista aguerrido y portalira inspirado".

"Las páginas que el crítico de la ciudad heroica le consagra al artífice de los sueños son incontestablemente un trabajo de altos atisbos y de una gran valía no sólo por la recia fibra del pensamiento, sino también por el adobo de la forma elegante y castiza, desnuda de requilorios superfluos y de pámpanos viciosos. Apresurémonos a consignarlo: en su tarea de analista el autor ha tenido la suerte de encontrar para el polígrafo insigne, para el maestro insuperable del estilo, para el heredero de Cervantes, para el émulo de Francisco de Quevedo y de Mateo Alemán, el concepto preciso de loa justiciera, el encomio pertinente y la apreciación adecuada".

"En cláusulas elocuentes y respetuosas, unidas de reverente admiración, se expresa De la Vega en los términos siguientes: el estilo del señor Suárez se caracteriza por la armonía con que concluyen los párrafos, por una compenetración del fondo y de la forma, por el garbo con que se desenvuelven las oraciones y por la sencillez en el engranaje de ellas. El señor Suárez es un peregrino caso de fresca intelectual".

"Nos apena mucho que las grandes inteligencias, los espíritus de legítima singularidad como el suyo, se vean sometidas al juicio inexorablemente adverso de una mayoría mediocre y sirvan de pasto gustoso a gentes que segregan envidia oculta contra los que se señalan y culminan por dotes excepcionales. El espectáculo de un gran ingenio acosado, nunca lo hemos podido soportar. Y contra Suárez se suscitaron pasiones fuera de medida, que llevaban más sello de interés que de patriotismo".

Y sigue Trigueros: "Las nobles palabras arriba transcritas merecen nuestra completa aprobación. Día vendrá en que al sacrificado de 1.921 se le haga entera justicia. Entonces se pesarán en la balanza de equidad el proceder abnegado del uno y la conducta tortuosa de los otros. Entonces se verá como no fueron los estallidos de una oratoria grávida de odios, rimbombante y hueca las que obligaron a dimitir al mandatario ilustre, sino un laudable impulso de patriotismo que en esa hora de calígene sectaria no se supo valorar y comprender".

Referente al juicio de De la Vega sobre Ismael Enrique Arciniegas, bardo delicado y emotivo y de un exquisito aristocratismo verbal ya Luis Trigueros se expresa así:

“Don Fernando de la Vega concentró en las alquitaras de su laboratorio, esencia de mandrágoras y zumos de rejalgar. Es ese un juicio amargo pergeñado rabiosamente con pluma dilacerante, ceño torvo y ánimo prevenido sin aquella ataraxia espiritual que tanto recomendaban los helenos. Dijérase que al escribirlo el autor se entregó a esa borrachera acre de herir, de que hablaba Barrés. Arciniegas — asienta el censor— es presuntuoso en cuanto a individuo; adocenado como parlamentario, insignificante como poeta, nulo como político, opaco como diplomático, mediocre como periodista. Nada se le concede a quien ha dado honor y prestigio a su país con el salterio del aeda y con la brava lanza del polemista. Nosotros deploramos muy de veras tales pareceres que estimamos a todas luces injustos, desmedidos, excesivos, pero no los anatematizaremos. Sin embargo, no podemos aceptar sin reproche conceptos reñidos en nuestro sentir con los más elementales principios de hidalguía, como los siguientes: “Arciniegas procede de un pueblecito indio y de su facha se induce su abolengo; la color, el cabello y demás accesorios del caso. En lo que no se advierte al indio es en cierto candor pueril de creerse un maestro y de pensar que se le reputa así por todos. Le falta malicia para conocerse y sopesarse...”.

“La crítica personal y agresiva, continúa Trigueros: la crítica feroz, como acertadamente la llama el eminente y cultísimo don Florentino Goenaga, resulta anacrónica hoy, ha pasado de moda y está mandada a recoger. Hay que separar al hombre del escritor. Combatamos doctrinas, ideas, teorías,, no a las gentes que las representan. Y es pasmoso, en realidad, que espíritu tan laudo, talento tan preclaro y criterio tan pungitivo, haya caído en esos lamentables descarríos”.

“Por otra parte Arciniegas ha proclamado con orgullo su ascendencia india. Conservamos unos cuartetos que en fecha ya lejana tuvo la bondad de dedicarnos, en los cuales se lee:

“Llevo en las venas más sangre aborígen,
sangre de los caciques de Macaregua,
que cayeron vencidos mas no domados
disparando a los flancos la última flecha.

Por eso de mis cantos el aire es triste,
por eso en mis estrofas vibra una queja,
la desolada queja de aquella raza
que cayó en los combates vencida y muerta”.

Y nosotros preguntamos: Qué tienen que ver con el origen de Arciniegas los frutos de su entendimiento? Nada.

Concluamos: en el año de 1.920 visitó Trigueros por última vez a Yarumal. Regresaba, como lo hiciera en otra época su primo Juan C. a ofrendarle a su familia y a su pueblo los gajes de sus victorias. Ya su padre había muerto. Pero sobre su tumba y en ramilletes de oraciones y lágrimas colocó su dolor y sus afectos.

Y Yarumal creció en renombre.. y sobre las cumbres enneblinadas, cumbres en donde debieran levantarse las estatuas de nuestros mayores, dos nombres repitieron las brisas perfumadas: los de Juan de D. Sánchez y doña Carmen Ramírez.

DOCTOR JESUS ANTONIO HOYOS

Por Jorge Ospina Londoño

El próximo 4 de febrero se cumplirán cien años del nacimiento en la ilustre ciudad de Marinilla del Doctor Jesús Antonio Hoyos, uno de los hombres realmente ilustres de Antioquia y de Colombia, quien por haber sido varón de inmensa modestia, no fueron percibidas por todos las muchas virtudes de tan robusta y significativa personalidad.

Como lo expresamos, Jesús Antonio Hoyos surgió a la vida el 4 de febrero de 1.881. Sus padres fueron Don Jesús Ma. Hoyos y Doña Mariana Pineda.

El doctor Hoyos militó en el partido conservador y, como miembro de tal, peleó en la guerra de Los Mil Días. Cesada la contienda bélica, el 21 de noviembre de 1.903 por el Tratado de Winsconsin, reanudó los estudios y obtuvo el diploma de bachiller en la Universidad de Antioquia. Dedicóse a la docencia en la Escuela de Rionegro y en el Colegio de San José de Marinilla, del cual fué Vicerrector. Más tarde, en febrero de 1.912, optó al título de doctor en Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Nacional de Bogotá.

Después viajó a Francia por haber ganado, en concurso, el puesto de Caciller de la Legación de Colombia en París. En esta ciudad fue doctorado en Ciencias Políticas por su trabajo, "La Colombie et les Etats Unis D'Amérique".

Su interés por la cultura francesa no tuvo límites. Frecuentó durante seis o siete años, que duró su estada en París, los principales lugares donde se divulgaba la cultura intelectual en general. Su afición por las investigaciones históricas fue constante. Su presencia se hizo común en las barras de la Academia Francesa, y, por Anatole France, fue por el académico que mayor admiración demostró ese selecto espíritu.

A su regreso de Europa, Antioquia tuvo en cuenta su densa y extensa cultura adquirida en el Viejo Continente. Aquí lo nombraron Rector de la Universidad de Antioquia, Director de Educación Pública, etc. Más tarde, fue elegido miembro Correspondiente y de Número de la Academia Antioqueña de Historia. También, miembro de la Academia Colombiana de Jurisprudencia, y, por haber divulgado, con sinceridad y eficacia, las glorias y la historia de Francia en Colombia, lo nombraron Caballero de la Orden de Francia. Además, el gobierno colombiano lo honró al conferirle la Cruz de Boyacá.

El doctor Hoyos tuvo gran devoción por la docencia, pues, luego de haber ocupado elevadas posiciones, con gusto aceptó la Rectoría del Colegio de Rionegro. Esta ciudad lo recibió con admiración, respeto y cariño. Supo apreciar sus cualidades y calidades humanas y le participó sin egoísmo de cuanto poseía. Siendo Rionegro entonces homogéneamente liberal, lo llevó a la presidencia del Concejo Municipal y la sociedad lo acogió de manera muy generosa. El era un conservador doctrinario, pero no sectario ni inclinado a la controversia partidaria, mas sí un hombre de principios, respetado y respetable.

Jesús Antonio Hoyos supo corresponderle a la patria adoptiva de los Córdoba. Pues con sus enseñanzas y su ejemplo, fortaleció el civismo y el patriotismo de los rionegreros. Se puede afirmar que formó una de las generaciones que más les ha servido a la ciudad, al departamento y al país, en el presente siglo. El amor por las cosas de la patria y el interés por divulgar su glorioso pasado, por lo que respecta a Rionegro, en mucha parte se le debe al doctor Jesús Antonio Hoyos. Pues su respeto por las banderas y los principios, penetró en el espíritu de la generación que formó. El Doctor Hoyos les enseñó a sus discípulos a amar la grandeza de los héroes de Colombia, quienes son la más nítida significación de la misma.

Jesús Antonio Hoyos debió haber sido maestro oficial de la juventud en Antioquia, pero en la vida de los pueblos suceden cosas que no tienen explicación.

Después de sus actividades docentes, el doctor Hoyos salió hacia Bogotá a ocupar una curul en la Cámara de Representantes. Más tarde fue nombrado Secretario del Ministerio de Gobierno en la administración del Dr. Enrique Olaya Herrera. Regresó a Antioquia y lo nombraron Magistrado del Tribunal Superior. Y, por último, cuando ya las inevitables sombras caían sobre tan singular existencia, se hizo cargo de la Oficina de Registro de Instrumentos Públicos y Privados de Yarumal. Aquí practicó también la docencia, aunque ya había avanzado demasiado la tarde para él.

Y, a pesar de sus aptitudes de abogado, parlamentario, orador, escritor y funcionario, resalta, a través de su agitado y fecundo pasado, su inclinación por la docencia. Sabido es que los verdaderos hombres nacieron para dar, y Jesús Antonio Hoyos compartió con el congénere cuanto poseyó en la vida. Participó a los demás de su patrimonio cultural y espiritual en forma asaz, y, en el sentido material o económico, fue generoso en grado superlativo. Esta fue la causa por la cual no fue hombre de fortuna... Pues no tuvo concepto del dinero y todo lo que consiguió con su trabajo lo repartió, lo entregó a los menesterosos; máxime que para él, fuera de las cosas del espíritu y de la inteligencia, lo demás tenía valor secundario.

Jesús Antonio Hoyos fue un auténtico patriota y un idealista de elevado espíritu. Aprestigió los sectores pensantes de Antioquia y, por donde pasó, dejó huella imborrable. Mas como todos los hombres importantes, padeció persecuciones e injusticias. Estos inevitables proceder humanos, relievieron más sus admirables virtudes. Y, como la mayoría de los hombres superiores del pretérito, murió en Yarumal muy solo y lejos de su ciudad y de los suyos.

Rionegro y la generación que formó Jesús Antonio Hoyos, no lo han olvidado ni lo olvidarán, porque éste fortaleció las virtudes patrióticas de sus gentes con su ejemplo y, además, les enseñó a enaltecer los hechos gloriosos que tanto dignifican a la patria colombiana.

MUJERES DE ANTIOQUIA

María Martínez de Nisser

"Escritora y Soldado"

*Por Elisa Mujica (En "Boletín cultural Bibliográfico"
Mayo 1.979*

En la imprenta de Benito Gaitán, que funcionaba en Bogotá en 1.843, se imprimió el "Diario de los sucesos de la revolución en la provincia de Antioquia en los años de 1.840 y 1.841", de María Martínez de Nisser. Se trata de un valioso documento sobre la revolución del coronel Salvador Córdova, repleto de datos importantes consignados por una mujer que a más de sufrir los sinsabores de un levantamiento del siglo pasado, tomó parte activa en la batalla de Salamina, donde fue derrotado el hermano del héroe de Ayacucho. Sin embargo, el Diario es casi desconocido. Aunque su publicación se debió a un decreto del Congreso de la Nueva Granada, posiblemente los varones de ese tiempo consideraban en el fondo inadecuado para sus conciudadanas el ejemplo de una escritora doblada de soldado. Nunca se volvió a hablar de la autora ni de su obra, en la actualidad pendiente de la decisión de Colcultura para reeditarla.

Mucho se ampliaría nuestro panorama histórico y cultural si ofreciera cabida a las obras realizadas en distintas épocas por las mujeres. Una antología de poetisas, como la publicada por Eddy Torres hace algunos años, seleccionada con criterio serio e imparcial, muestra valores que si no llegan a dar la nota de, por ejemplo,

una Sor Juana Inés de la Cruz, se empareja no obstante con poetas masculinos a quienes se renoce y admira. Pero si son firmas femeninas no les espera sino el olvido. La psicología de María Martínez de Nisser no era simple, como lo dejan traslucir sus páginas. Quizá ser la esposa de un caballero extranjero, Pedro Nisser, quien por otra parte también se sintió autorizado a pesar de su carácter de tal para combatir contra Salvador Córdova, la animó a intervenir en la aventura guerrera. Un antioqueño "de todo el maíz" seguramente no habría tolerado que su mujer abandonara las faenas domésticas para lanzarse a los campos de batalla. En todo caso María de Nisser no disimula su alegría porque su marido se considere colombiano que no se priva de pelear, lo cual debía ser en mucho obra de la convencida mujer. En episodios relatados en el Diario enardece a sus paisanos. A uno le dice (p.42): ¿Qué aguardan, por qué no dan el grito y aseguran a todos estos malvados?". Al oírlo un joven intrépido "corrió a su cuarto, sacó un fusil... y se fue para la plaza... hizo un tiro y gritó: "Viva el gobierno legítimo!" Aquí estoy para sostenerlo!".

Aunque naturalmente nuestras mujeres del siglo XIX ignoraban los planteamientos de Simone de Beauvoir en "El segundo sexo", experimentaban sin duda el placer de actuar a través de otro, que María de Nisser combinó sutilmente con el más positivo de ser ejecutante directa. En los días del levantamiento se hallaba al tanto de cuanto chisme corría por las calles de Sonsón, Abejorral, Aguadas, Marinilla, Rionegro, Envigado. Si las noticias eran malas y ella estaba enferma, se agravaba automáticamente, lo cual le servía además de excelente pretexto cuando se trataba de desligarse de algún compromiso engorroso que no quería cumplir. Pronto se le presentó la ocasión de realizar lo que deseaba secretamente: vestir el uniforme militar y esgrimir una lanza. Fue al enterarse de que su esposo había sido hecho prisionero. Entonces pudo decirse a sí misma y explicar a los otros que si corría a la batalla era para pelear por él. Con todo, se le presentó un dilema. (Para las mujeres ningún paso es sencillo). El 19 de abril de 1.841 anotó en su Diario: "No sé qué partido tomar en este momento que será la una de la mañana. Mi ternura me aconseje que vaya a Rionegro a acompañar a Pedro en su prisión, pues mi presencia se la hará más llevadera, mas el bien público en general me dice que no; porque allí, de qué utilidad puedo ser para mi patria o para mi esposo? Mañana me presentaré a Braulio (Henao), le pediré una lanza: marcharé en compañía de mis dos hermanos y demás patriotas de este pueblo, y contribuiré de este modo a la libertad de mi suelo".

Tampoco puede llevar a cabo su resolución si no obtiene el consentimiento ajeno. Consultado uno de sus amigos opina: "Me parece una actitud demasiado heroica pero peligrosa". María posee un depósito sagrado: su honor. No le es posible arriesgarlo. Vuelve a interrogar a su consejero, quien le contesta: "Deshonroso no es, sino al contrario, una acción virtuosa; pero usted debe hacer lo que su padre diga". La señora de Nisser ya cuenta a su favor con el parecer de la madre, pero su padre se opone abiertamente alegando que "A causa del estado de debilidad en que se encuentra por sus enfermedades no podría resistir las fatigas de una campaña y menos en un tiempo tan lluvioso". A la hija no le queda más remedio que acudir a otro amigo, patriota exaltado. Cuando este convence al padre, ya María había terminado de coser el uniforme, y se lo estaba midiendo. Una de las hermanas, que pensaba se trataba de una chanza, "ha llorado mucho al verme cortar el pelo".

Al reunirse con ochenta reclutas que acaban de llegar al pueblo, como primera medida María de Nisser da rienda suelta a sus impulsos oratorios. Es ya igual a los soldados y puede enfervorizar a los tibios y prestarles alas. Sube cuestras, atraviesa ríos crecidos y duerme a la intemperie, sin acordarse ni por un instante del antiguo y deplorable estado de su salud. En Salamina ocupa su lugar en la línea de fuego, si bien no dice si la lanza que enarboló con tanto coraje le sirvió para clavarla en el pecho de algún enemigo. Recoge los heridos, entre ellos a un hermano, y lo conduce al puesto de socorro. En el Diario, su relación de la batalla es pormenorizada y vibrante. Unos días después, en compañía de las tropas, cumple su propósito de liberar a su marido. Y en Medellín asiste a un tedéum en acción de gracias y al homenaje a los vencedores tributado en la plaza principal, donde no pierde la oportunidad de pronunciar nuevos discursos.

Si María de Nisser conservó sereno el pulso para describir los fragores de la batalla, asimismo fue capaz de analizar su situación espiritual en esos momentos. Escribió, la víspera de tomar las armas: "Cuando el ánimo se halla demasiado ocupado, y el pensamiento rodeando el objeto del cual depende el desenlace que por el momento se nos acerca, se necesita de mucha calma y desprendimiento para desechar de la inspiración las ideas que han de conducir al resultado". Y añade: "En toda la noche no he tenido un momento de sosiego; unas veces me veía en el calabozo al lado de mi Pedro, diciéndole que muy pronto se vería libre; y otras en la guarda de prevención del supremo viéndolo amarrado, insultado y que lo hacían caminar a pie; para calmar el dolor que me causaban

estas escenas me trasladaba con la imaginación al campo de batalla...". En la mañana del combate tiene visiones en las que se le presenta Bolívar: "... De repente me hallé en una playa, a la orilla del mar, y allí ví al primer patriota que estas tierras produjeron, al héroe de la independencia, al gran Bolívar, sentado sobre un cañón con un rollo de papel en la mano, que medio abierto por una suave brisa me dejó distinguir estas palabras: Buenavista, Tescua, Salamina...".

El caso de María de Nisser parece uno de los denominados de "personalidad doble". Cuando empuja a otros a hacer lo que ella desea, o al luchar como un soldado, o al cuidar a los heridos, o al salvar a su marido, o al escribir su libro, desempeña las tareas asignadas — por lo menos en su época— a mundos distintos y prueba lo más apasionante de cada uno. En 1.843, fecha de la impresión del Diario, María lo presenta como un mensaje a los miembros del Congreso granadino, quienes habían expedido previamente un decreto de honores a la heroína. Por un momento la notoriedad brilla para ella y se le reconocen sus méritos. Sin embargo la compuerta que las condiciones anormales de la guerra habían abierto para María, pronto se cierra definitivamente. Vuelve el silencio, quizá más impenetrable y duro de soportar que antes, cuando era solamente la honesta y considerada señora de Nisser. No tenía hijos. De lo contrario los habría nombrado en su Diario. Tal vez ahí reside a clave de su inquietud y de su búsqueda.

Comentario al margen.

Como no lo dice doña Elisa Mújica, conviene anotar que María Martínez de Nisser nació en Sonsón, el 11 de diciembre de 1.812, en el hogar de los esposos don Pedro Martínez Cataño y doña Paula Arango Mesa. María - más conocida por el apodo cariñoso de "Marucha"— se desempeñaba como maestra de escuela cuando a Sonsón llegó el ingeniero sueco Pedro Nisser, con quien contrajo matrimonio el 29 de agosto de 1.831. De su matrimonio hubo dos hijos, ambos muertos en edad temprana. Su muerte ocurrió en Medellín, el 18 de septiembre de 1.872, cuando su esposo se hallaba en Europa.

Respecto al Diario que escribió y publicó doña María Martínez de Nisser, existe promesa de Colcultura en el sentido de que será reeditado próximamente. Se trata de un documento histórico de singular importancia, de manera especial en lo relativo a la participación de Antioquia en la llamada "Guerra de los Supremos".

María Martínez de Nisser ha sido injustamente olvidada en Antioquia y ya es hora de que a su memoria se le rinda el homenaje de la recordación que se merece.

Nestor Botero G.

LIBROS ANTIOQUEÑOS

Dos Siglos de Historia Económico de Antioquia

Por Rocío Vélez de Piedrahita

El excelente libro "Dos siglos de historia económica de Antioquia" del doctor Gabriel Poveda Ramos, permite dar una mirada global a las distintas etapas del desenvolvimiento de Antioquia. Es una lástima que libros como ese, de consulta, que deben durar, se editen en hojas pegadas como para novelas desechables y no en cuadernillos cosidos que resistan el uso: resultados de los adelantos editoriales... Pero desprendibles o no, de sus páginas se pueden sacar ideas muy útiles para sortear el deprimente momento que atraviesa actualmente nuestro departamento. Veamos algunas.

El cuadro que presentaba Antioquia al iniciarse la gobernación de don Francisco de Silvestre, y cuando nos visitó el oidor don José Antonio Mon y Velarde, era desolador; ni moneda, ni imprenta, ni un solo colegio; mala nutrición del trabajador, el trabajo lejos de la vivienda, los pequeños cultivos lejos del trabajador; caminos pésimos con el consiguiente costo del transporte; escasez de tierras aptas para agricultura— inuestro eterno problema!—; tierras laborables inmovilizadas "por si va y resultan con minas", ganadería postrada, aterrador desempleo— que Mon y Velarde llamó "vagancia" y que atribuyó a el alto crecimiento demográfico y crisis en el sector básico de trabajo que era entonces la minería. El clero tenía que formarse en otra parte, no había médicos ni asomo de cultura; testimonios dignos de fe aseguraron que era la porción más aislada y pobre del virreinato.

El panorama está tan cerrado, que por la página 5 uno empieza a preguntarse por qué esas gentes se quedaron ahí — como se pregunta por qué los del polo se quedan en el polo si no da nada, ni hay qué comer, ni por dónde entrar, ni a dónde ir, ni con quién hablar—. Pero se quedaron.

Un siglo más tarde — para ser exactos ciento veinte años después— ese callejón sin salida dando vueltas por entre las simas de montañas estériles, tenía el más alto ingreso “per cápita” del país, estaba a la cabeza en café, minería e industria. Un viajero de consideración escribió que entre Puerto Berrío y Medellín estaba el mejor y más bien sostenido trazo de camino de herradura del país. Entre 1.920 y 1.930— época del climax en el progreso antioqueño— además de presidente paisa, teníamos buen tren, inicio de carretera al mar y hombres con el empuje necesario para acabarla; en construcción una estupenda catedral, buena feria, hospital de avanzada, dos teatros— uno grande y otro pequeño—, Universidad de Antioquia y Escuela de Minas y sobre todo, la comunidad más democrática y el más alto nivel de vida de la república. Durante varios años alcanzaron a ser contemporáneos: Marco Fidel Suárez, Fidel Cano, Antonio José Restrepo, Tulio Ospina, Francisco de Paula Rendón, Joaquín Antonio Uribe, Pedro Nel Ospina, Juan de Dios Uribe, Alejandro Echavarría, Luis Eduardo Villegas, Tomás Carrasquilla, Baldomero Sanín Cano, Efe Gómez, Carlos E. Restrepo, Epifanio Mejía, Mariano Ospina Vásquez, Manuel María Rodríguez, Juan de la Cruz Posada, Emilio Robledo, Fernando González, Porfirio Barba Jacob, Luis López de Mesa, Marco Tobón Mejía, León de Greiff. Por un espíritu de folclor muy peculiar, se nos ha hecho creer que Antioquia era grande cuando había arrieros, o que lo más grande que hubo en Antioquia fueron sus arrieros, o en todo caso, (por coincidir las dos situaciones) se confunden entre un solo costal la arriería y la grandeza de Antioquia. El grupo de hombres que acabo de mencionar, da una idea mucho más precisa de lo que produce una región cuando está creciendo (Yo no tengo nada contra los arriesgados y corajudos arrieros entre los cuales todo Antioqueño tiene más de un antepasado, pero creo que su imagen ha sido distorsionada... La verdad es simplemente que en un momento difícil, los arrieros superaron el bloqueo topográfico de Antioquia y mantuvieron el comercio activo permitiendo así que se manifestara su empuje).

Volviendo a los 125 años que van de la desolación inicial, a la prosperidad de los años 20, ¿qué había pasado?

La voz de partida hacia el progreso, fue la visita del oidor Mon y Velarde: fue como si dijéramos el "hágase la luz" en el departamento, porque con la visión aguda que tuvo de los problemas y sus causas, y las disposiciones que dictó, puso las bases que determinaron el progreso.

Mencionemos algunas: 1— Incrementar la agricultura aunque el suelo fuera estéril, o mejor dicho por lo mismo, y vivir cerca de los cultivos. "Es necesario que la agricultura llegue a ser la base del poblamiento"; 2— Puso un énfasis muy especial en crear un espíritu de trabajo conjunto de acción comunitaria, en inculcar en la población la idea de que las obras públicas locales, de recreo, salud y ornato, debía costearlas la comunidad; 3— Organizó "derramas", algo así como los actuales derrames de valorización; 4— Lo preocupó la falta de industrias para autoabastecerse y trabajó en el sentido de que las hubiera de tipo familiar para que pudieran trabajar las mujeres; etc. Mon y Velarde prueba una vez más que un solo hombre con genio, si lo dejan ejercer, puede cambiarlo todo; al menos como en este caso, dar la orden de partida para los cambios. En 1.808, gracias a sus resoluciones, las dos terceras partes de los ciudadanos eran terratenientes, "no había grandes haciendas ni personas verdaderamente ricas, pero muy pocas son realmente pobres". Sus disposiciones se vieron complementadas por las no menos sabias "ordenanzas de Minas" de don Gaspar de Rodas, quien no solamente limitó las concesiones sobre minas, sino que dió prioridad de la concesión al que encontraba la mina sobre el dueño de la tierra, lo cual acabó de obstaculizar el acaparamiento de tierra en pocas manos. A todas estas progresaba una idea que el libro destaca en diferentes oportunidades como fundamental: la igualdad social, o más exactamente la movilidad entre clases sociales.

El propietario — "magnate blanco" lo llama el doctor Poveda— trabaja con frecuencia hombro a hombro con su gente, gente que era, nada menos, que los esclavos recién libertados. La "actividad democrática igualitaria" de que habla el libro no fue voluntariamente buscada— o no habrían sido hombres de carne y hueso los pobladores de Antioquia— sino impuesta por el oficio que primaba en el momento, el mazamorreo. Psicológicamente, nadie nacía aquí sitiéndose menos que otro: en el camino había manera de arreglar las cargas; todo dependía del oro que tuviera la mina que uno se encontrara, o el río donde cada cual mazamorriaba. Del libro del doctor Poveda se deduce que la primera gran ventaja que le cogimos al resto del país fue la igualdad, debido a que las

tres actividades básicas — minería, agricultura y comercio— eran accesibles sin capital inicial, sin título ninguno de abolengo o dinero. Triunfaba el más laborioso — el más “fregao”— y en el caso de los transportadores de entonces, los arrieros, el más fuerte y el más honrado. Debido a esa “mezcla curiosa de altruismo y utilitarismo”, rasgo del pueblo antioqueño que señala Poveda, la honradez del arriero era obligatoria si quería conservar próspero su negocio; si en su carga faltaba algo de lo que llevaba o traía, una onza de oro, “nunca nadie más pondría oro en sus manos”, o sea que quedaba anulado como transportador. El libro aclara, eso sí, que en la época había muchas cuadrillas de arrieros y uno podía escoger; en ese sentido nos llevaban ventaja porque hoy hay solamente un campo de aviación y lo que se esfuma cuando se reclama el equipaje, perdido se queda y el usuario, quiera que no, tiene que seguir utilizando el mismo servicio.

En Antioquia la vida no era color de rosa y se pasaban muchas penurias: impresiona ver cuánto padecieron nuestros antepasados! Con razón los frescos de Pedro Nel Gómez que representan esas épocas no tienen colores suaves, posiciones reposadas, ni momentos de alegría: son murales tensos de punta a punta. Alimentación costosa, incultura masiva y - nota obsesiva del libro - aislamiento de unos con otros y de todos con el resto del país, que por ende nos ignoraba. La dificultad y costo de las comunicaciones fue siempre un lastre pero en el siglo XIX servía de acicate para empeñarse en “romper” para el ferrocarril, la carretera al mar, lo que fuera; últimamente ese escollo parece haber aniquilado hasta desistir: en la mitad del siglo XX volvimos a transitar por trochas, pero ya sin mulas, es preciso recorrerlas en carritos ensamblados con “talento nacional” - como dicen en la TV - a medio millón de pesos cada uno.

Mientras los arrieros llevaban mercancía de un lado para otro y finalmente se beneficiaban los comerciantes, se fueron creando otras fuentes de trabajo y presentando situaciones que acelerarían el progreso. Ya se verán más adelante.

II

Al leer el libro del doctor Gabriel Poveda sobre el desarrollo económico de Antioquia, no puede pasarse por alto la actitud asumida por los antioqueños frente a la guerra. Sin generalizar la posición extrema y burlona de Carrasquilla “que otros peleen por mí” es evidente la apatía con la cual se participaba aquí en las con-

tiendas. A mi personalmente no me parece muestra inequívoca de valor eso de irse a matar compatriotas del partido opuesto, ni creo que el motor de nuestras contiendas civiles fuera el patriotismo.

En "Mi gente", Alberto Lleras bajo el subtítulo de "La guerra, una fiesta" muestra el alegre trajín que representaba la guerra para un campesinado inerme " con sus tiros y sus gritos, sus asaltos y atropellos a la propiedad y la mujer del prójimo".

El mismo autor, en un artículo para EL MUNDO dijo que a diferencia de las gentes de otras regiones de Colombia, las marchas antioqueñas no fueron casi nunca guerreras, sino aventuras pacíficas en el terreno colectivo. "La guerra, con su rigurosa disciplina, con el sometimiento a órdenes no discutibles y por lo general de difícil comprensión, con su ruina y confrontación con enemigos desconocidos, no era para ese tipo de gente. "La independencia no se peleó en territorio antioqueño y en las contiendas civiles pelearon los mineros ineficientes y los hombres que no lograron quedarse cultivando sus parcelas. Lo que ocurrió en Antioquia durante el período de la independencia parece un chiste: Entre los años 1.810 y 1.820 los esclavos ya libres se dedicaron a la agricultura, prosperaron las artesanías, se inició el comercio hacia Cartagena, se incrementó la ganadería, la producción de panela y el cacao; la población se mantenía estable porque a la incontenible explosión demográfica los moradores respondieron... emigrando. Nuestras exportaciones parecen otro chiste: ioro y sombreros de iraca!

Cuando Santander necesitó un empréstito, mientras en Bogotá no podían absorber una cuota de \$ 40.000, aquí hubo manera de facilitarle \$ 400.000: la delantera económica estaba tomada.

De ahí en adelante y siempre con la nota favorable de una extraordinaria igualdad social y desfavorable de la dificultad en las comunicaciones, se inicia la tecnificación, de tres maneras: 1— introducción de todo aquello que mejorara la explotación minera y se pudiera traer a lomo de mula; 2— agudización del ingenio paisa para mejorar sistemas de explotación y 3— la importación de técnicos extranjeros. Antioquia recibió con los brazos abiertos a cuanto técnico quiso venirse: Moore, Greiffestein, Haussler, Greiff, etc: enseñaron lo que sabían, pusieron a marchar las minas de veta y, asimilados por el medio, se antioqueñizaron. Ese pánico obsesivo de nuestros estudiantes a que los "aculturicen", es temor del que no tiene raíces profundas en su tierra, religión definida, lazos

familiares fuertes — no confundir “fuertes”, con “numerosos” — ni conocimiento amoroso de su tradición y su idioma; el que se siente fuerte en su cultura, no teme curiosear las ajenas y, en caso de necesidad, apropiárselas.

Hay algo que causa admiración en este libro, la asombrosa velocidad con la cual se puede realizar un avance que altera por completo la economía o el nivel del conjunto, lo mismo que la velocidad con que se deteriora ese logro. Da vértigo la fulminante rapidez con la cual Antioquia pasa de no tener café, a ser la primera en producción en el país; el ferrocarril volvió cafetero el departamento en menos de 30 años — siempre gracias a que la mayoría tenía parcela propia—; lo mismo pasó en el campo industrial: vertiginoso. En 1.880 apenas se inician pequeñas plantas textiles y a finales del siglo XIX ya está en marcha el proceso de industrialización, equilibrado, variado, y autóctono”.

Pero, repito, es idéntica la velocidad de la caída. Para poner un solo ejemplo reciente, entre 1.965 y 1.970, la facultad de medicina de la Universidad de Antioquia estaba entre las dos o tres primeras en América Latina: en menos de cinco años, perdió 3 ó 4 puestos—según la persona que le dé a uno el informe. Es curioso que uno de los índices negativos que anota el doctor Poveda, es la merma de mujeres que trabajan en las fábricas: de 1.930 al 33, hubo una baja del 28 o/o y eso que es más económico contratar mujeres. (Recuérdese que uno de los empeños de Mon y Velarde fue que las mujeres pudieran trabajar, y que durante las guerras civiles, la conservación de los cafetales antioqueños se debió al trabajo femenino. Todos estos son datos interesantes para las personas que creen que, adherida a la grandeza de Antioquia, estaba el que las mujeres permanecieran las 24 horas del día en la casa).

El puntillazo se siente en la página 200 cuando dice: “...en julio de 1.979 llegó al poder un nuevo presidente...” y se explica su comportamiento frente a la economía antioqueña.

Sinteticemos el proceso que hizo grande a Antioquia al pasar del siglo XIX al XX: gobernantes sobresalientes; gran flexibilidad en el movimiento de clases sociales; mucha gente con “algo ” de tierra; no más gente de la que cabe en los empleos; definitivamente, trabajo en grupo y acción comunal; énfasis en la educación primaria — ver la administración de Berrío, pag. 116—; aceptación de técnicas extranjeras y por ahí derecho de extranjeros; tecnificación de las actividades; por sobre todo, de pasta a pasta del libro , preo-

cupación obsesiva por las vías de comunicación y los medios de transporte. En esta línea de pensamiento está el libro que acaba de publicar el señor Parsons sobre Urabá, que se inicia con una cita de Camilo C. Restrepo en la cual dice que Antioquia tiene que hacer la salida al mar "cueste lo que cueste".

La impresión que deja el libro, cuando se termina, es: lo que nos falló fue el trabajo en equipo y el descuido por los medios de transporte.

(Entre las empresas que hoy nacen, se planean o funcionan a lo "grande" en Antioquia están: El Museo de Arte Moderno de Antioquia, La Bial, El teatro de Medellín Cultural, por sobre todas el desarrollo económico de Urabá que pondrá a prueba la capacidad que aún tengamos de trabajar en equipo, y las Empresas Públicas de Medellín).

SESQUICENTENARIO DE LA PARROQUIA DE SANTA ANA DE FREDONIA

Homilía por Mons. Javier Piedrahíta E

Año de 1.830. Marcado está en la historia de Colombia por múltiples hechos, el más luctuoso de los cuales fue la muerte en Santa Marta el 17 de diciembre, del Gran Libertador Simón Bolívar, cuyo sesquicentenario conmemora en este año el mundo latinoamericano.

Para el Departamento de Antioquia fue también un año de acontecimientos memorables. El 10 de mayo dejó de ser Provincia del Departamento de Cundinamarca y empezó a ser Departamento. En abril fue creado el Seminario de San Fernando. Y en ese mismo año surge a la vida como entidad parroquial esta región que desde entonces recibió el nombre de Fredonia, "país de libertad", como si recogiera Antioquia en ese vocablo de etimología extranjera y nunca antes escuchado en estas tierras, los últimos suspiros del Padre de la libertad colombiana. "Oh libertad que perfumas las montañas de mi tierra", es la primera expresión de nuestro himno antioqueño. Y en esta montaña del Cerrobravo quedó inmortalizada la libertad cuando surgió este Municipio con el nombre de Fredonia.

Hace cincuenta años se celebró en este mismo lugar el centenario de la fundación con una misa solemne en la mañana y un desfile de carros alegóricos en la tarde hacia el parque que recibió desde entonces el nombre de Parque del centenario.

Hoy está aquí también la ciudadanía fredonense presidida por sus autoridades eclesiásticas y civiles para conmemorar el sesquicentenario de la fundación con esta solemne Eucaristía de acción de gracias.

La junta organizadora designó al Padre Hernando Barrientos Cadavid, ilustre hijo de esta tierra, para hacer la oración laudatoria pero como el hubo de excusarse por un viaje al exterior, se me solicitó el favor de decir unas breves palabras conmemorativas del acto de la fundación.

ORIGENES DE FREDONIA

Habitaron estas tierras tribus indígenas, que dejaron su recuerdo en nombres como el de Sinifaná, que originariamente era Sinufaná, ciudad del Senú. Por aquí en 1.540 pasaron los conquistadores que venían del sur y fue el comendador Hernán Rodríguez de Sousa quien primero exploró estas tierras. Aquí, afirma el Doctor Guillermo Jaramillo Barrientos, no hubo período de conquista.

Eran estos lugares, inmensas selvas no explotadas, propiedad de algunos señores de Arma viejo y de Santa Bárbara.

Aquí en Fredonia empezó hacia finales del siglo XVIII la colonización del suroeste antioqueño, que según el mismo Dr. Jaramillo Barrientos, "fue más admirable pero ha sido menos alabada que la colonización del Quindío". Se inició Fredonia, dice él, como una posada de arrieros y camino de colonos. Fue el centro para abrir esta región con elemento humano bueno y fuerte que vir de Medellín, Envigado y Amagá, como igualmente lo anotó el Dr. Uribe Angel.

FUNDACION DE FREDONIA

Colonizar es poblar. Y aquí fueron surgiendo cinco núcleos de población; Guarcitos, Túnez, Cerrobravo, Combia y Sinifaná.

En 1.829, pretendieron ser Parroquia sus habitantes. El Párroco de Amagá, a cuya jurisdicción pertenecían, dió su asentimiento.

Se levantaron los informes. Se afirmó que eran globos de tierra pingües y feraces para toda clase de plantas, de hortalizas y granos de primera necesidad tanto en los altos como en las faldas y planos y lo mismo que las praderías y pastos para la cría de toda especie de ganados mayores, de pelo, cerda, lanar como de bestias tanto caballos como mulas. Había también algo de mi-

nas y salinas, mucha madera y buen barro para construcción. Y así obtuvieron tanto de la autoridad civil del Departamento como de la eclesiástica de la Diócesis la fundación del Distrito Parroquial que recibió el nombre de Fredonia.

Fundador de Fredonia debe ser considerado el Doctor Alejandro Vélez Barrientos, Prefecto del Departamento de Antioquia quien dió el 20 de agosto de 1.830 el decreto de creación y lo envió a Bogotá para la aprobación del gobierno central. Fue él quien, facultado por el decreto del Presidente de la República del 21 de septiembre, señaló el lugar donde debía hacerse el desplazamiento de la población en el paraje llamado "Mesa del obispo" en el Partido de Guarcitos, y quien le dió el nombre de Fredonia, parece que por insinuación del ingeniero inglés Tyrell Moore y le señaló los límites.

Fundador fue el obispo de Antioquia Fray Mariano Garnica y Dorjuela. Hizo él que se adelantaran todos los trámites necesarios para probar que se cumplían las condiciones para la erección Parroquial y que no se perjudicaba la Parroquia de Amagá; dió el consentimiento para el decreto civil del Prefecto y luego el decreto eclesiástico y nombró el primer párroco. Tiene la particularidad Fredonia de haber sido la primera Parroquia erigida por el primer obispo de Antioquia pues la diócesis empezó en 1.828 con 56 parroquias erigidas por la Diócesis de Popayán. El señor Garnica respetó la Ley del patronato dada en 1.824, a pesar de que su concepto era adverso a esa Ley, notándose además que hubo gran respeto entre ambas autoridades ya que aparecen tanto decreto del gobierno civil como decreto del gobierno eclesiástico cuando en creaciones posteriores solamente aparece el decreto civil aprobado por el obispo.

Fundador fue el Señor Cristóbal Uribe Mondragón, medellinense, propietario del terreno, quien trabajó por la creación de la Parroquia y donó ocho cuadras y media para templo, plaza, cárcel, casa cural, cementerio y los demás lotes para renta del templo.

Fundador fue el envigadeño José Antonio Escobar Trujillo, vecino notable y uno de los promotores de la erección.

Fundador fue el Pbro. José Antonio Montoya de La Calle, envigadeño, cura interino de Santa Bárbara, comisionado por el señor Garnica para señalar el lugar para el templo, lo que hizo determinando los asientos de la casa y patio de Don Cristóbal Uribe

Mondragón y presidió la votación del vecindario para la elección del primer párroco, que resultó ser su hermano el padre José María.

Fundador fue el Pbro José María Montoya de La Calle, envigadeño, elegido por el vecindario y nombrado por el señor obispo con aprobación del señor gobernador, quien levantó el primer templo y organizó toda la vida parroquial trabajando hasta su muerte ocurrida aquí mismo en 1.865.

Fundadores fueron los 2.142 primeros habitantes que arrojó el censo levantado por los jueces Cruz Montoya y Carlos Tabor da porque ellos aceptaron el pertenecer a la nueva Parroquia, contribuyeron a su poblamiento y al funcionamiento de lo eclesiástico y lo civil.

Llor a estos fundadores ! Su recuerdo debe vivir permanentemente en las nuevas generaciones fredonenses.

La fundación de nuestras poblaciones ha constituido siempre algo sagrado. Como en Grecia y en Roma la fundación de las ciudades y poblaciones consistía en sobrias e impresionantes ceremonias religiosas, así la fundación de los pueblos colombianos ha ido acompañada del hecho religioso. Heredamos de España la religión, la religiosidad y la legislación civil. Por eso Fredonia surgió de la manera como estaba ordenado en las Leyes de Indias y en las reales cédulas, construyendo una plaza en cuadrado donde se levantó el templo, la casa del párroco, la de la autoridad civil, la escuela, la cárcel y luego como un tablero de ajedrez surgieron las manzanas con sus solares para la construcción de las viviendas.

El templo en la plaza principal es el símbolo sagrado de la fundación. El motivo y razón principal, por no decir único, de la fundación de los Distritos fue el religioso. Basta hacer un análisis de los expedientes levantados para promover la erección y se verá que allí predominaba el elemento religioso. Es una bella expresión la que se encuentra en todos los expedientes; la necesidad de los habitantes de tener "pasta espiritual", de sacerdotes que se los administren,, de templo donde poder ser sacramentados y asistir a la santa misa, de cementerio como lugar sagrado de los cuerpos difuntos. Por eso Pío XII expresó: "La Parroquia es la célula de un cuerpo, a saber, el cuerpo místico de Cristo. Es un ser vivo con su propia respiración, sus órganos y sus actividades, con su desarrollo natural e incluso con sus problemas, necesidades y dolores particulares" (Observatore Romano, 21 de agosto de 1.957).

ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LA PARROQUIA

De acuerdo con la organización que hizo el Concilio de Trento de la Parroquia y que recoge el Código de Derecho canónico en el canon 216, los elementos que constituyen la Parroquia son: a) un templo o iglesia que recibe el título de parroquial; b) un pueblo que lo constituyen las gentes que moran en el territorio que la delimita; c) un pastor propio, el párroco.

Aquí en Fredonia, en estos ciento cincuenta años, no ha faltado el templo, no ha decaído la fe del pueblo, no han faltado párrocos celosos.

EL TEMPLO DE FREDONIA

Para los cristianos el templo es la casa de Dios y el hogar o casa de la comunidad cristiana parroquial. Hacer la Iglesia a partir del templo es una constante reiterada en la historia de la Iglesia. La Iglesia se hace en el templo y mediante el templo. Este es el misterio del templo cristiano. En el templo nace, crece y se desarrolla la vida del cristiano. Bautisterio, altar, púlpito o ambón, confesonario, comulgatorio nos hablan de sacramentos. Aquí se entrega a Cristo en la predicación, en la Eucaristía, en los sacramentos. El templo es así un mudo apóstol arquitectónico dentro de la población. Nuestros pueblos son reconocidos externamente desde lejos por la silueta del templo parroquial.

Todo esto ha sido el templo para la Parroquia de Fredonia. Surge al pie del cerro de Combia, prolongación de un ramal de la cordillera central de los Andes.. La historia de su construcción sería larga de narrar por lo que solamente anoto algunos hechos principales.

El lugar lo señaló el padre José Antonio Montoya de acuerdo a lo ordenado por el señor obispo de que "fuera lugar cómodo, salubre y plano con la puerta principal hacia el oriente, y con el pavimento necesario para todos los departamentos que necesita y necesitar pueda en el futuro". Se presentó el problema de que unos vecinos querían que se cambiase de lugar y así lo promovieron en 1.834, aduciendo la carencia de agua, de paja, por ser lugar quebrado, cenagoso y pedían fuera trasladada la población de Guarcitos a Cerrobravo, lo que no sucedió. El padre José María

Montoya afirmó entonces "que lo que hacía que había ido a dicho curato no existía iglesia ni cárcel, que solamente había una capilla, que quince o veinte vecinos de la plaza habían construido, pero pajiza, de estantillos y embarrado y un terreno muy impropio y que por haberse constituido provisionalmente se hallaba en mal estado y que el público no había cumplido lo prometido al tiempo de la erección, de levantar un templo a su costa y todas las obras públicas necesarias y que creía que se debía obligar al vecindario a construir la iglesia y la cárcel". "La orden vino el 12 de julio de 1.834 por parte del gobernador Aranzazu de construir la iglesia con suscripciones voluntarias. Pero tampoco debió emprenderse la obra pues en 1.843 el señor obispo Gómez Plata en visita, extraña que aun no se haya levantado el templo y contituye una Junta con el párroco, el alcalde y el mayordomo. Se emprendió entonces la obra, pues el 23 de octubre de 1.846 dice el Padre Montoya al señor Gómez Plata "que le estaba dando mucho impulso a la obra del templo, que iba a ver si conseguía armar un pedazo que faltaba en todo el mes de diciembre". Pidió permiso para bendecirlo y para tumbar la capilla de paja. Esa capilla se cayó en ese año pues afirma el mismo padre Montoya que el señor Cristóbal Uribe había tenido la culpa de que se cayera y que cuando el señor Gómez Plata ordenó ampliarla hacia la plaza el señor Uribe había dado el terreno para hacerlo pero hacia atrás. En visita pastoral en 1.847 el Señor Gómez Plata dice que ya se terminó el templo y ordena que se enladrille, se construya el frontis y se haga campanario. En 1.865 el padre Gómez Angel pide permiso para tener el Santísimo. Ya había tabernáculo y sagrario. La Iglesia estaba blanqueada y enyesada parte del techo. Todavía no tenía pavimento enladrillado. Y la reseña histórica que de la Parroquia hizo el señor obispo José Joaquín Isaza en 1.870 así describe el templo: "La Iglesia parroquial se encuentra en buen estado aunque todavía no estaba perfectamente concluída. La Iglesia es capaz, tiene su cúpula de madera y su frontis de calicanto; en éste tiene un buen reloj para el uso del público siendo notable por haber sido construído en el país por un excelente artista también del país el señor Don Victoriano Velilla.

La iglesia está dedicada a Santa Ana" En 1.874 ordena el mismo señor Isaza que se le hagan altares laterales. En 1.881 el señor José Ignacio Montoya ordena que se pinte el altar. En 1.890 se convino en ensancharlo y se creó junta. En 1.895 el señor Pardo Vergara ordena que se active la refacción del templo y afirma que "los templos son monumentos y expresión de la fé de los pueblos". El señor Caycedo anota en sus actas de visita que en 1.908 debía

blanquearse el templo, en 1.912 que se estaba arreglando, en 1.917 que había sido pintado y ornamentado; en 1.921 que se estaban terminando la cúpula y los trabajos de interior señalando que dichos trabajos le "darían hermosura sin descuidar la solidez"; en 1.925 que ya estaban las columnas con sus capiteles, un artesonado hermoso, ventanas con vidrieras, pavimento de baldosa, terminada la cúpula y que todo ello constituía un conjunto elegante y majestuoso; en 1.929 habla de que estaba muy bien terminado el templo, del tabernáculo de arte religioso y de un monumento a Cristo Rey con estatua de mármol. Afirma sobre esta reforma adelantada por el Padre Marcos Botero, el Dr. Jaramillo Barrientos: "La ya vieja fábrica del templo tuvo la fortuna de conservar erectos los altos muros de tierra apilonada. Colaboró el ingeniero Don Enrique Olarte, quien reforzó esos paredones en columnas de concreto y transformó el frontis, en cuyo centro plantó con propiedad impresionante y alto efecto decorativo la figura del Redentor en la cruz". En 1.934 el señor Salazar ordena que se construyan dos altares laterales. Una de las joyas del templo es su hermoso sagrario traído de París.

En este templo de Fredonia están pues el testimonio del pasado con el trabajo de los fundadores y la obra posterior de las generaciones fredonenses, que lo han hecho digno de este Municipio que ha sido considerado como "la capital cafetera de Antioquia".

LA COMUNIDAD CRISTIANA DE FREDONIA

Dice el Dr. Uribe Angel que Fredonia fue un punto de avanzada o cuartel general de la colonización del suroeste antioqueño de donde surgieron Jericó, Támesis, Valparaiso en una campaña contra el bosque, las fieras y los climas. No fue poblada por rezagos de otros pueblos sino por gentes nobles, labradores virtuosos, pastores sencillos, gente ennoblecida por el trabajo, procedentes de Envigado, Itagüi, Medellín, Amagá, Santamarías, Montoyas, Uribes, Restrepos, Vélez, Fernández, Escobares, Ochoas fueron de los primeros pobladores. Los 2.142 habitantes de 1.830 eran a los cincuenta años unos 10.000 y a los cien años en 1.930 eran unos 23.000. Ya se había comenzado a notar el fenómeno de la inmigración a otros Municipios, fenómeno que ha continuado acentuándose como en los demás Municipios de Antioquia por lo que hoy Fredonia, en el año del sesquicentenario, asciende a unos 30.000. Vivieron de la agricultura y la ganadería en la primera época, y desde 1.875 empezó a incrementarse la siembra del café llegando muy pronto a ser una de las regiones más sobresalientes en este cultivo fundamental del pueblo colombiano, y la primera

que introdujo los sistemas más modernos en ese entonces para el cultivo y el beneficio del grano. La industria del café provocó el montaje de las grandes haciendas e incrementó el comercio.

Característica del pueblo fredonense ha sido su amor por la educación. El testimonio está claro en las múltiples escuelas y colegios que desde el siglo pasado surgieron para la educación tanto de varones como de mujeres y en la lujosa nómina de los grandes valores humanos oriundos de este Municipio, de los que seguramente se ocuparán en estos días sesquicentenarios las publicaciones que con tal motivo se hagan.

Pueblo de profunda sensibilidad social ha colaborado tanto con la autoridad eclesiástica como con la civil para la fundación y sostenimiento de las grandes obras sociales como el Hospital que funcionó desde el siglo pasado, Sociedades como la de San Vicente, la del Sagrado Corazón de Jesús que atendía a obras de educación y de beneficencia, la de Mutuo Auxilio en el tiempo pasado y las de asistencia social en el presente.

Y estas características del pueblo fredonense nacen de su ser de cristiano, de la constitución cristiana de sus familias, de la educación orientada por los principios cristianos y de la obra de los Párrocos que han hecho de la Parroquia " un complejo de energías sobrenaturales y de almas insertas en el cuerpo místico cada una de las cuales es un mundo que hay que iluminar y vivificar" (Cardenal Piazza, Osservatore Romano, 21 agosto 1.943)

LOS PARROCOS DE FREDONIA

De la Parroquia dice el Cardenal Piazza "el núcleo vital y el centro de energías es autorizada e inmediatamente el párroco, en su doble función de maestro de la verdad y de ministro de la gracia santificante. En la cátedra, en la fuente bautismal, en el confesonario y en la mesa eucarística está el funcionamiento orgánico de la célula del cuerpo místico que es la Parroquia". Solamente mencionamos ahora los nombres de los párrocos fredonenses pues su obra está escrita en cada uno de vosotros.

José María Montoya cura propio desde la fundación en 1.830 hasta su muerte aquí mismo en 1.865. Fueron excusadores suyos: José Ignacio Montoya, José Antonio Castrillón, José María Hincapié, Antonio María Escobar, Benito Jaramillo, José María Gómez Angel.

ACTIVIDADES DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Notas de la Secretaría

La Casa de Zea:

Desde principios del año (1.980) la Junta Directiva de la Academia ha venido gestionando con entidades que lo puedan hacer, la restauración y reparación de la casa donde nació el ilustre Repúblico y Prócer de la Independencia Dr. Francisco Antonio Zea, la cual fue declarada Monumento Nacional y destinada para servir de Sede a la Corporación. Primero tocó a las puertas de la "Fundación para la conservación del patrimonio colombiano" del Banco de la República, entidad que ofreció su colaboración y después ha interesado a otras entidades como la Secretaría de Educación Departamental y la Cámara de Comercio.

Tupac Amaru:

Para recibirse como Miembro Correspondiente de la Academia en la Sesión ordinaria de septiembre el distinguido Historiador Guillermo Duque Gómez, expuso un trabajo intitulado "De Tupac Amaru a nuestro movimiento Comunero", que es una relación histórica de los sucesos revolucionarios que conmovieron el sur de las Indias Occidentales a fines del siglo XVIII. Buen preámbulo para la celebración del Bicentenario de la Revolución de los Comuneros.

Segundo Libertador de Antioquia:

Así llamó la Historiadora y Miembro muy cumplido de la Academia, Amanda Gómez, al prócer antioqueño de la Independencia el Dr. Jorge Ramón de Posada. Cuando en la Sesión Ordinaria de octubre hizo el estudio biográfico de este sacerdote que no sólo se le recuerda en la Historia por sus acciones en favor de la Independencia, sino también por su espíritu cristiano al darle libertad a los esclavos de su propiedad.

Conferencias:

Por iniciativa del General Alvaro Valencia Tovar, Miembro Honorario de la Academia, el Profesor e Historiador norteamericano Dr. David Bushwell vino a Medellín, para dictar en el seno de la Academia, una conferencia de carácter histórico. La reunión tuvo lugar en la Biblioteca Pública Piloto y el tema de la conferencia fue el de "Bolívar en los Estados Unidos".

En sesión especial, el 27 de octubre, en el salón de sesiones del Concejo Municipal, la Academia le hizo entrega de Diploma de Miembro Honorario al General Alvaro Valencia Tovar. El ilustre militar e historiador disertó sobre el Libertador como guerrero y fue su conferencia justamente aplaudida y elogiada.

También tuvo la Academia la oportunidad de escuchar en el Auditorio de la Cámara de Comercio la conferencia del Académico Correspondiente y Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia, Dr. Abel Cruz Santos, quien disertó sobre "El Bolívar de Luis López de Mesa".

En esta ocasión al notable historiador se le entregó solemnemente el diploma que lo acredita como Miembro Honorario de la Corporación.

La Sesión Solemne del 12 de Octubre:

En el Salón de Sesiones del H. Concejo Municipal, tuvo lugar la Sesión Solemne del 12 de octubre. En esta ocasión hizo la presentación del acto nuestro Presidente, Monseñor Damián Ramírez Gómez y disertaron los académicos Jorge Ospina Londoño quien hizo la biografía de Cristóbal Colón y exaltó la gran aventura del descubrimiento de América, y el Dr. Donato Duque Patiño, quien

Fueron interinos Carlos José Ortiz y Joaquín Bustamante. Fueron curas propios Agustín Alvarez, Benito Jaramillo, Tito Ciro Peláez, Jesús María Ortiz, Isaac Angel y Marco A. Botero. Desde 1.944 en que se retiró el padre Botero han sido párrocos Andrés Sanín, Emilio Botero, Gabriel Angel, Miguel Betancur, Julio Alvarez, José Antonio Carvajal, Fernando Escobar, Enrique Betancur, Bernardo Escobar, Julio Vélez, Oscar Jaramillo y el actual padre Ernesto Jaramillo.

El Párroco es la presencia del obispo, quien es el responsable de las parroquias de su diócesis. Aquí en Fredonia han estado de visita los obispos de la diócesis de Antioquia primero y luego los de la de Medellín. Ellos han nombrado sus párrocos y a los muchos otros sacerdotes que como vicarios cooperadores han estado aquí ejerciendo su ministerio sacerdotal. Fruto de esa obra episcopal y de la de los sacerdotes han sido las vocaciones sacerdotales y religiosas que con una lujosa nómina de miembros del clero diocesano y de las Comunidades religiosas tanto masculinas como femeninas ostenta Fredonia.

Los sacerdotes han estado aquí como párrocos o vicarios cooperadores de los párrocos participando en las angustias y preocupaciones espirituales y materiales de su feligresía y como depositarios de sus secretos y de sus esperanzas. Presentes han estado en las circunstancias más solemnes de la vida individual y familiar, tanto en las alegres como en las tristes, de esta comunidad cristiana fredonense. Merecen ellos el recuerdo agradecido en este sesquicentenario.

Volvamos finalmente hacia la Patrona de esta Parroquia Santa Ana. Ella fue señalada por los vecinos como patrona pues así era lo establecido en la erección de las Parroquias. El decreto de erección así lo dice: "Y en adelante en conformidad con lo prevenido por el mismo gobierno se llamará Parroquia de Santa Ana de Fredonia aprobando como aprobamos y concedemos por su titular y patrona a la gloriosa Santa Ana, atendiendo y consagrando con el voto de los nuevos feligreses, así será nominada en nuestra curia eclesiástica y el cura se llamará de la Parroquia de Fredonia".

Santa Ana, que ha recibido desde la fundación hace ciento cincuenta años, el culto de los fredonenses como su patrona, reciba también este homenaje del sesquicentenario y derrame sus bendiciones y la de su hija Nuestra Señora la Virgen María sobre esta Parroquia de Fredonia.

leyó y comentó apartes de su libro sobre la biografía de Juan de Dios Aranzazu. El discurso de fondo estuvo a cargo del Académico E. Livardo Ospina, quien se refirió al descaecimiento de la Historia Nacional y terminó diciendo: "Que la Historia no siga siendo Cementerio de las acciones y Panteón de sus protagonistas, sino Maestra en la vida y Juez de los acontecimientos y los hombres". Amenizó el acto, el Coro de la Universidad de Antioquia.

Poseción:

En esta sesión de octubre, tomaron posesión las siguientes personas: El Prof. Libardo Bedoya Céspedes como Miembro de Número para ocupar el sillón que dejó vacío con motivo de su lamentable fallecimiento, el Dr. Samuel Barrientos Restrepo; y como Miembros Correspondientes los Dres, Jorge Rodríguez Arbeláez, Donato Duque Patiño, Guillermo Duque Gómez y Julián Pérez Medina.

Doña Pilar con Diploma y con Libro:

En la sesión de noviembre (1.980), la eminente historiadora doña Pilar Moreno de Angel y para ser recibida como Miembro de la Academia, leyó su biografía de Anselmo Pineda, prócer de la Independencia y benefactor de la Biblioteca Nacional. Al término de la interesante disertación que fue muy aplaudida, no sólo recibió Doña Pilar su Diploma de Miembro Correspondiente, sino la promesa de que su trabajo haría parte de la colección de bolsilibros de la Academia.

LIBROS RECIBIDOS PARA LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA

La Academia Antioqueña de Historia agradece muy sinceramente las siguientes publicaciones enviadas con destino a su Biblioteca.

- | | |
|--|---|
| Botero Restrepo, Juan | "Presencia Poética de Sonsón" |
| Bohórquez, Luis A. | "Símbolos Patrios Colombianos" |
| Ramírez, Mauricio | "Historia del Colegio Nacional San José de Marinilla" |
| Bedoya Céspedes, Libardo | "Alma Mater del Magisterio Antioqueño" |
| Bedoya Céspedes, Libardo | "Nieve Maldita" |
| Bedoya Céspedes, Libardo | "Bellas Artes" |
| Quintero, Tomás | "Venid a buscar conmigo la Muerte ó la libertad" |
| Roberto María Tisnés, CMF y Zapata Cuéncar Heriberto | "El Ferrocarril de Antioquia: Historia de una Empresa Heroica". |
| Universidad de Antioquia | "Índice Temático del Periódico |
| Departamento de Humanidades | "El Neogranadino" |
| Berrocal, Joaquín | "La Colonización Antioqueña en el Departamento de Córdoba" |
| Academia Colombiana de Historia. Llano Juan C. | "Córdova" |
| Academia Colombiana de Historia Arango, José María | "Córdova" "El Santuario" |
| Girón, Silvio | "La Hermana y otros cuentos. |

REVISTAS

- | | |
|-------------------------------------|--|
| Análisis | Publicación de la Universidad de Santo Tomás, Bogotá, No.30
Vol. XIII |
| Boletín Cultural y Bibliográfico | Publicación del Banco de la República, Biblioteca Luis Angel Arango
Vol. XVI Nos 9 y 10 |
| Boletín de Historia de Antigüedades | Organo de la Academia Colombiana de Historia Nos 725 al 729 inc. |

Boletín Histórico	Organo del Centro de Historia de Enviagado No. 8
Estudio	Organo de la Academia de Historia de Santander. Nos 290-291
Fu Jen Studies	Publicación anual del Colegio de lenguas extranjeras de la U de Fu-jen Nos. del 6 al 12 incl.
Gaceta Histórica	Organo de la Academia de Historia del Norte de Santander Nos.89-90
Manizales	Aida Jaramillo Isaza, Directora Nos. 475476 y 477
Grupo Andino	Organo Informativo del Acuerdo de Cartagena Nos. 103 al 107 incl 108
Persona	Centro de Investigaciones de la U. de San Buenaventura, Medellín. Nos. 0 y 1
Repertorio Boyacense	Organo de la Academia Boyacense de Historia Nos. 298 - 299
Roca Viva	Revista del Pensamiento y Vida Cristiana Luis Ruiz Galiana Pbro. Director. España. Nos. 10-11
Zapatero, Juan Manuel.	"Historia de las Fortalezas de Santa Marta y Estudio Asesor para su Restauración Vol CXIII de la A.Col. Historia.
Julián, Antonio S.J.	"La Perla de América, Provincia de Santa Marta". Vol CXXI de la A. Col. de Hria.
Ortega, Ricaurte, Enrique,	"Asesinato de Córdoba" Vol. CXL de la A. Col. de Hria.
Mesa, Carlos E. y otros	"Dn. Antonio J. Mesa Restrepo, Hombre de Hogar, de trabajo y de fé"
Mesa Carlos E.	"Los laicos en la edificación de la Iglesia Novogranadina."